

COMPENDIO
DE LA VIDA



SAN JUAN DE LA CRUZ
DE

1.





VIDA DE SAN JUAN DE LA CRUZ.





SAN JUAN DE LA CRUZ,

PRIMER CARMELITA DESCALZO.

COMPENDIO DE LA VIDA

del extático y sublime Doctor místico

SAN JUAN DE LA CRUZ,

PRIMER PADRE DE LA REFORMA DE NUESTRA
SEÑORA DEL CÁRMEN, Y COMPAÑERO DE LA SERÁFICA DOCTORA Y MADRE
SANTA TERESA DE JESÚS EN LA
FUNDACION DE LA INDICADA DESCALCEZ CARMELITANA,

POR EL

RDO. P. FR. JERÓNIMO DE SAN JOSÉ,

CARMELITA DESCALZO.

Edición especial dispuesta por la Redaccion de
la «Revista Carmelitana,» con motivo de celebrarse el tercer
Centenario de dicho Santo.



BARCELONA:
TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, núm. 5.
1891.

PRÓLOGO DE LA PRESENTE EDICION.



Siempre ha sido muy laudable recordar los méritos y proezas de los antepasados. Esta costumbre, que tanto influye en la marcha y bienestar de las generaciones, ha sido general en todos los pueblos y razas, de modo que hasta de los paganos conservamos historias y biografías de sus hombres distinguidos. Y esta práctica es tanto más provechosa actualmente, máxime en lo referente á los merecimientos cristianos y ascéticos, cuanto que por desgracia disminuye en muchos la satisfaccion de los divinos preceptos, y el seguimiento de los consejos contenidos en el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

Estas son las causas porque cuantas personas aman á su prójimo, del modo genuíno y espontáneo que se previene en el Decálogo, aprovechan con diligencia todas las ocasiones que se les ofrecen para presentar á los ojos de sus hermanos la vida y prodigios de los atletas del Catholicismo que siguieron las vias rectas del Señor, merced á lo cual no sólo lograron llegar al puerto dichoso de la gloria y se elevaron á un pedestal seguro de inmortalidad, sino que legaron á los venideros ejemplos vivísimos de buen comportamiento y de abnegacion, de heroísmo y de

puridad, en tales términos que nuestra Santa Madre la Iglesia, maestra infalible de la verdad, nos los propone como modelos á quienes seguir con solícita presteza, y á quienes imitar con ventajas harto evidentes.

Y ¿quién puede negar que uno de los más esclarecidos antepasados nuestros, uno de los hombres notables á que nos acabamos de referir, sea el glorioso carmelita San Juan de la Cruz, ornamento de su Orden, orgullo de su siglo, modelo de la literatura y dechado de santidad?

Cumpliendo en 1891 trescientos años de su suavísimo tránsito desde esta vida mortal á la patria celeste; ó mejor dicho, discurridos ya tres siglos de su verdadera vida en la gloria, parece lógico que se traiga á la mente de unos lo que no se aparta jamás de la memoria de otros, esto es, que se dé general conocimiento de sus hechos, de sus máximas, de sus doctrinas y de sus milagros acá en la tierra, como tambien, en lo que alcance nuestro limitado entendimiento, de lo glorificado que se halla en el cielo tan insigne fundador de la Reforma ó Descalcez carmelitana, infatigable auxiliar de la seráfica Madre Santa Teresa de Jesús.

Mientras unos publican oportunos y excitativos documentos, y otros anuncian certámenes ó promueven funciones y fiestas en su honor, al objeto de festejar la fausta é indicada fecha, la Redaccion de la *Revista carmelitana*, sin salirse de su esfera de accion, que es la de la publicidad por medio de la prensa, mediante la tutela eficaz de las Autoridades de la Orden y del Ordinario, ha emprendido la tarea de hacer asequible á toda clase de personas la lectura de la admirable vida de San Juan de la Cruz, editando para dicho fin el presente libro.

Al efecto y para cumplir lo mejor posible nuestro propósito, examinámos los que publicaron diferentes auto-

res sobre el mismo asunto en diversas épocas, y ninguno hemos hallado tan adecuado como la obrita del Rdo. Padre Fr. Jerónimo de San José, carmelita descalzo, que por primera vez vió la luz pública en Sevilla durante el año de 1703. Tiene este trabajo las ventajas de ser minucioso sin ser pesado, y de ser completo sin difusion, además de hallarse escrito en un lenguaje de puro castellano, imitando el del Santo Fundador, que no gustaba de vanos aliños ni flores rebuscadas, yéndose en derechura y con la debida naturalidad á sus místicos objetos.

Y no se admiren nuestros lectores si en estas páginas se explican actos que no se avienen con los sentimientos de compasion, porque todo son disposiciones del Señor. Dios queria acrisolar á su Siervo hasta tenerle como oro de quilate superior, y para ello se valió de sus mismos Hermanos y Superiores, y tambien de sus propios Hijos y súbditos, para que le mortificasen de muchas maneras, hasta reprenderle, azotarle, encarcelarle y molestarle de otros modos. Estas penas habian de serle más sensibles al Siervo de Dios por proceder de su acariciada Familia. Ellas eran el fuego que contribuyó á que brillase más y más; y una vez cumplidos los divinos designios, una vez justificadas la constancia y resignacion del Santo, todos los miembros del Carmelo se hicieron lenguas para su exaltacion, mirándose en su espejo, y santificándose tambien como el humilde hijo de Fontiveros.

En Italia ha aparecido en este año una biografía extensa del extático Santo, escrita de igual modo por un Padre Carmelita descalzo, la cual, convenientemente traducida, se ha publicado asimismo en Francia, ambas al mismo económico precio de la presente. En España circula al propio tiempo otro librito análogo, que por su poco volúmen y escaso coste ya se comprende que no puede

servir para el fin primordial de esta clase de obras, cual es interesar la curiosidad de los hechos de la vida del hombre esclarecido con la intuición de sus virtudes y pensamientos sublimes.

De modo que, sin ánimo de alabanza, podemos decir que el volúmen que ofrecemos al público es de lo más útil que ha parecido con motivo del Centenario de San Juan de la Cruz. Ya debía ser así, porque España fué el teatro de su cuna y de su sepulcro, como también de sus meritorios y edificantes trabajos. Una bonita lámina, hermosos grabados al boj, abundancia de lectura, papel superior y una encuadernación del todo apropiada hacen que nuestro volúmen, siendo relativamente el de menos importe, sea á la vez el más apetecido, y á buen seguro el de mejor provecho, no por nuestros débiles esfuerzos, sino por lo fervoroso y elegante de la pluma del autor que hemos escogido.

Finalmente, cúmplenos manifestar que en nuestra empresa sólo ha predominado la idea de que el santo Fundador sea honrado en todas ocasiones, y en especial al celebrarse su tercer Centenario; y por muy recompensados nos tendríamos si el público piadoso, por medio de este impreso, le alaba como se merece, y procura obtener las virtudes que le elevaron hasta los altares, alcanzando una veneración que durará en todos los siglos.





COMPENDIO DE LA VIDA
DE
SAN JUAN DE LA CRUZ.



PROEMIO.

Tuvo la Sagrada Religion del Cármen en su primera formacion y nacimiento, como perfecto parto, Madre y Padre. La Madre (origen y parte principal en esta espiritual generacion) fué la Sacratísima Virgen María, Nuestra Señora, aunque prevista sólo entonces en una pequeña y misteriosa nube, donde la adoró muchos siglos antes de nacida el gran profeta y patriarca nuestro Elías, en cuyo honor instituyó su antigua y Santa Religion. Por lo cual fué esta celestial Vírgen la principal Autora y Patrona de esta Orden; y como tal (entonces en la ordenacion divina y después en la realidad del sér) siempre su especial amparo, abrigo y fidelísima tutela. El Padre de esta misma Religion fué el prodigioso y santísimo profeta Elias, celador ardiente de la gloria de Dios, voz de sus oráculos y ostentacion de su poder; nacido en llamas, arrebatado en fuego y reservado en amenísimo lugar para defensa de la Iglesia en los postreros dias. De tales Padres fué hija la ilustrísima y antiquísima familia del Carmelo. A este modo en su renovacion, cuando por medio de la Reforma de Descalzos en España vino esta misma Orden á ser reengendrada y como formada segun-

da vez, la proveyó asimismo el cielo para su regeneracion de Madre y Padre. La Madre (parte aquí tambien primera y principal) fué la esclarecida Virgen y Santa Madre nuestra Teresa de Jesús, vivo y perfectísimo retrato de aquella celestial y verdadera Virgen Madre, que sin agraviar el virginal decoro, antes consagrándolo, tuvo el ser fecunda; pues á imitacion suya, conservando Teresa un precioso tesoro virginal para su Divino Esposo, fué juntamente Madre espiritual de innumerables hijos en Cristo. El Padre de esta misma reforma carmelita fué otro segundo Elías, en cuyo espíritu, como el primer Juan, y con su nombre vino al mundo armado de ardiente celo, rodeado de penitente austeridad y arrebatado después en llamas del seráfico ardor á la esfera de una perfeccion muy encumbrada. Tal fué nuestro beato y devotísimo Padre San Juan de la Cruz, lustre y primitivo honor de esta su Reformada Familia, maestro, guia y capitan de los Religiosos descalzos Carmelitas. Que aunque no se puede negar, sino que tambien es hijo espiritual y el primogénito de nuestra Madre Santa Teresa, pero es juntamente Padre de los demás hermanos suyos por medio del cuidado de criarlos ya nacidos y disponer su aprovechamiento en la vida espiritual. Porque de la manera que en la Sagrada Historia el hermano que cria á otro hermano se llama Padre suyo, como en Ner respecto de Cis y en Natan respecto de Igaal, considera el Máximo Doctor de la Iglesia San Jerónimo, explicando el título de Padre que les da la Escritura (1); así en esta nuestra historia y reforma llamamos con razon Padre al primogénito de nuestra Madre Santa Teresa y Hermano de todos los Descalzos hijos de la Santa: porque aunque tambien él sea hijo de ella, fué con su doctrina y ejemplo el que inmediatamente nos crió en la observancia de la vida Descalza, acomodada á la condicion y sexo de varones. Que si bien la Santa gloriosa, como universal Madre y fundadora nuestra, dió al Beato Padre, y en él á todos, ejemplo y enseñanza del cielo, y en lo que fué lícito á su estado y condicion de mujer; no pudo

(1) Hier. In *quest. Heb.* sup. l. i. Pars.

en la inmediata instruccion y viviendo con los Religiosos ser dechado suyo: y así proveyó la Divina Majestad, quien supliere por ella en esta parte, dándole un hijo tal, que en orden á la crianza de los demás Hermanos hiciese el oficio de Padre y de maestro. Pudiéralo ser absolutamente el admirable varon y con gran excelencia fundador único de toda esta familia, á no haber dado el cielo el título y prerogativa de primera y principal fundadora á nuestra Madre Santa Teresa de Jesús. Ahora basta decir que para que esta segunda generacion del antiguo Carmelo se asemejase á la primera, habiéndole dado el cielo por madre á una Santa Teresa, retrato de la Virgen, le dió por Padre á un Juan, imitador de Elias. Ambos Padre y Madre, tan semejantes entre sí cuanto perfectos; ambos de inocentísima vida, nunca manchada con pecado grave; ambos virgenes purísimos, y que con su trato causaban pureza; ambos maestros de celestial doctrina y oracion; ambos escritores de Teología mística excelentísimos; ambos enriquecidos con dones celestiales; ambos labrados con trabajos increíbles; ambos de maravillosa vida, y muerte llena de prodigios; y finalmente ambos tan semejantes y tan unos en todo, que vienen á ser como un solo principio de esta Reforma. Tal (dejando las grandezas de la Santa para su historia) hallaremos al Beato Padre en ésta; varon verdaderamente apostólico y profético, poderoso en obras y en palabras, con duplicado espíritu de vida y doctrina, y en todo tan celestialmente eficaz, que si con el ejemplo da luz, con la doctrina ejemplo.

CAPÍTULO I.

Nacimiento de San Juan de la Cruz.

Fué nuestro Beato Padre de nacion española, natural de Hontiveros, villa noble en Castilla la Vieja, del obispado y no lejos de la ciudad de Avila. Sus padres se llamaron Gonzalo de Yepes, rama noble de la prosapia y villa de este nombre, y Ca-

talina Alvarez, nacida de honestos padres en Toledo. Con ser Gonzalo de Yepes de tan honrado apellido, clara familia y bien emparentado, le hallarémos en un estado muy humilde y oficio de un pobre tejedor. ¿Qué maravilla? ¿Si á José, esposo de la Madre de Dios, su padre putativo y descendiente de real centro, le hallamos con el cepillo en la mano? Muerto el padre de Gonzalo en su patria, Yepes, le llevó uno de sus tios seglares á Toledo, donde se criaba ocupado en la administracion de su hacienda. Con esta ocasion se le ofrecia á Gonzalo la de ir algunas veces á Medina del Campo, y habiendo de pasar á ella por Hontiveros, pasaba en casa de una honesta viuda de aquel lugar. Tenia ésta en su compañía á la virtuosa doncella Catalina Alvarez, que hallándola en Toledo huérfana, pobre, honesta y de buen parecer, se apiadó de ella para criarla consigo como á hija. Viéndola Gonzalo de Yepes y pareciéndole bien su virtud, honestidad y recogimiento, estimando esto por única y riquísima dote, sin hacer caso de otra riqueza ni resplandor mundano, trató de casarse con ella, y lo efectuó en la misma villa.

En sabiendo los deudos la resolucion de Gonzalo, puesta ya por obra, lo sintieron gravemente, y como afrentados de que se hubiese casado tan desigualmente y sin gusto ni consejo de ellos, lo aborrecieron y dejaron desamparado todos, sin quererlo más tratar ni ver en su presencia. Arredrado el triste mozo de los suyos, se acogió á Dios (que este efecto causan en sus siervos los desvíos del mundo), y viéndose sin ocupacion alguna, hubo de acomodarse á la que sabia y ejercitaba su mujer: y así aprendió á tejer sedas y buratos, teniendo por mejor ganar la comida en un honesto, aunque humilde y trabajoso ejercicio, que buscarla por otros medios menos trabajosos y lícitos.

En estado y villa les nacieron tres hijos. El primero, que se llamó Francisco de Yepes, fué seglar y persona de vida ejemplarísima y alta oracion, regalado de Nuestro Señor en ella con mercedes muy extraordinarias; sin que para esto le estorbase el estado matrimonial; que cuando se toma y vive en él sólo

para gloria de Dios, como este siervo suyo, no impide sus altas comunicaciones y regalos. Murió en Medina del Campo con gran opinion de santidad : habiendo Nuestro Señor obrado por su medio muchas maravillas, de las cuales y de su vida prodigiosa se imprimió poco después un libro muy devoto. El segundo hijo, que se llamó Luís, se fué en tierna edad florida, aún con la inocencia al cielo, ganándosele á los demás por la mano. El tercero, fué nuestro bienaventurado Padre San Juan de la Cruz, remate de tan dichosa generacion, que con solo este hijo fuera felicísima y fecundísima.

Fué toda esta familia bienaventurada : porque el padre, Gonzalo de Yepes, aunque vivió pocos años, acabó loablemente el curso de su vida amado de Dios y de los hombres. La madre enriqueció su pobreza con gran tesoro de virtudes, por las cuales fué muy amada de nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, y así encargó á sus hijas las Religiosas del convento de Medina del Campo la amparasen en todo lo necesario. Y habiéndolo hecho así mientras vivió, mostraron en su muerte cuánto la estimaban, enterrando su cuerpo entre las Religiosas, y estimando el tenerla en su casa como á preciosa joya.

Nació nuestro Beato Padre San Juan de la Cruz año de 1542, gobernando la Iglesia Paulo III y reinando en España el emperador Carlos V. Pusiéronle en el bautismo, con feliz presagio, el nombre de Juan: ora por haber nacido en el dia del Bautista, ó Evangelista, ora por alguna otra devocion, á honor de alguno de los dos Santos. Parece fué ordenacion divina se ignorase en cuál de los dos dias nació nuestro Juan, ó á honor de cuál de estos dos Santos le llamaron así, para que lo podamos referir á entrambos, pues á entrambos pareció en el nombre y en la gracia significada por él: siendo, como el Bautista, principe y dechado de monjes, y como el Evangelista, mistico y elevado escritor. Desde su dichoso nacimiento la Virgen Sacratísima puso en él sus piadosos ojos, eligiéndole para singular y querido hijo suyo, de que darán testimonio los repetidos favores que esta Señora le hizo en el discurso de su vida, como en la historia de ella se verá.

CAPÍTULO II.

Crianza de San Juan de la Cruz.

Muerto su padre, quedaron él y los demás hermanos suyos muy niños, la madre pobre y sola, desamparados todos, mas por eso mismo muy á cargo del amparo de Dios, por cuya cuenta corren los más olvidados del mundo. Padecia la honesta viuda mucha necesidad, sin que bastase á remediarla el trabajo de sus manos, nunca ociosas, por ser el lugar corto y desacomodado, para quien habia de valerse y comer de sólo ellas. Por esta causa pasó á Medina del Campo, villa muy crecida entonces, y abundante con la frecuencia y riqueza de sus tratos y cambios.

Criábalos no con menor vigilancia que pobreza, atenta á que fuesen buenos, ya que no les podia dar el ser ricos, deseando que por medio de una buena educacion aspirasen á la verdadera riqueza de la virtud, fácil de alcanzar á cualquier pobre el más mendigo. Enseñóles con cuidado los principios y fundamentos de nuestra santa fe, á invocar el nombre dulcísimo de Jesús, á traer siempre en la boca el de Maria, á orar con las voces y afectos de la Iglesia, á reverenciar lo sagrado, á temer á Dios, á estimar lo bueno, huir de lo malo y aficionarse á todo linaje de virtud, trabajando la buena madre mucho con sus hijos, porque en estas primeras noticias que pintan la tabla rasa del entendimiento no se mezclase impresion de objeto menos conveniente al resto de la edad, sabiendo muy bien que la vasija nueva conserva por largo tiempo la fragancia del licor con que al principio la ocuparon.

Con la buena educacion de la madre descubrió luego el niño Juan entre los demás hermanos una particular y como nativa inclinacion al bien, á la piedad, á la devocion y á todo ejercicio y afecto virtuoso. Era de suyo tan manso, humilde y compuesto, que desmentia su sosiego á su edad; su edad á su modestia,

señalando ya en las flores de aquellos tiernos años el fruto que después había de dar tan sazonado á Dios. Y fuéle Su Majestad desde entonces formando muy á su gusto, y pintando en su alma y cuerpo una hermosísima imágen de alta perfeccion, la cual comenzaba desde ahora á delinear con inclinaciones y muestras virtuosas. Tambien la Virgen Sacratísima comenzó desde este tiempo á favorecerle y á cuidar de él con regaladísimas muestras de amor, de las cuales fué una la siguiente: Jugaba un dia el niño Juan (dando al tiempo lo que pide el tiempo) con otros de su edad junto á un estanque ó balsa profunda y cenagosa, y era el juego tirar á lo hondo unas varillas y volverlas á coger cuando salian fuera: queriendo, pues, el niño Juan coger la suya, y alargando para esto el cuerpo más de lo que convenia, vencido de su mismo peso dió consigo en la balsa. Hundióse al punto, pero luego volvió á salir sobre el agua, como si fuera la varilla que solia tirar, y sostenido sin hundirse estaba sin lesion ni turbacion alguna. Mostrósele allí presente quien le hacia aquel beneficio y libraba de peligro tan grande, que era la Virgen Princesa de los cielos, la cual añadiendo á este favor nuevo regalo, y extendiendo la mano pedia al niño la suya como para sacarle fuera. Mas él viéndola tan hermosa y limpia (que hasta los niños reconocen su hermosura y limpieza), rehusaba dársela por no ensuciarla con el cieno que se le habia pegado en la hondura. Entretúvole, y entretúvose un rato de esta suerte aquella soberana Reina con el niño, repitiendo Ella el mismo favor, y él tambien la misma cortesía, hasta que llegó á la balsa ó estanque, dicen que un labrador, por ventura seria Angel, si ya no el glorioso San José (como lo mostraba la insignia de una vara que traía en la mano), el cual alargándola se la puso al niño en las suyas, y asido de ella le sacó á la orilla libre y sano, y se fué. Bien verosímil parece que estando la Virgen Sacratísima ocupada en sacar al niño del peligro la ayudase á esta obra no otra menos digna persona que su bendito, Esposo. Quedó, habiendo salido el niño, muy alegre, sin turbacion alguna ni otra novedad, más que el alborozo que le habia causado la vista de aquella Señora tan celestial y

hermosa : y desde entonces y quedó en su alma tan impresa y fija la devocion á la gloriosa Virgen, que jamás la pudo olvidar, ni el regalo y beneficio que en esta ocasion le habia hecho : y así se enternecía mucho con la memoria de este caso siempre que se acordaba de él, y particularmente cuando pasaba por el puesto donde le habia sucedido. Parece vemos aquí al gran niño Moisés en su canastilla de juncos sobre el agua (aunque el nuestro amparado de más noble Princesa), reservada su vida para caudillo de un pueblo del Señor, á quien salido del Egipto de este siglo habia de guiar á la prometida tierra del cielo, por las asperezas y desierto de una retirada y penitente descalcez.

CAPÍTULO III.

Acechanzas del demonio contra San Juan de la Cruz.

No le parecieron bien al demonio estos felices principios de la vida de Juan (año 1519), y ya en ellos adivinaba el daño que por medio de este Siervo de Dios le habia de venir. Muy de lejos suele barruntar en los que han de ser grandes Santos su aventajada perfeccion (1), ora esto sea porque en la composicion de los humores y calidades del cuerpo vea la buena disposicion para la virtud, ora porque dándose á los elegidos para extraordinaria y superior santidad Angeles de guarda de excelencia y dignidad superior, conociendo El esta mayor excelencia de los espíritus soberanos venga en sospecha de lo que han de ser las almas de quien son custodios, ó ya tambien porque en alguna otra providencia extraordinaria que vea usa el Señor con ellos desde que los cria en este mundo, conjeture ser escogidos para grandes Santos. Al fin, de cualquiera manera que ello sea, ó por natural conjetura que lo alcance, ó por alguna particular ordenacion divina que se lo manifieste ; lo que vemos

(1) D. Tho. 1, p. q. 113, art. III, ad. 1.

es, que luego desde los principios de la vida de un justo, suele con mayor furia y rabia perseguirlos el demonio. Viendo, pues, en nuestro bendito niño Juan complexion tan bien dispuesta y acomodada para la virtud, tan singular favor y amparo de la Virgen, y una providencia tan especial de Dios para guardar su vida, como la que habemos ahora referido, y por ventura juntamente con esto algun muy superior Angel de guarda que le asistia siempre, y que todo estaba pronosticando una muy extraordinaria santidad con que le habia de hacer guerra y ser su capital enemigo, quiso atajar, si pudiera, en los principios el daño y deshonor que temia, procurando quitar la vida á este niño ó amedrentarle de manera que con el asombro y horror de sus espantos le dejase inútil y sin brios para ejercicios de virtud. Referia el venerable Francisco de Yepes, hermano de nuestro Juan, que siendo ambos muy niños y viniendo juntos en compañía de su madre de otro lugar á Medina del Campo, antes de entrar en la villa, pasando por cerca de una laguna (que por ventura era en la que sucedió lo que acabamos de contar) salió de ella un grande y fiero monstruo, á manera de ballena, que con la boca abierta acometió al niño Juan para tragarle; pero él, sin miedo ni turbacion, hizo la señal de la cruz para defenderse, y luego aquella fiera vision desapareció. ¿Quién enseñó á este niño á no temer tan horrenda figura y á burlar del demonio y arredrarle sólo con la cruz, sino la proteccion y amparo divino que ya entonces le rodeaba y hacia superior á todo el infierno? Representóse aquí lo que después habia de suceder en el discurso de su vida, que era procurar en toda ella el demonio tragarle por medio de los trabajos y persecuciones con que le afligió tantas veces, y el triunfo glorioso que el bendito Padre habia de alcanzar de él por medio de la mortificacion y cruz, tomándola por nombre y plantándola en la Reforma del Carmelo.

Iba creciendo el niño Juan, más que en la edad en la virtud, y para encaminarlo su madre al ejercicio de ella en una honesta vida, procuraba inclinarlo á que aprendiese algun oficio de los ordinarios en el pueblo, con que después pudiese á sí

y á ella sustentar. Pero aunque le probaban en algunos y él procuraba aplicarse á ellos deseando aprenderlos, por obedecer y sustentar á su madre, con ninguno salia, ni áun mostraba maña ni habilidad. Teníale Dios guardado por empleo más alto, y así movió á la madre para que lo encaminase por las letras. Deseábalo ella, mas viéndose atajada con la pobreza, no halló otro medio sino acomodarle en un colegio de niños que habia en aquella villa, donde hijos de gente pobre y desamparados se criaban en virtud, y eran bien encaminados é instruídos en las primeras letras. Aquí estuvo Juan por algun tiempo acudiendo al estudio y á los demás ejercicios de aquel Seminario, y especialmente á los de oracion y devocion, en que fué ejemplo y dechado á los demás niños. Empleábase con particular gusto y afecto en ayudar á Misa casi toda la mañana en el convento de la Magdalena, de monjas Agustinas, lo cual hacia con tal aseo y compostura, que parece granjeaba en los que oían las Misas nueva devocion y reverencia al Sacrificio, y aficionaba á frecuentarle y á bendecir á Dios (1), bien al revés de los inquietos hijos de Helí, de quien se escribe y condena lo contrario. Por esto se llevaba el muchacho los ojos y corazones de todos, no sin particular admiracion de los que, atendiendo á su modestia, á sus palabras, obras y acciones, advertian ya en él un anticipado seso y una madurez y prudencia más que de niño.

CAPÍTULO IV.

El niño San Juan de la Cruz es protegido de la Santísima Virgen.

La virtud es tan dueña de los corazones humanos, que no ha menester para granjearlos otro soborno más que á ella misma. Por sí es amado y estimado el virtuoso, y lleva consigo la

(1) I Reg. II, 17.

recomendacion más poderosa para que le quieran bien. No tenia este niño Juan de Yepes otros valedores ni prendas con que aficionar á quien le veía, más que sola su virtud, la cual áun en los niños tiene fuerza para llevar tras sí las voluntades. Era pobrecito y desamparado; pero su modestia, composicion, aseo y cordura era tanta, que le hacian amable por extremo. Entre los que mucho se aficionaron á él fué un caballero principal llamado Alfonso Alvarez de Toledo, persona piadosa y devota, á cuyo cargo estaba la administracion de un hospital general que hay en aquella villa (1554), obra y fábrica que puede competir con las muy notables de ciudades insignes. Pareció á este caballero que Juan, mancebo ya de hasta doce ó trece años (que en él eran más que en otros veinte) podria servir allí á los pobres y juntamente pasar adelante en sus estudios, y después con una capellanía, que él pensaba darle, ordenarse de Misa, y tomando á su cargo el inmediato gobierno de aquella casa, ser superintendente y capellan de ella. Concertólo con su madre, que como pobre, cualquier comodidad que á su hijo se ofreciese estimaba por grande, y el muchacho, obediente y deseoso de ayudarla, trocó de buena gana el colegio por el hospital, tanto con más gusto quanto esperaba tener aquí mayor aparejo para servir á Dios, cuidando de sus pobres.

Recien entrado en este hospital le sucedió un caso muy raro y maravilloso, en que mostró el Señor cuánto cuidaba de su vida, y la Virgen Nuestra Señora el amor grande con que lo regalaba. Habia en el patio de la casa un pozo sin brocal, muy hondo y abundante de agua, y Juan, ó porque no estaba de ello advertido, ó porque algun otro muchacho jugando le empujase, ó porque el demonio lo procurase para quitarle la vida (que es lo más verosímil), sin reparar en el peligro cayó dentro del pozo. Habia gente que le vió caer, y alterados con la repentina desgracia, sin atender luego al remedio de sacarle, faltos de consejo, comenzaron á dar grandes y confusas voces, á cuyo alarido se convocó la vecindad, y acudieron muchos á ver si podrian remediarle. Llegaron lastimados á la boca del pozo, mirando si hallaban modo y esperanza de poderle sacar: y

cuando casi desconfiados temieron que ya estaria ahogado y hundido debajo del agua, le vieron vivo y sentado sobre ella, y que desde alli respondia muy alegre y seguro á las voces que le daban. Echáronle una soga, á la cual atándose y asiéndose él mismo, salió bueno y sano sin lesion ni turbacion alguna. Admirados de esta maravilla, le preguntaban que cómo no se habia hundido y ahogado, y él con grande alegría y sencillez respondia que una Señora muy hermosa (que siempre creyó ser la Virgen Sacratísima) le habia recibido, cuando cayó, en su manto, y le sostenia sobre el agua, hasta que le sacaron de ella. Con esto creció de nuevo la admiracion en los circunstantes. Y viendo la vida tan milagrosa y prodigiosa del muchacho, mirándose unos á otros decian de este niño Juan lo que se dijo del otro Precursor de Cristo: «¿Quién pensais será este niño (1)?» Y con razon, porque sin duda andaba ya con él la mano del Señor piadoso y poderoso.

CAPÍTULO V.

San Juan de la Cruz ejercita su caridad con los enfermos.

En este hospital comenzó á dar mayores muestras de su virtud, con la ocasion que tenia de ejercitarla en acudir á los enfermos, á quien servia con el amor y puntualidad que si en cada uno ellos viera doliente al mismo Dios. No se hurtaba en este ministerio á desvelo alguno, al sueño si muchas veces; ni le dolia su cansancio y trabajo, sino sólo el de sus pobres enfermos, á los cuales curaba y regalaba con diligencia y ternura extraordinaria. Allí le comenzó Nuestro Señor á descubrir las ricas minas de la caridad, y él á enriquecerse con el tesoro de ella, en cuyo ejercicio hallaba el aumento de las demás virtu-

(1) Luc. 1, 65.

des. Aprendió allí á compadecerse del pobre doliente, caído en una cama, cuyo único alivio y consuelo todo cuelga de quien cuida de él. Abrazábase para aliviarlos con los flacos, alentaba á los descaecidos, tenia compañía á los solos, alegraba y entretenía á los tristes, y acudía con suma puntualidad y vigilancia á las necesidades de todos, sin dar lugar á que en su olvido ó descuido ejercitase alguno la paciencia, para que así la emplease toda en sufrir los dolores y pena de su enfermedad. Habiendo cumplido con esta obligacion, empleaba lo demás del tiempo en orar y estudiar, poniendo en uno y otro tanto cuidado, que ayudado de la divina gracia y de su excelente ingenio, salió en poco tiempo muy aprovechado, así en la oracion como en las letras.

Estudió aquí la gramática y retórica, y aprendiólas aventajadamente. Oyó después el curso de artes, y con no menos ventaja lo aprendió, penetrando lo más sutil y dificultoso de la filosofía y metafísica. Comenzó ya desde entonces á sacar provecho de su estudio, valiéndose del conocimiento de estas ciencias para el de Dios y de sí mismo, que es el fin más legítimo y propio del saber. La parte de filosofía que declara la naturaleza y propiedad del alma, estudió con particular cuidado, procurando entender bien sus oficios y efectos en el cuerpo: las potencias, órganos y sentidos por cuyo ministerio obra: el modo que tiene de entender en este destierro con dependencia de las formas ó semejanzas sensibles que la filosofía en las escuelas llama fantasmas: cómo pueden éstas siendo materiales producir otras más nobles y de naturaleza espiritual: cómo el entendimiento concibe unas oscuras y pare otras claras, formando en el acto de entender una viva imagen del objeto y cosa entendida. Estas y otras semejantes sutilezas filosóficas procuraba Juan penetrar; llevado más que del gusto, de la ayuda que hallaba en su conocimiento, para entender más fácilmente el trato de oracion y contemplacion á que él era muy aficionado, y cuyo magisterio pende tanto de esta inteligencia. De ella se aprovechó después mucho para la doctrina de cosas místicas, como se manifiesta en sus admirables escritos, donde ajus-

tado al rigor de las verdades filosóficas, declara con gran propiedad lo más interior del alma, y el delicado modo que ella tiene de obrar en la oracion.

No con menos cuidado se entregaba el virtuoso mancebo al estudio de la oracion que al de las letras. Llevábale á éste la obediencia y gusto natural, á aquél mayor y más soberano impulso y un particular afecto á su ejercicio. Era ya su alma prevenida del Señor con bendiciones de dulcedumbre, con luces divinas y sentimientos celestiales, de los cuales era enriquecido siempre que se recogia á la oracion, que es la puerta y fuente de todos estos bienes. A ella acudia como á una celestial escuela, donde el Maestro soberano le esclarecia el entendimiento y aficionaba la voluntad para seguir lo eterno, despreciar lo caduco, conocer la hermosura de la virtud y fealdad del vicio. En ella era enseñado cómo habia de negar su propio querer y mortificar sus apetitos y desasirse de todo sensible afecto, y asirse sólo á las aldabas de la fe, en cuya ilustre oscuridad hallaba unos resplandores soberanos. Este era el fruto que Juan sacaba de la oracion, y así acudia á ella con gusto y con frecuencia.

CAPÍTULO VI.

El jóven San Juan de la Cruz se da á la oracion y penitencia.

El fruto de este aprovechamiento y aventajada perfeccion que habemos dicho, manifestaron las obras, que todas fueron de verdadera mortificacion y penitencia. Comenzó ya desde este tiempo el valeroso mozo á castigar su carne, aunque inocente, y afligirla con ayunos, vigalias y cilicios. No contento con el trabajo de entre dia y los ratos de oracion, que procuraba entonces tener; llegada la noche continuaba este santo ejercicio desembarazado de los demás, y luchaba con la fla-

queza y cansancio de su cuerpo, hasta rendirlo y dejarlo despierto y alentado para perseverar en las vigili-
 as. Pero cuando alguna vez, oprimido de la necesidad, se remitía á la violencia y tiranía del sueño, recompensaba este alivio con la descomodidad de la cama, la cual era unos manojos de sarmientos, donde más se quebrantaban los huesos que tomaban descanso. Esta penitente costumbre se le conoció ya desde los siete años, edad en que de ordinario amanece el uso de la razón, con la cual desde entonces se entregó al Señor, y haciéndole sacrificio de sí se holgaba de padecer por El. Ejercitaba desde ahora prontamente la doctrina que muchos años después nos enseñó en su primer libro de la *Subida del monte Carmelo*, donde instruyendo al que quiere caminar á la perfección le dice: «Lo primero traiga un ordinario cuidado y afecto de imitar á Cristo en todas las cosas, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar y haberse en todas las cosas como se hubiera él.» Y así traía dentro de su alma estampada la imágen de Cristo Señor nuestro, y en aquel divino y esclarecidísimo Espejo miraba y componía todas sus acciones. De allí le nacía aquella tan rara y modesta composición exterior, cuya raíz estaba en lo interior, donde estaba siempre ordenado y compuesto. En cada acción y obra que hacía, se preguntaba luego á sí mismo: «Si Cristo, Señor nuestro, hiciera lo que yo ahora hago y se hallara en mi estado y representara mi persona y oficio, ¿cómo lo hiciera? ¿cómo se hubiera y obrara en esta ocasión? ¿Cómo estudiara si fuese como yo estudiante? ¿Cómo arguyera y disputara con sus discípulos? ¿Dudara y preguntara á sus maestros? ¿Cómo estuviera en la Misa y oración? ¿Cómo asistiera á los enfermos? Y finalmente ¿cómo hiciera lo que yo debo hacer en el estado que me hallo? Sed Vos, Señor (le decía), mi Maestro, pues sois mi ejemplar y mi dechado, y enseñadme lo que debo hacer para que sepa conformarme (cuanto lo sufre la flaqueza humana) en mis acciones con las vuestras.» De esta suerte se ofrecía el devoto mancebo á Cristo Señor nuestro, procurando ajustar y medir todas sus obras con esta divina regla. No con menor

aliento se consagró al obsequio de la Santísima Virgen: y obligado de los singulares favores que había recibido de su piadosa mano, procuró desquitarlos con sus obras. Crecía por instantes en su devoción: rezaba su Rosario y Oficio menor de rodillas, y gastaba en su presencia largas horas. Tan temprano comienzan los amadores de Jesucristo á saborearse en la imitación de sus trabajos y arreglarse con las dulces memorias de su Madre Sacratísima.

Al paso que Juan deseaba contentar al Señor, se le comunicaba Su Majestad y llenaba de consuelos y tesoros su alma, y cuantas mercedes Dios le hacia, tantas él lograba, con que volvía á disponerse para recibir otras de nuevo. Mancebo era ya de veinte años (brioso ardor de la juventud) cuando como si fuera de dos era sencillo, y como si de cincuenta, cuerdo y reposado. Jamás se vió en él en todo el tercio de esta peligrosa cuanto lozana edad alguno de los achaques propios de ella, no liviandad, no descomposicion, no desman alguno. Evitaba compañías livianas. Excusaba entretenimientos no importantes, cercenaba salidas demasiadas, y así le sobraba tiempo para todo virtuoso ejercicio. ¿Qué juegos le divirtieron jamás de sus estudios? ¿Qué burlas de sus veras? ¿Qué entretenimiento juvenil de su madura ocupacion? No le llevaban los ojos espectáculos profanos, no la voluntad bienes caducos, ni del mundo admitía más que su desprecios. La escuela, la iglesia, el hospital eran su alternada habitacion: amigo siempre del recogimiento y enemigo de la ociosidad. Cordura en sus palabras, modestia en el aspecto, suavidad en su trato, le hacian dulcemente amable y venerable. Basta decir que se verificaba en él aquel digno elogio de Tobias (1), que siendo mozo en la edad, no se le notaba mocedad alguna, y le convenia el nombre que los monjes antiguos dieron al gran Macario Egipcio (2) en su juventud, llamándole en lengua griega *Paidariogeron*, que en la nuestra quiere decir: Mozo viejo.

(1) Tob. 1, 4.

(2) Sozomón. *Hist. Eccles.* lib. III, c. 1.

CAPÍTULO VII.

Tiene revelacion de que habia de ayudar á fundar la Reforma del Carmelo.

Tal era Juan, y tales no ya indicios sino patentes muestras daban de su capacidad y talento con que le habia prevenido y adornado Nuestro Señor para empresas muy grandes (1). Suelen las almas de generoso y grande espíritu mostrar muy de antemano en una como viciosa lozania la virtud y talento de que son capaces, y el fruto que bien cultivadas han de dar después. La de Juan desde el principio dió muestras no viciosas, sino sazoadas ya de la capacidad que tenia para ser maestro y dechado de una sublime perfeccion, para instituir la ó restituirla si fuese menester en alguna Congregacion religiosa: y así el Señor, que para esto lo tenia escogido, quiso dárselo á entender con una muy regalada y maravillosa merced que le hizo en esta edad. Estaba un dia el devoto mancebo orando con el fervor y devocion que solia, y rogaba con ansias al Señor fuese servido de encaminalle al estado de vida que más le hubiese de agradar, resignando en el gusto y beneplácito divino toda su voluntad, y poniendo en las segurisimas manos de Dios, como dice el Salmista (2), sus tiempos y sus suertes.

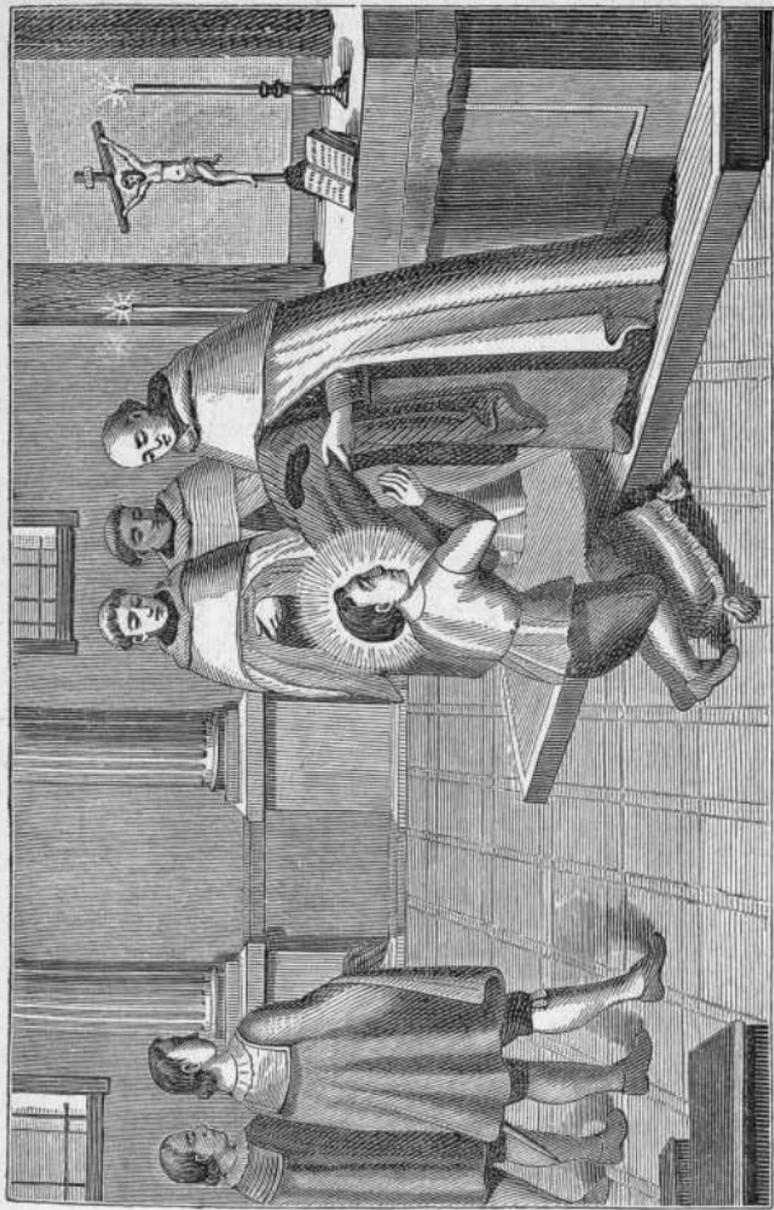
Oyó el Señor su oracion, y aceptando el sacrificio que le hacia consoló á su Siervo, respondiendo á sus deseos con este oráculo divino: *Servirme has (le dijo) en una Religion cuya perfeccion antigua ayudarás á levantar.* Quedó suspenso el piadoso mancebo con esta noticia tan extraña para él, quanto misteriosa y oscura. No se le dijo más, ni se le dió por entonces mayor inteligencia de aquella profética revelacion, que no todas ve-

(1) D. Aug. contra Faust. l. XXII, c. LXX.

(2) Ps. xxx, 16.

ces se declara cuando se da al alma. Algo de ella entendió, que era el haber de ser Religioso: parte se le quedó por entender, que era la perfeccion que habia de ayudar á restituir. Abrazó lo primero como obediente; lo segundo como verdadero humilde lo rehusó: porque no creía de sí ni se juzgaba tal que le quisiese Dios para restaurador ó autor de perfecciones en su Iglesia, presuncion que fácilmente ha engañado á no cautos espíritus. Pero vino á su tiempo de uno y otro la luz, y acreditó la verdad de esta revelacion el cumplimiento de ella, como él mismo descubriendo después lo que le habia pasado entonces lo confesó á la venerable Madre Ana de Jesús, religiosa descalza de su Orden, y en virtud y perfeccion muy insigne.

No pasaron muchos dias después que el bienaventurado Juan tuvo la revelacion y aviso del Señor, que habemos referido, cuando sintió en su alma los efectos de ella. Habíale dejado aquella luz impreso en el corazon un entrañable afecto á la vida religiosa; el cual iba creciendo cada dia, y sin diligencia ni cuidado suyo hallaba que se iba criando en su pecho un santo propósito de dejar el mundo y entrarse en Religion; aunque no sabia determinarse en cuál, y para esto acudia al Señor con oracion continua. No le dilató Su Majestad mucho tiempo este consuelo, porque dentro de breves dias le puso la luz en los ojos y la ocasion en las manos. Era recien fundado en aquella villa el convento de Santa Ana, de Carmelitas de la Observancia, y un dia, llegando Juan á él y viendo el hábito de Nuestra Señora del Cármen, vió al mismo punto en su alma aquella profética ilustracion con que Dios le habia movido para que fuese Religioso. Parecióle era ésta la Religion á que Su Majestad le llamaba y la que habia significado en la revelacion dicha, acabando de asegurarse en este pensamiento con la satisfaccion, consuelo y gozo que interiormente sentia, y un ajustamiento y lleno de sus deseos con aquel estado que parecia haber hallado en él su centro y su mayor felicidad, que es uno de los indicios más ciertos del verdadero llamamiento á una Religion. Aumentósele este piadoso afecto para con la de Nuestra Señora del Cármen, considerando que esta Sagrada



San Juan de la Cruz recibe el sagrado hábito en el convento de Padres Carmelitas calzados de Medina del Campo.

Orden tenía por Madre, Patrona y protectora á la misma celestial Reina, que él desde sus tiernos años había también escogido por tal, y de cuyas manos había recibido singularísimos favores. Solicitado, pues, de estas ansias (que cuando son tan vivas no dejan reposar al que Dios llama), se determinó de tomar el hábito y entregarse luego á Su Divina Majestad en holocausto religioso.

CAPÍTULO VIII.

San Juan de la Cruz es admitido y profesa en la sagrada Religion carmelitana.

Trató su propósito no con los parientes del mismo siglo, que suelen ser estropezo á los que caminan á la casa de Dios, sino con los Religiosos mismos, los cuales gozosos de que tal sujeto, cuya virtud era ya muy conocida, se les entrase por las puertas, se las abrieron de par en par, admitiéndole con suma alegría y conformidad de todo el convento al sagrado hábito de Nuestra Señora del Cármen. Tomóle el año de 1563, á los veinte y uno de su edad, tan gozoso de esta buena suerte, que pareciéndole haber caído sobre él la de Matías (1), añadió sobre el nombre de Juan el de este Santo Apostol, dejando el de Yepes, aunque noble y propio de su alcurnia; y llamándose de allí adelante Fr. Juan de Santo Matías, apellido que después mejorada otra vez la suerte le mejoró también, y trocó por el de la Cruz, como veremos adelante.

Comenzó en esta nueva vida el nuevo soldado de Cristo á seguir su bandera y á ejercitar las armas de la milicia religiosa con tanto brio, espíritu y fervor, que admiraba y áun confundía su ejemplo á los que más se aventajaban en Religion y virtud. Acudía á los actos y ejercicios de la Comunidad y se empleaba en ellos con el sosiego y destreza que los muy antiguos,

(1) Act. 1, 26.

con el fervor y puntualidad que los más nuevos: y en cualquiera ocupacion que se le encomendaba procedia tan religiosa y cuerdamente, que sólo en la mayor composicion y encogimiento parecia novicio. Apetecia siempre los oficios más humildes, procuraba las ocupaciones más trabajosas, holgábase con las obediencias más apretadas; y porque á todos tenia por superiores y maestros, á todos obedecia y se rendia fácilmente, pero con mayor puntualidad y perfeccion al que le era señalado por maestro, para que le instruyese y enseñase, porque á éste y al Prelado miraba como al mismo Dios.

En todo ejercicio de virtud resplandeció nuestro novicio fray Juan, sin que hubiese alguna tan rara ó dificultosa de que no diese ya patentes muestras. No es propia de los que comienzan el estado religioso la prudencia, virtud á quien engendran las canas; ni tampoco el celo de Religion, nacido del arraigado amor á su Instituto, lo cual todo falta á un novicio; pero á la gracia divina ¿quién le puso leyes? Ella hace que comiencen los grandes Santos por donde acaban otros cuando vienen á serlo. Vió nuestro Fr. Juan á un Religioso de su monasterio descuidarse delante de seglares en una falta que, aunque no era muy grave, desdecia de su hábito, siendo sólo el Novicio testigo de ella. Parecióle, y con razon, á Fr. Juan que aquello cedia en desdoro del estado, y que corria peligro el honor de la Religion si falta semejante se repetia y quedaba sin enmienda. Ilustrado interiormente, la advirtió á solas al Religioso, posponiendo el encogimiento, ley propia del novicio, á fraternal correccion, ley de Dios enseñada y mandada en su Evangelio. No sabemos el modo cómo le corrigió, sólo sabemos que el corregido quedó gustoso y enmendado, con lo cual ganó Fr. Juan á su hermano y una nueva estimacion para con él. Tanto vale un discreto celo, aún en la boca de un novicio. Descubrió en esta accion el caudal para que Dios le habia escogido de caudillo, príncipe y capitán de sus hermanos. Que si Moisés cuando mató al egipcio (1), Pedro cuando desenvainó la espada

(1) Exod. II, 12.

contra Malco (1), Saulo cuando persiguió á los cristianos (2), dieron muestras con aquel celo anticipado del que tendrian para ser cabezas, maestros y caudillos, ¿por qué no diremos lo mismo de este tan celoso y discreto mozo?

Pasado el año de la probacion profesó en la misma casa de la Señora Santa Ana, de Medina, año de 1564, en manos del muy reverendo Padre provincial Fr. Angel de Salazar, asistiendo su antiguo patron Alfonso Alvarez de Toledo. Consérvase hasta hoy el testimonio de su profesion, firmado de mano del Beato Padre en el libro de las profesiones de aquel convento; y el mismo libro encuadrado por esta causa curiosa y ricamente, y reservado en un archivo hecho para este fin con gran decencia y veneracion por la que se debe á tan preciosa joya. Asimismo se venera en aquel monasterio la celda en que moró el Siervo de Dios, convertida en oratorio y capilla de la iglesia. Con gran razon estima aquel convento estas dos memorias, preciándose haber tenido por hijo al que vino á ser Padre de toda la familia de descalzos Carmelitas. Pagóle el Siervo de Dios el beneficio que allí habia recibido con dejar aquella casa como santificada con su habitacion y con su ejemplo, pues desde entonces se ha conservado siempre en ella una reformation muy ejemplar.

CAPÍTULO IX.

Progresos en la virtud de San Juan de la Cruz siendo corista.

Viéndose ya hijo de la Religion y de la Virgen Santísima, Patrona y Madre de ella, no se hartaba de darle á Dios las debidas gracias por este beneficio tan grande, el cual saben estimar, como es razon, los que con verdadera luz del cielo cono-

(1) Matth. xxvi, 5.

(2) Actor. ix, 2.

cen cuán bienaventurado es aquel á quien Dios escoge para que more en su casa: y cuanta mayor felicidad es alcanzar á ser en ella el más abatido, pobre y humilde que reinar en los palacios de los pecadores (1). Estando, pues, nuestro Juan con este gozo, y deseando cada día mejorarse y agradar más á Dios, lo primero en que puso los ojos fué en la Regla de su Orden, para saberla y guardarla con la mayor puntualidad y perfeccion que le fuese posible. Halló que su Religion, aunque profesaba la Regla dada por San Alberto, patriarca de Jerusalem, pero no ya en aquella primera forma que la dió á los antiguos Carmelitas, ni en la que poco después tuvo por la declaracion del Papa Inocencio IV, que la templó algo, aunque dejándola en el rigor y forma de la Regla primitiva, sino segun la que moderó y mitigó el Papa Eugenio IV, dispensando en algunos de sus principales rigores y observancias y alterando muchas cosas de ella. Advertido, pues, de esto, y encontrando un día con el texto de la Regla primitiva, inspiróle el cielo un generoso deseo de observarla en todo su rigor cuanto le fuese posible, y se le diese licencia. Consultólo con sus Prelados (sin cuya bendicion cualquier extraordinario fervor es peligro), los cuales viendo los devotos y esforzados alientos de aquel mozo; no quisieron extinguir el espíritu del Señor que parece infundia en él tan altos pensamientos, y así le dieron licencia para que, ajustado á la exterior vivienda de la Comunidad, siguiese y ejercitase en lo demás las observancias primitivas.

Con esta licencia comenzó el Beato P. Fr. Juan á entablar y disponer su vida en tal forma, que siendo en el hábito y ejercicios regulares de Comunidad igual y semejante á todos, era en la perfeccion y rigor de ellos singularisimo y parecido á ninguno. Acudia como los demás al coro, al refectorio y á los otros actos comunes, pero en ellos se habia con tal destreza y edificacion, que, cumpliendo él con la observancia de la Regla primitiva, parecia no hacer cosa extraordinaria más que los otros Religiosos, disimulando cuanto le era posible la sin-

(1) Ps. xxxviii, 11.

gularidad de su modesta vida. Con esta disimulacion se abstenia siempre de comer carne, y ayunaba desde la fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz, que es á 14 de Setiembre, hasta la Pascua de Resurreccion, como manda la Regla: y en estas dos observancias era muy extraña la mortificacion que padecia, para la cual hubo bien menester su grande ánimo y la ayuda con que Dios favorecia sus deseos: porque como todos los demás Religiosos del convento no guardaban tantos ayunos y abstinencia, por tener dispensada la Regla en esta parte, no se daba vianda á su propósito, ni él tenia con que la prevenir, y habia de comer con todos de comunidad, sin esperar á remediarse en la celda, que siempre la tenia pobrísima y desnuda de todo regalo y provision. Comia pan y algunas yerbas ó cosa semejante, que acaso se guisaba para los demás: y de esta manera pasaba su vida con mucha más abstinencia y rigor que le pedia la Regla. Guardaba tambien el silencio que ella manda, desde dichas Completas de la noche antecedente hasta dicha Prima del siguiente dia: y en este tiempo se procuraba recoger luego á la celda, para evitar las ocasiones de hablar, si no era obligado con forzosas ocupaciones y mandatos de obediencia que le detuviesen fuera de ella.

Trabajaba de manos el rato que le sobraba, y se entretenia en labrar cruces de madera, disciplinas, cilicios y otras tales cosas con que evitaba la ociosidad, divertia y recreaba el ánimo, y edificaba y aprovechaba á su espíritu. Pero á donde principalmente puso la mira y el cuidado fué en aquel Capítulo de Regla (sustancia de nuestro Instituto Carmelita) en que se manda orar dia y noche recogidos en la celda ó cerca de ella. Este ejercicio santo abrazó en su alma y lo asentó en lo íntimo de su corazon, donde echó desde entonces tan hondas raíces que vino á producir soberanos frutos de altísima contemplacion y aprovechamiento espiritual. Ni se olvidó de la pobreza santa que encomienda la Regla, no admitiendo en celda, cama ó vestido cosa que no fuese precisamente necesaria para el uso de la vida humana y obligacion del estado; y así procuró la celda estrecha, desacomodada y pobre, y el há-

bito corto, viejo y remendado, y todo lo que tenia á uso era de esta manera sumamente edificativo, y que estaba oliendo á pobreza y humildad.

CAPÍTULO X.

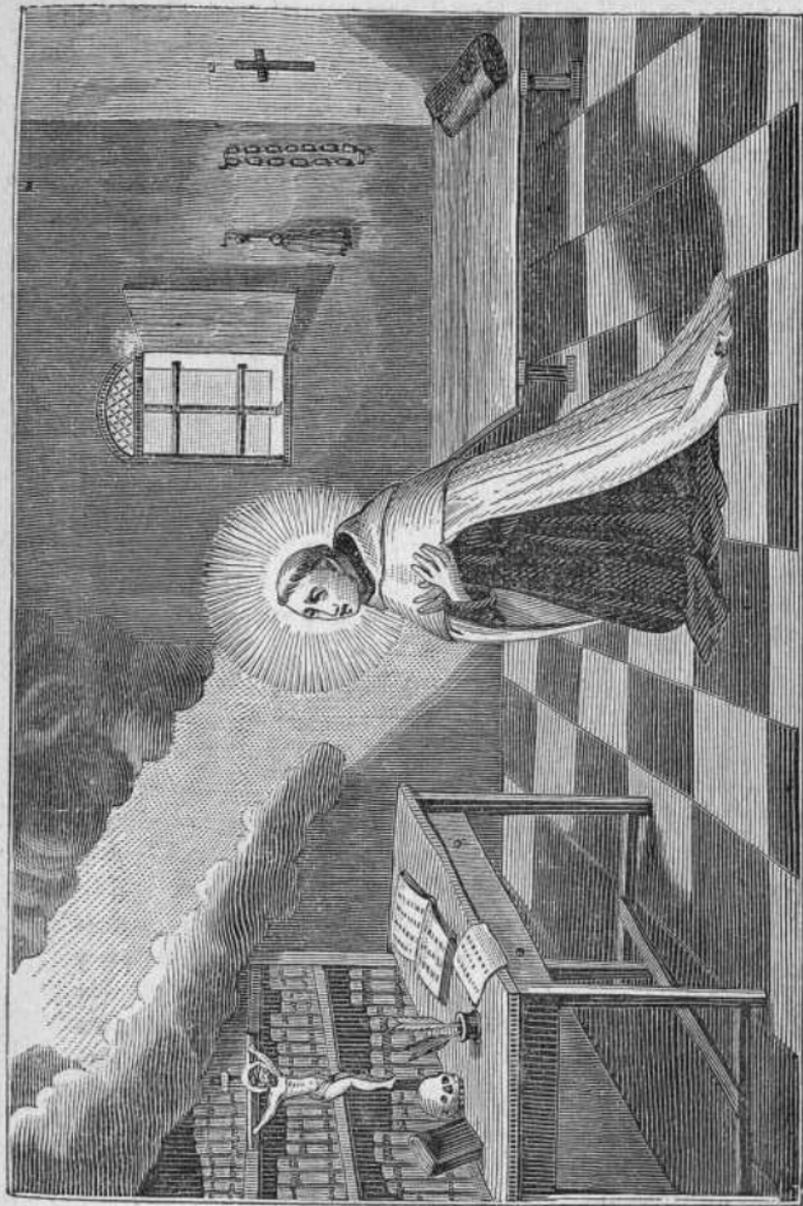
Penitencias á que se entregaba San Juan de la Cruz.

Viendo los Prelados de la Orden el aventajado ingenio del siervo de Dios Fr. Juan, acompañado con tan señalada virtud, el mismo año en que habia profesado le enviaron á oír el curso de Teología en Salamanca en el insigne colegio que en aquella ciudad tienen nuestros Padres Observantes, con la advocacion (en aquel tiempo) del glorioso apóstol San Andrés, aunque hoy se halla con el título de Santa Teresa nuestra Madre. La vida que siguió en Salamanca no es menos admirable que la que habia comenzado en Medina: no se contentaba con las obligaciones de la Regla primitiva, ayuno, abstinencias, silencio y oracion, todo casi perpetuo, sino que á esta carga añadia sobrecarga, y tal que sólo ella (cuanto más junta con la dicha) parecia del todo intolerable. Moraba en una celdilla estrecha y oscura, aunque á él no se lo parecia. Tenia este retrete una ventanilla que caía á la iglesia, hácia el Santísimo Sacramento, que eran para los ojos de su viva fe las mejores y más apacibles vistas del mundo. Habia en el techo un agujero por donde apenas le entraba un escaso rayo de luz para estudiar y leer. La cama en que dormía era un artesa vieja ó (segun otros) un cuezo á manera de cuna, donde la inocencia y pureza infantil del bendito Fr. Juan se reclinaba un rato. Tenia en la cabecera clavado un maderillo que hacia oficio de almohada, y allí sin colchon, ni abrigo, ni otra ropa más de la que tenia á cuestras, se tendia vestido: y considerándose como recién nacido y difunto en aquella cuna y ataud, velaba más que dormía en las

miserias de la vida y en la memoria de la muerte. Esta celda tan pobre y edificativa en que moró el Siervo de Dios, se ha tenido siempre en gran veneracion: y hoy viene á ser una de las capillas ó altares colaterales en la iglesia de aquel monasterio.

Los cilicios con que maceraba y mortificaba su cuerpo eran exquisitos y asperísimos. Traía de ordinario ceñida á raíz de las carnes una cadena de hierro de puas muy agudas, y sobre ellas se vestía un jubon y calzoncillos justos de esparto menudamente anudados. Las disciplinas que tomaba en este tiempo eran tan ordinarias en la frecuencia quanto extraordinarias en el rigor, como lo demostraba la mucha sangre que derramaba en ellas, de que tambien daban testimonio los ramales mismos con que se hería: los cuales muchas veces vieron teñidos en sangre sus compañeros y Prelados. A todos los que eran testigos de este gran rigor y aspereza de vida les ponía admiracion y espanto, y les era de gran edificacion y provecho; pero á él no le daba toda ella tanta pena quanto el entender que se sabian sus mortificaciones y penitencias, sin poderlas encubrir del todo á los ojos de sus mismos compañeros. No era menos admirable su oracion que su penitencia, que ambas alas de la vida espiritual batía igualmente volando á la cumbre de una muy sublime perfeccion. Era la oracion su vida, su manjar y sustento: ella era su estudio y su vigilia. Cumplía con rigor de verdad aquella principal obligacion de la Regla de orar dia y noche, meditando en la ley del Señor, en quanto es dado á la flaqueza humana.

Parece que se ha dicho algo de la perfeccion con que procedía nuestro Juan en el colegio de Salamanca con su oracion y penitencia; pero réstanos ver el modo que tuvo en juntar la vida colegial y religiosa, en que sin duda resplandeció más su caudal y virtud y el grande aprovechamiento de su alma. Dispensaba el tiempo conforme las ocupaciones lo pedian, dando el suyo al estudio, el suyo á la oracion, y juntando ambos ejercicios con tan bien ordenada correspondencia y alternado fruto, que si estudiaba para orar, merecia orando luz para el es-



San Juan de la Cruz entregado á la oracion, al estudio y á la penitencia en el Colegio de Padres Carmelitas calzados de Salamanca.

tudio. No consentia usurpare algo la especulacion al afecto, ni el afecto su debido tiempo á la especulacion: temple que debe observar el Religioso contemplativo y estudiante, si quiere salir en uno y en otro aprovechado: pues ni sin oracion obligará á Dios que le dé luz para el estudio, ni sin la del estudio sabrá tambien disponerse para obligar á Dios, y entender y declarar á otros las delicadas comunicaciones de su trato. Y porque la virtud siempre es la parte principal, ya que primeramente se debe atender especialmente en los colegios religiosos, no le parecia hacer agravio á las letras si, empleado en ellas el cuidado y tiempo necesario, se daba y entregaba más á los ejercicios de la oracion y de todo linaje de virtud.

CAPÍTULO XI.

Adelanta en sus estudios y celebra su primera Misa.

Con esta advertencia, pues, acudia nuestro devoto Colegial á los ejercicios de las letras. Iba y venia de las escuelas los ojos clavados en la tierra, el corazon en el cielo, edificando á todos con su exterior compostura. Asistia á las Conclusiones, defendíalas y argüía en ellas, nó con fuerza de voces, sino de razones; nó conteniendo, sino disputando en seguimiento siempre de la verdad, no de su apasionado parecer, ó por salir (como dicen) con la suya: y así cuando la veía en la razon contraria, dejando luego las armas y cruzadas las manos, se rendia á ella, reputando por victoria propia el triunfo de la verdad, á donde quiera que venciese. De aquí le nacia la quietud y paz con que argüía y con que después quedaba siempre sereno. Así se habia en el estudio nuestro religioso Colegial: mas en la observancia y rueda comun de los actos regulares con más atento cuidado, como habemos referido. Salido de los ejercicios escolásticos se reducía luego á quietud de su retiro, sin dejar em-

peñado el entendimiento en la disputa, ni pintada la memoria de diversas imágenes, cuyo desordenado bullicio después le perturbasen la oracion. De todo esto se venia á hacer un cúmulo de obras ejemplarísimas notablemente raras, y que apenas suelen hallarse en un sujeto juntas. Por lo cual era de todos amado y venerado, y especialmente en su Religion y colegio, donde los mozos le miraban con respeto, los ancianos con estima, los Prelados con amor, y todos generalmente con veneracion tan grande que se recelaban de hacer ó decir cosa menos decente en su presencia. Y así refieren los Religiosos de aquel tiempo que cuando algunos de ellos estaban recreándose con algun desahogo en divertimientos, aunque lícitos, en viendo venir á Fr. Juan se mesuraban y componian áun los más ancianos hasta que él pasase; y si acaso los cogia de improviso, aunque no les dijese palabra, se hallaban como avergonzados y reprendidos de la celestial modestia de este mozo.

En esta vida y ejercicios corrió el Siervo de Dios hasta el año de 1567, habiendo cumpliendo los tres del curso de teologia y los veinte y cinco de su edad, siendo tiempo ya que se ordenase de Misa. Rehusábalo mucho el Beato Padre, reconociendo su insuficiencia para tan alto ministerio. Consideraba la grande reverencia con que muchos de los Santos se abstuvieron de tratar cosa tan alta. Un Jerónimo y un Francisco: el uno que ordenado no osaba ejercitar el sacerdocio; el otro que nunca osó ni le quiso recibir: no valiéndole su humilde resistencia, se hubo de rendir á la ordenacion de sus Prelados. Habiéndose ordenado le trajo la obediencia al convento de la Señora Santa Ana de Medina del Campo (cuyo hijo era), para que allí cantase la primera Misa y diese con esto consuelo á su madre y conocidos. Para este acto se aparejó el devoto misacantano con largas vigiliias de oracion, con fervientes deseos, con profunda humildad, con fe muy viva y un encendido amor de Dios. Deseaba el bendito Padre desde que le amaneció la luz de la razon tener su alma enlazada y tan unida estrechamente con Dios, que en su cuerpo mortal jamás reinase el pecado, ni manchase la primera estola que en el bautismo vistió y él por singular

favor siempre habia conservado. A este blanco dirigia sus ansias, á este fin sus peticiones, y teniendo de su mano al Señor, cuando en el altar lo tenia en sus venerables manos, de suerte afervorizó la súplica que mereció oír por respuesta, envuelta en una luz muy sutil en el centro de su alma: *Yo te concedo lo que me pides*. Quedó el Santo Sacerdote bañado en gozo, lleno de humildad y de reconocimiento á tan grande beneficio: porque juntamente sintió en su alma una espiritual renovacion, y haberle el señor concedido una pureza tan feliz que lo restituyó á la inocencia de un niño de dos años, y confirmó en gracia, al modo que á los sagrados Apóstoles, para que jamás le llegase á ofender con culpa grave. Todo lo cual, además de los confesores suyos que lo deponen, en premio del silencio con que siempre ocultó éste y semejantes favores, se lo reveló Su Majestad á las venerables Madres Ana María de Jesús y Beatrix de San Miguel, las cuales con toda esta claridad lo deponen con juramento en sus dichos. De esta noticia no careció nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, cuando ordinariamente repetia: *Que el P. Fr. Juan de la Cruz era una de las almas más puras y santas que Dios tenia en su Iglesia, y que le habia infundido grandes tesoros de luz, purezá y sabiduría del cielo, y que en su opinion habia sido Santo toda su vida*.

CAPÍTULO XII.

Tiene deseos de entrar en la Cartuja y lo indican á Sta. Teresa para la fundacion de la descalcez.

Efecto es de los dones, que nuestro Señor comunica, el deseo de guardarlos. No se da el de la confirmacion en gracia, para que fiada el alma en él, se aventure á los peligros; antes se inclina á buscar los medios más seguros para conservarse en ella. Parecióle á nuestro Beato Padre que para no ofender jamás á Dios mortalmente, era menester mucha abstraccion y

apartamiento del siglo; y habiendo de huir de él, ningun retiro juzgó más á propósito que el de la Cartuja, Religion santísima y perfectísima, apartada del trato de los hombres; y empleada en el trato y comunicacion con Dios, tan lejos del siglo, que sus profesores parecen (y en la conversacion y trato lo son ya) ciudadanos del cielo. Por donde se ve la estima grande que Dios puso en el corazon de nuestro Beato Padre de aquella estrecha y santa vida. Y cierto, que si pudiera añadirse á esta ilustrísima Religion calificacion alguna, más de la que por sí tiene (que es suma y sumamente debida á su grandeza), no fuera pequeña la que le podia resultar del afecto que tuvo á su Instituto un tan gran Padre y Maestro de perfeccion, Capitan y guia de nuestra Reforma descalza.

En este tiempo andaba nuestra Madre Santa Teresa de Jesús disponiendo cómo se reformase su Orden en los Religiosos, por algunos de los mismos que la habian profesado; ya que ella habia dado principio á su reformation en las Religiosas, y tenia fundado el primer convento en Avila. El primer pensamiento de que hubiese descalzos Carmelitas, nació en el generoso y varonil pecho de la gloriosa Santa. Acudia, pues, á Dios en la oracion, y con instancia continua (1), como otra Raquel le pedia hijos, ó morir; tales eran sus ansias por ver Religiosos descalzos de su hábito. Con este pensamiento y deseo, estando en Medina del Campo, donde habia concluido la segunda fundacion de Religiosas, lo comunicó en secreto con el P. presentado Fr. Antonio de Heredia, prior de nuestros Padres Observantes, el cual se ofreció á descalzarse el primero; pero aunque á la Santa le agradó su buen propósito, no del todo satisfizo, recelando no tendria fuerzas para tanto rigor, como en la descalsez se profesaba.

En este tiempo se ofreció venir de Salamanca (donde ya se habia vuelto después de haber cantado Misa) el Beato Padre Fr. Juan, con intento de en llegando á Medina ejecutar el propósito que tenia de pasarse á la Cartuja en el Paular de Sego-

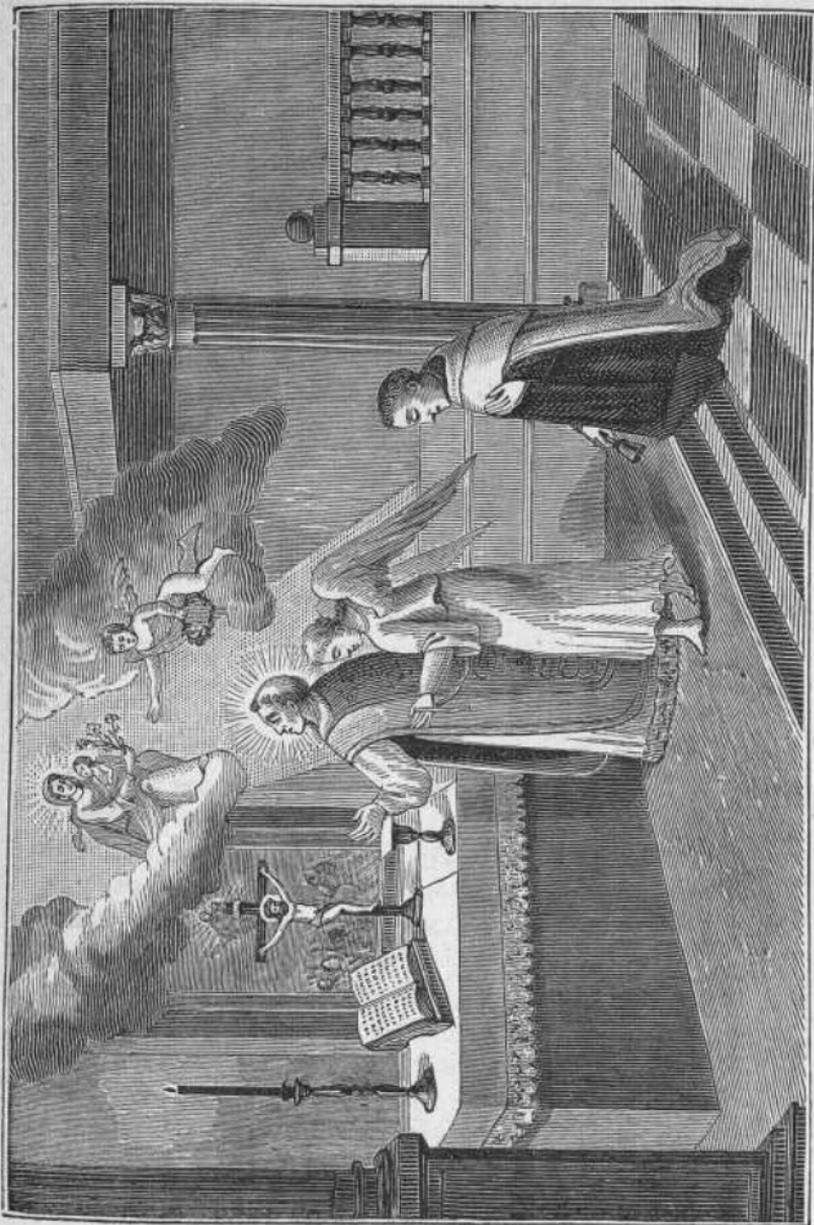
(1) Gen. xxx.

via. Venia en compañía del P. maestro Fr. Pedro de Orozco, el cual sabiendo el intento de la Santa, le dió larga noticia del Beato P. Fr. Juan sin temor de exceder en la relacion, ni que el gran concepto que anticipaba del bendito Padre disminuyese á la experiencia su grandeza. Alborozada con tales nuevas la Santa, se le asentó en el corazon que era éste el Religioso que ella tanto deseaba (1). Habiendo hallado, pues, la margarita preciosa que buscaba, no faltaba á esta celestial negociadora sino dar todo cuanto tenia por ella. Así lo hizo, y acudiendo á Dios en la oracion, se ofreció mil veces toda en sacrificio, y como en precio de tan rica joya, pidiéndole á Su Majestad esta piedra preciosa, para que fuese la primera y fundamental del edificio, y espiritual fábrica de su Reforma de Descalzos. La noche antes que hablase al Santo Padre (1), con estos grandes deseos que tenia, perseveró toda ella en oracion luchando como otro Jacob con Dios, hasta que finalmente alcanzó que la bendijese el Señor con darle á este bendito Religioso, ofreciéndole Su Majestad seria el primero que se descalzase, con lo cual quedó la Santa muy gozosa, y dando mil gracias á Dios por este tan singular beneficio.

Con la disposicion dicha esperó la Santa al Siervo de Dios á la mañana, y en viéndole reconoció luego en la modestia de su rostro (á donde resplandece la prudencia de los sabios) todo lo que de su virtud y Religion le habia dicho el P. Orozco, y Nuestro Señor dado á entender en la oracion. Refirió á la Santa Madre el Beato P. Fr. Juan sus ejercicios, sus deseos, y la prisa que el Señor le daba para vida más retirada y estrecha. Viendo la Santa tan buena disposicion le descubrió la suya, y dijo: «Padre é hijo mio, tenga paciencia, y no se vaya á la Cartuja, que ahora tratamos de hacer una Reforma de descalzos de nuestra misma Orden, y sé yo que se consolará con el apaje que tendrá en ella para cumplir todos sus deseos, y hará

(1) Matth. XIII.

(2) Gen. XXXII.



San Juan de la Cruz al celebrar su primera Misa en el convento de Padres Carmelitas de Medina del Campo es restituído á la inocencia infantil.

un gran servicio á su Madre. El Santo Padre se ofreció con gusto á la Santa, sacando solamente en condicion que no se tardase mucho.

CAPÍTULO XIII.

San Juan de la Cruz se instruye y dispone para la descalcez carmelitana.

Viéndose la Santa con dos frailes, ó como ella con gracia solia decir, con fraile y medio; aludiendo á la buena presencia del P. Fr. Antonio, y pequeña del Beato P. Fr. Juan, grandemente se alegró, y habiéndoles confirmado en su propósito, los entretenia esperando hallar casa en que fundar el convento. No descuidaba el Señor esta obra, siendo su principal agente, y así entrando el año de 1568, volviendo la Santa de la fundacion de monjas de Malagon á su convento de Avila, la visitó un caballero llamado D. Rafael Mejía Velázquez, el cual sin otra diligencia que la mocion interior, le ofreció una casa ó cortijuelo que tenia en la aldea de Duruelo. Aceptóla la Santa agradecida, y pasando á Medina la vió por caer no lejos del camino, y aunque era pequeña, considerando que Dios se la habia deparado, la juzgó muy conforme á sus deseos, que eran fundar con soledad y pobreza en imitacion de nuestros padres antiguos. Partió á Medina, y dió á los dos Padres la nueva feliz de su hallazgo. Parecióles tambien que respondieron con alentado fervor, que no sólo en aquella casa, pero, en una pocilga se encerrarian gustosos. Viendo su determinacion, en tanto que el P. Fr. Antonio renunciaba el oficio y daba cuenta de su persona al Provincial, se partió á Valladolid á fundar el cuarto convento de monjas, llevando en su compañía al Santo fray Juan.

Procuró el Beato Padre aprovecharse de la ocasion que tenia en la compañía de la Santa y trato de las Religiosas, informán-

dose bien de todo el modo de proceder suyo en la Reforma. «Como estuvimos (dice nuestra bienaventurada Madre), algunos días con oficiales para recorrer la casa, y sin clausura, habia lugar de informar al P. Fr. Juan de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas las cosas, etc.» De las cuales palabras manifiestamente se colige que el Beato Padre fué discípulo y como novicio de la Santa en la vida descalza, para que después fuese Padre, maestro y dechado de todos los demás, como lo fué. Tambien se colige que á él escogió Nuestro Señor para la primicia de esta empresa: pues ordenó que á él comunicase nuestra Santa Madre fundadora las primicias del espíritu de la Reforma, que Su Majestad habia en ella depositado, como en principio de toda la Congregacion descalza.

Este beneficio que el Beato Padre recibia de la Santa, pagaba y agradecia él, no sólo con el raro ejemplo de su vida, trato y conversacion del cielo, sino tambien con la doctrina y magisterio espiritual que en aquella casa ejercitaba, así con la Santa Madre, como con sus hijas, confesándolas á todas y comunicando sus almas: con lo cual comenzó desde entonces á ser juntamente hijo y padre espiritual de nuestra madre Santa Teresa, y el primer confesor, padre y maestro de espíritu que ella y sus hijas tuvieron de su Reforma de descalzos. Habiéndose negociado todas las licencias para la fundacion de los Religiosos, previno el Beato Padre para ella la Santa fundadora, dándole un pobre ornamento y recaudo para decir Misa. Tambien le dió el hábito reformado que se habia de vestir allá, cosido por manos de la misma Santa y de sus Hijas. Con esta riqueza y provision, con estas alhajas y ajuar, tomando por compañero uno de los oficiales que trabajaban en aquella fundacion, para que le ayudase á disponer la casa en forma de monasterio, se preparaba para su jornada el Santo Padre.

Al despedirse de las Religiosas y tomar la bendicion de la Santa, delante de ellas le dijo: «Madre, pues Vuestra Reverencia ha sido tan grande parte para que yo emprendiese aquesta obra en servicio de Dios Nuestro Señor, pídale me dé su gra-

cia, para que la comience en honra suya, y que sobre ella y sobre mí eche su santa bendicion. Vuestra Reverencia tambien me dé la suya, y juntamente con las Hermanas se acuerde de encomendarme á la Divina Majestad.» Arrasáronse de lágrimas los ojos así á la Santa como á sus Hijas, viendo el fervor y devocion del Santo Padre; y considerando la grandeza de la obra que emprendia de tanta gloria de Dios y de su Madre Santísima, le respondió la Santa por todas: «Vaya Vuestra Reverencia, mi Padre, en hora buena muy confiado de que le ha de ayudar Nuestro Señor, pues comienza una obra de las de mayor servicio suyo, que se le harán en muchos siglos. La bendicion de Dios le alcanzará muy larga, y la de Vuestra Reverencia es justo recibamos nosotras, como de sacerdote del Señor, Padre espiritual y confesor nuestro. Mis pobres oraciones y las de nuestras Hermanas tendrá muy ciertas, cuanto lo será el gozo y el beneficio que recibiremos todas en el buen suceso de esta empresa.»

CAPÍTULO XIV.

San Juan de la Cruz arregla su primer convento para la Reforma.

Habiendo partido de Valladolid el Beato Padre para ejecutar los intentos de su Reforma en Duruelo, luego que descubrió el sitio, regocijado con su vista grandemente, lo saludó con alegres júbilos del corazon como cercano ya á su centro. Llegando á la pobre casita, ayudado del oficial que traía consigo, la dispuso nuestro gran arquitecto en la forma siguiente: Primeramente hizo la iglesia en un pobre portalejo que tenia la casa, el cual estaba representando el de Belen en que nació Cristo, Señor nuestro. El adorno más precioso con que la compuso eran unas cruces de palo, toscas, hechas de ramas de árboles

con otras tantas calaveras que causaban horror y edificacion. Formó el coro en la pieza de un desvan, que tenia un tejadillo á dos vertientes, tan bajo en los extremos de ella, que para entrar por él era preciso arrodillarse. El ventanaje y vidrieras de este coro era un agujero del techo que se abria y cerraba con una teja, no tan bien ajustada, que no diese (como tambien las demás) lugar franco á la luz, y aún á la escarcha, lluvia y nieve. A los dos lados de hácia la parte de la iglesia fabricó dos apartados como ermitillas ó celdillas, tan angostas y bajas, que sólo admitian á su morador tendido ó arrodillado, porque estaban en el extremo de la vertiente del desvan. Puso por cama en ellas un poco de heno, para que todo oliese al portalico de Belen: por almohada una piedra, una cruz con que abrazarse vivo, y una calavera en que mirarse muerto, era el ajuar curioso y precioso adorno de estas celdas. Tenia cada una su ventanilla al Santísimo Sacramento, que eran las más apacibles y entretenidas vistas para sus moradores.

La vivienda del Monasterio dispuso el Beato Padre no con menos grandeza que la iglesia y coro. En un aposentillo bajo, sobre quien el coro cargaba, formó el dormitorio del convento con dos ó tres celdillas, aderezado con el mismo adorno que las demás. De la cocinilla que restaba en la casa antigua hizo dos partes, señalando la una para cocina y la otra para refectorio. El ajuar y menaje de ambas oficinas era muy donoso, porque en el refectorio puso por mesa un pedazo de tabla tosca, por vasijas un cántaro quebrado, por tazas para beber unos cascós de calabaza. La cocina dejó asaz prevenida con dos ollas viejas, que habian de seryir los menos dias. Este era finalmente el monasterio todo, que formó y dispuso nuestro Beato Padre. ¡Oh edificio, si no de suntuosidad, lleno de lenguas que están predicando una evangélica y perfectísima pobreza! ¡Oh edificio, desprecio de los palacios y alcázares soberbios del mundo! Estas paredillas viejas, que apenas darán albergue á tres pobres descalzos, están haciendo burla de las torres que levanta contra el cielo la ambicion de Babilonia. No menos ponen moderacion á los edificios monásticos tan crecidos ya y

majestuosos algunos, que más parecen palacios de quien reina, que tugurios ó chozas (cual debieran serlo), de quien llora, propio oficio del monje.

Habiendo pasado todo el día el Beato Padre en disponer su monasterio, le cogió la noche tan olvidado de sí, que no habiéndose desayunado todavía, envió al mozo al lugarcillo á pedir alguna limosna. Diéronle algunos mendrugos, con que pasaron ambos aquella noche muy alegres. A la mañana, que habia prevenido con oracion la mayor parte de la noche, se fué á decir Misa, y poniendo sobre el altar el nuevo hábito, lo bendijo, y acabando la Misa se lo vistió, siendo su materia y forma la que ahora usan los descalzos, añadiendo el andar sin calcillas, choclos, ni alpargatas, ni otro algun reparo en los piés, y así desnudamente vestido y recoleto, presentó á los ojos del mundo la figura del primer descalzo carmelita, y de los reformados el primero y el mayor. Viéndose en esta humildad y desnudez, y reconociendo lo que aquella mudanza exterior le demandaba, puesto de rodillas presentó á Dios su propósito, manifestó sus deseos, invocó su favor, y poniendo por su intercesora á la Santísima Virgen, pidió le diese fuerzas, valor y perseverancia, para que aquella obra, que no habia nacido de la carne y sangre, sino de Dios, tuviese de Su Majestad el aumento y cumplida perfeccion.

CAPÍTULO XV.

Se le juntan otros dos Religiosos, y fúndase la descalcez del Cármen para hombres.

De esta manera estuvo nuestro solitario Juan en su pobre chozuela y soledad de Duruelo, por espacio de dos meses que su compañero Fr. Antonio se tardó en venir. Los labradores de aquella alquería ó lugarejo estaban atónitos viendo á su

nuevo ermitaño con aquella figura y traje tan edificativo y peregrino. Mirábanle y admirébanse de él, y mucho más cuando llegaban á hablarle y le oían palabras tan del cielo. Íbanse tras él, y no se hartaban de ver el nuevo monasterio con su iglesia, coro y campana. Acudían allí á encomendarse á Dios tocados de nueva luz, y convertidos como en otros hombres, con la fuerza de tan raro ejemplo. Daban noticia de este gran tesoro que se les habia venido á su tierra, á los pueblos comarcanos, y venia mucha gente de ellos. No habia otra cosa en la boca de todos aquellos labradores sino el fraile descalzo, y en sus corazones admiracion y edificacion de su vida.

Habiéndose ya desembarazado de su oficio y ocupaciones el P. Fr. Antonio de Heredia, llegó á Duruelo, trayendo en su compañía á un Hermano corista, llamado Fr. José, y habiendo gastado la noche en larga y fervorosa oracion, por la mañana, que fué domingo primero de Adviento, año de 1568, á los 28 de Noviembre, después de decir Misa los sacerdotes con singular devocion, hincados todos tres de rodillas en presencia del Santísimo Sacramento, con extraordinario gozo y alegría, bañados en dulces lágrimas, renovaron su profesion y renunciaron solemnemente la Regla mitigada, prometiendo á Dios Nuestro Señor, á la Santísima Virgen Maria del Monte Carmelo y al Reverendísimo Padre General, de vivir conforme á la primitiva, sin mitigacion, hasta la muerte. Siguiendo la costumbre que nuestra Santa Madre habia introducido en las monjas de mudar los renombres de sus linajes y alcornias, por enterrar con ellos todas las memorias del siglo, el P. Fr. Antonio desde aquel dia se llamó *de Jesús*. Nuestro Beato P. fray Juan eligió *la Cruz*, y el hermano corista Fr. José se apellidó *de Cristo*, haciendo entre los tres un *Cristo Jesús, Crucificado*. Poco después llegó el P. Provincial Fr. Alonso González, y gozoso de ver aquel nuevo Belen y religioso portal de los Religiosos Carmelitas, nombró por Vicario y Prior del convento al más anciano de los tres, que era el P. Fr. Antonio y por Superior y Maestro de Novicios á nuestro Beato Padre. Al Hermano Fr. José para los oficios de la casa. Hicieron luego entrambos

descalzos sus ordenaciones religiosas para disponer el modo de vida reformada, ajustándose en todo á la Regla primitiva de la Orden.

Nuestro Beato P. Fr. Juan, á quien cupo la mejor parte de aquellos fervores primitivos, por ser el primero que se descalzó y en quien Dios derramó las primicias del espíritu de que se habia de alimentar la Religion, si antes como particular miraba á su aprovechamiento y edificacion de los demás, ahora, teniéndolo por oficio y obligacion, así extendió sus vuelos, que sin competencia todos le dieron la palma. Adelantó su penitencia hasta parecer verdugo de su cuerpo: el jubon y calzoncillos de esparto ya le parecian suaves: las disciplinas de sangre no satisfacian su fervor: los cilicios, cobardes si no taladraban sus miembros: la cama era un rincon del coro, sirviéndole una piedra de almohada. A media noche asistia á los Maitines, y después se quedaba en oracion hasta venir la mañana: estaba en ella tan transportado, que habiéndose calado de la nieve que entraba por entre las tejas, no la sentia al caer, y solia (segun escribe nuestra Santa Madre) levantarse á Prima, sin haberlo reparado. No era mucho, porque el calor que le daba la oracion era superior al frio. Venida la mañana la gastaba en decir Misa y confesar á los que venian de aquellas alquerías faltos de doctrina y de maestros.

Iba el Santo (que era el mayor, y el más desocupado) á los lugares circunvecinos á predicar á pié, y dejando el fruto en las almas, guardaba para su cuerpo el dolor, pues cansado y ayuno se volvia á su convento, diciendo á imitacion de Cristo nuestro Redentor: «Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre, que me envió para que perfeccione las almas (1). Sucedió un dia que guardó este su estilo, y habiéndose ya ido en acabando de predicar, le alcanzó el criado del cura que le enviaba á llamar, y esperaba con buena mesa y regalo: mas el Siervo de Dios, aunque agradeció la caridad no admitió el convite, y preguntado por el compañero la causa de tan extraño desvío, res-

(1) Joan. iv.

pondió: «No quiero, Hermano, que me paguen ni agradezcan los hombres lo que hago sólo por Dios.» Digna sentencia de predicador tan apostólico.

CAPÍTULO XVI.

San Juan de la Cruz se traslada á Mancera y es nombrado Vicario de Pastrana y Rector de Alcalá.

Habiendo ya dado principio nuestro Beato Padre á la vida primitiva en esta soledad, siendo después de nuestra Madre y santa fundadora Teresa, el principal fundador de esta Reforma, la fué, como maestro suyo, informando, y como verdadero Padre, criando á los pechos de su celestial ejemplo y doctrina. Y así tuvo á su cuenta el instruir los primeros noviciados de ella. Lo cual ordenó Nuestro Señor, para que la Religion, que toda estaba entonces como en semilla en aquellos pocos Religiosos, recibiese la verdadera forma de su primitiva descalcez por boca y enseñanza del Beato Padre, á quien Su Majestad habia de antemano comunicado las primicias de este espíritu. Comenzó la ejecucion de este magisterio en Duruelo, donde quedó con el gobierno de la casa, por ausencia del P. Fr. Antonio. En esta ocasion viéndose solo y dueño en todo, el Beato Padre fué cosa maravillosa como entabló el trato con Dios, el retiro y mortificacion, y lo demás perteneciente á la vida primitiva. Hábiale dotado el Señor de tal magisterio, discrecion y capacidad, que entonces con la voz, y después con la pluma, llenó su Religion y las demás de ángeles contemplativos. Su compostura exterior, nacida de la presencia continua de Dios, casi visible á los demás, su silencio humilde, su alegría modesta, su afabilidad caritativa y cortés le granjeaban la comun estimacion. Atendiendo á lo más propio de su oficio, no era menos de notar la prudencia, temple y apacibilidad con que recibia los novicios y encaminaba en su vocacion. Penetraba

primero las fuerzas naturales, para medir con las unas el trabajo y dirigir los otros, quitándoles los resabios é inclinaciones con que venian del siglo, con que mortificadas las pasiones y apetitos quedaba la tierra de sus corazones dispuesta para la semilla del cielo.

Ofrecióse poco después la traslacion de este convento de Duruelo al de Mancera, que fué año de 1570 á 11 de Junio. Pasó á ella nuestro Beato Padre con dos insignes novicios que habia recibido en Duruelo. Hízose la traslacion con mucha solemnidad, viniendo todos en procesion desde Duruelo á Mancera, acompañados de algunos Religiosos de la observancia que se hallaron presentes. Luego se comenzó á esparcir la fama de los descalzos por toda aquella tierra, con gran opinion de su ejemplar vida; y á esta voz concurrieron muchos de diversas partes á pedir el hábito. Creció en breve el número de los novicios, y recibéronse algunos muy señalados, que después fueron esclarecidos varones en la Religion.

Habiendo ya instruído el Santo Padre los noviciados de Duruelo y Mancera, se partió mediado Octubre á hacer lo mismo en el de Pastrana, con título de vicario de aquella casa. Halló en ella un escogido rebañuelo de catorce novicios, que en el primer año de su fundacion se habian recibido todos excelentes y de grandes esperanzas. Los cuales, aunque muy fervorosos y dispuestos á toda perfeccion, pero necesitados de doctrina por no haber tenido maestro de asiento ni á propósito. Por lo cual, el Santo Padre, como á quien tocaba la enseñanza comun de la Reforma, comenzó á instruírlos de nuevo en las obligaciones de ella. Luego se echó de ver en el noviciado y en toda la casa la eficacia de su magisterio, porque andaban todos alegres, devotos y alentados, y con una santa competencia diligentes en el camino del Señor.

No pudo durar mucho la asistencia de nuestro Beato Padre en Pastrana, porque habiéndose fundado en Alcalá en este año de 1571 un colegio, que fué el primero y de los más insignes de la Orden, fué señalado en él por primer rector, para que le diese el temple debido á la virtud y las letras. Admiró

á aquella floridísima universidad con la santidad de su vida y ejemplo de sus Religiosos, que alentados de su fervor sacaron colmados frutos. Era cosa maravillosa ver el orden, observancia y fervor de aquel colegio, el trato y frecuencia de oracion, los ayunos y vigiliass, los alentados ejercicios de mortificacion y penitencia: de suerte, que yendo poco después á visitar aquel convento el Padre maestro Fr. Pedro Fernández, comisario apostólico, admirado su compañero de tan gran rigor de vida, le pareció aquella casa más cárcel religiosa de San Juan Climaco que colegio de estudios. Y de tal manera estampó nuestro Beato Padre en el corazon de aquellos primitivos colegiales el amor á la virtud, prefiriéndole siempre al estudio de las letras, que por esta causa quedó como en proverbio comun, repetido á cada paso en nuestros colegios: *Religioso y estudiante, y el Religioso delante.*

CAPÍTULO XVII.

San Juan de la Cruz es enviado de confesor al convento de la Encarnacion de Ávila.

Por Octubre del corriente fué electa nuestra Santa Madre por Priora del convento de la Encarnacion de Avila, del Carmen de la observancia, y consiguió del Comisario apostólico que le enviase por confesor el Beato Padre Fr. Juan de la Cruz, esperando de su doctrina y virtud que dejaria aquel convento como ella tenia los demás de su Reforma. Partió el Santo Padre llevando por compañero al P. Fr. German de San Matias, entrado ya el año de setenta y dos. Llegados á Avila hicieron asiento en una casita que se les señaló para posada junto al monasterio de la Encarnacion: y como quien asienta allí su real, comenzó el Beato Padre su conquista y batería para mejorar y perfeccionar aquel convento. Fueron sus principales armas, después de la confianza en Dios, el ejemplo y la doc-

trina. Cuanto á lo primero, moraba en aquella pobre casita, apartado del bullicio de la ciudad, por estar fuera de ella el monasterio, como si viviera en una ermita solitario. El trato de su persona era el mismo que en Duruelo. En la comida era muy parco y mortificado, y porque esto venia por mano de las Religiosas era notable la edificacion que les causaba ver que jamás reparaba en que fuese buena ó mala, poca ó mucha, bien ó mal guisada, ni se acordase de pedirla cuando se olvidaban de darla. Tratábalas siempre con humilde gravedad, sereno y modesto rostro, y una circunspeccion en acciones y palabras tan grande, que por cualquier parte que le miraban les causaba edificacion. No les daba ni recibia regalos ó dijecillos, aunque fuesen cosa muy poca y al parecer devota, porque echaba de ver que en esta materia de lo poco se viene á lo mucho y de lo espiritual á lo sensual. Absteniase tambien de mostrar más estima de una que de otra, más gusto de tratar con ésta que con aquélla, porque no fuese causa de inquietud ó envidia en las demás la particularidad de una sola. A todas ayudaba, á todas consolaba, á todas mostraba un semblante, variándolo solamente segun la necesidad de cada uno.

La doctrina (arma secunda con que conquistaba las almas de estas Religiosas para Dios) no era menos eficaz que su vida, porque era la misma vida suya, añadida la energía de la voz, palabras hijas de las obras, doctrina nacida de la experiencia y magisterio todo lleno de vigor y celestial espíritu. Respondieron los efectos á las causas, el fruto á las diligencias, y el provecho grande que dentro breves dias se vió en las Religiosas de este convento, al gran cuidado, ejemplo y doctrina con que el Beato P. Fr. Juan las ayudaba. En comenzándolas á tratar comenzaron ellas á conocer en él su aventajada virtud, su celestial espíritu, su rara perfeccion. Fué poco á poco prendiendo en ellas aquella viva llama en que iban envueltas sus palabras, y que arrojaban sus obras, y en breve tiempo hizo tal efecto, que parecia arder todo aquel convento en devocion.

Para más acreditar la rara perfeccion y virtud del Beato Padre en órden al mayor aprovechamiento de las almas y glorifi-

cacion de la Divina Majestad, quiso el Señor descubrir algunos de los dones con que le habia enriquecido. Comenzando por el que se ordena á hacer obras milagrosas, se experimentó en D.^a María de Yera, religiosa grave de aquel convento, á la cual dió tan súbita y mortal enfermedad, que antes que obrasen los remedios la privó de los sentidos, y lo que tambien se tuvo de cierto, de la vida. Las monjas, con el suceso atónitas y desconsoladas, llamaron al Santo Padre, y disfrazando entre el amor tambien sus quejas, le dijo una : *«Buena cuenta ha dado Vuestra Reverencia, Padre nuestro, de vuestra hija, pues la ha dejado morir sin Sacramentos.»* Calló el Siervo de Dios, y retirado al coro se puso en oracion, como otro Elías, y haciendo instancia á Su Majestad fué tan eficaz, que la Religiosa ya difunta, á vista de muchas que en su celda la asistian, comenzó á mudar semblante, abrir los ojos, menear las manos y mostrar alientos de vida. Las monjas, alegres con la novedad, acudieron al coro de tropel á dar al Santo Padre el aviso de la resurreccion de la difunta, el cual sin turbacion respondió á la Religiosa que se le habia quejado : *Hija, ¿está contenta?* Con que las confirmó en lo que ya todas creían, de que aquella maravilla era efecto de su oracion. Llegó á la recien resucitada, y hallándola con muy entera vida y muy en sí la fué disponiendo para Dios. Confesóla despacio, dióle los demás Sacramentos, con los cuales dispuesta y prevenida, volvió á entregar á Su Majestad el espíritu, que para su mejor disposicion le habia prestado.

CAPÍTULO XVIII.

Admirable éxtasis de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús.

Estando, pues, una vez de éstas, dia de la Santísima Trinidad, hablando á la reja de un locutorio (que hoy por esta causa se venera), sentado en la parte de afuera, él en una silla

y la Santa por la de adentro en un banco, comenzaron su plática. Eran ambos insigneemente devotos de este sacrosanto misterio, y particularmente el Beato Padre, que recibia frecuentes y altísimas ilustraciones acerca de él. Comenzóse la plática, y en ella (dando la Santa lugar al Siervo de Dios, como á maestro y Padre espiritual) tomó el Beato Padre la mano en la declaracion de este misterio. Abrió aquella celestial boca, y trasladando á los labios parte de la luz y altísima noticia que infundia Dios en su alma, comenzó á significar tan altamente la soberana profundidad de este misterio, que parece queria correr el velo á tan arcana majestad. Salian envueltas las razones en pedazos de luz y de fuego divino, y era cada palabra una saeta. Fuéase engolfando en aquel inmenso océano, y encendiendo más y más el corazon con noticias y luces tan altas que se iban encendiendo unas á otras, hasta que, finalmente, no pudiendo ya sufrirlo la flaqueza humana, arrebatado el entendimiento de tan subido objeto se desprendió de los sentidos. Quisolo, como otras veces, impedir el humildísimo varon, pero á su resistencia creció más la fuerza de la impresion comunicada: y redundando su influencia en las potencias inferiores, las llevaba tras sí. Aquí viéndose ya sin remedio vencido de aquel poderoso Angel, con quien luchaba interiormente, no pudiendo más resistirse se asió fuertemente á la silla donde estaba sentado, para moderar siquiera de esta suerte la dulce tiranía de aquella elevacion. Mas ¡oh grande y poderoso Dios! vióse en este punto un efecto sobremanera maravilloso, porque asido como estaba en la silla, dió consigo y con ella en el techo del locutorio, y subiendo por el aire en su silla, como en otro carro de fuego (1), á imitacion de su gran Padre Elias, parece queria ascender triunfante como él, ó subir cual fuego á su esfera, ó volar como serafin á la suprema jerarquía. La Santa, que atenta á sus palabras y semblantes, iba recibiendo en sí los mismos efectos, ora de oír al varon de Dios tan altas cosas, ora de verle tan admirablemente sus-

(1) IV Reg. 11.

penso, lo quedó ella también en el mismo puesto y arrodillada, según que solía estarlo cuando le oía, y con semblante y ademán como de quien le estaba mirando y venerando en aquel divino espíritu que moraba en su alma. Este espectáculo tan prodigioso de entre ambos á dos así elevados, acertó á ver una Religiosa, llamada Beatriz de Jesús, que después fué monja descalza, y murió siéndolo en el convento de Ocaña, la cual entrando á dar un recado á nuestra Santa Madre y abriendo el locutorio, pasmó viendo representación tan admirable y peregrina, y otras monjas que avisó y fueron testigos de este sabroso espectáculo. Preguntó después á la Santa la causa de este efecto, y supo de su misma boca que había sido el que habemos referido. ¡Vea ahora el mundo cuál es la fuerza del divino amor! ¡cuán grande el que en aquellos sagrados pechos ardía! ¡cuán maravillosa la luz de esta antorcha de Juan, y cuán divino su espíritu! pues hasta la carne de que estaba vestido se vestía de las condiciones y propiedades de él.

En este mismo convento fué donde nuestra Santa Madre más particularmente que en otra parte alguna experimentó cuán de ordinario andaba este celestial varón suspenso en Dios, porque, cuantas veces le hablaba, le hallaba tan embobado en oración que á pocos lances se le quedaba absorto en medio de la plática. Por esto decía la Santa: *Que no se podía hablar de Dios con el P. Fr. Juan, porque luego se transponía ó hacia transponer*, como á ella le acaeció en el caso referido. Otra vez también le sucedió que estando con nuestra Santa Madre en el recibimiento de la Encarnación, le dió un ímpetu de elevación tan fuerte, que queriéndolo disimular se levantó de la silla en pié, y preguntándole nuestra Santa Madre si aquello era una suspensión, respondió con humildad y llaneza: «Creo que sí.» En lo cual no sé de lo que más me maravillé, si de la fuerza y perpetuidad de su oración, si del recato con que procuraba evitar su exterior nota, ó ya de la humildad con que apenas confesaba lo que era tan patente. Este es el estilo propio de los Santos, y esta la modestia con que deseando encubrirse se descubren.

CAPITULO XIX.

Cristo, Nuestro Señor, se aparece á San Juan de la Cruz.

La tercera demostracion con que Nuestro Señor manifestó cuán agradable le era este su Siervo, fué una aparicion maravillosa, en que se le mostró Cristo crucificado lastimosamente. Estaba orando el venerable varon y contemplando en los dolores que Su Divina Majestad habia padecido en la cruz, aquel divino rostro afeado, su lastimosa figura y el descoyuntamiento de todo su sagrado cuerpo: y absorto en la consideracion de este paso, que solia enternecerle las entrañas, vió súbitamente delante de los ojos lo que se le representaba dentro de su alma, que como contemplado ilustraba el entendimiento, é imaginado ennoblecia la imaginacion: así visto regaló el sentido de la vista para que todas las potencias cognoscitivas quedasen con esta excelente vision perfeccionadas, y todo el hombre interior y exteriormente enriquecido. Quedóle aquella figura tan impresa, que después á solas, tomando una pluma, la dibujó en un papel con solas unas líneas en la forma que aquí se verá, advirtiendo que el Cristo pequeño y derecho es el aparecido de bulto, el grande y escorzado es el dibujo que de él hizo el Beato Padre.

Tres cosas, entre otras, son dignas de ponderacion en este dibujo. La primera, la posicion en que se le representó Cristo Señor nuestro y la que tenia el venerable varon cuando le vió. La segunda, el artificio del dibujo. La tercera, la devocion que representa y causa. Cuanto á la posicion, supuesto que le dibujó en la forma que se le representó, consultadas las reglas de buena perspectiva, parece haberle visto el Beato Padre estando superior el Crucifijo (el cual se apareció derecho perpendicularmente) por el lado izquierdo, no en el paralelo de los brazos

de la cruz, sino más afuera, y así pudo hacer á su vista aquel escorzo. Y para que así le viese es fácil considerar y creer estaria el Siervo de Dios en alguna ventana ó tribuna, que en las iglesias de conventos suele haber al lado del altar mayor, en medio del cual se considera haberle aparecido, vuelto derechamente al pueblo. Mas ¿por qué así, y no vuelto al mismo Beato Padre? Podríase creer haber sido para representar con aquel escorzo á sus ojos una figura más lastimosa y descoyuntada de lo que pareciera derechamente. Acerca del artificio, cuantos saben de él en la pintura han admirado, que lo más dificultoso de ella, que es la perspectiva en escorzos, la hubiese ejecutado tan diestra y fácilmente, quien no hubiese, y por muchos años, ejercitado el arte de pintar. Porque dibujar objeto ausente en aquella forma, pide tan singular destreza, que los mayores maestros de este arte que lo han visto tienen á particular milagro haber hecho este dibujo quien no fuese muy ejercitado y diestro pintor; pues aún los que son tenidos por tales, habemos visto errar en las copias que han sacado del original, teniéndolo presente. Cuánta sea, finalmente, la devocion que este dibujo representa y causa, él mismo lo está diciendo á quien atentamente lo considera; porque verdaderamente se muestra en él muy al vivo aquel aspecto de Cristo crucificado y muerto, y hace su vista en los corazones piadosos muchos maravillosos efectos que se experimentan cada dia.

Ya el resplandor de tan gran luz no cabia en tan corta esfera, como el monasterio de la Encarnacion, y por más que el Beato Padre procuraba encubrirlo y recogerlo, se traslucia y derramaba por toda la ciudad. Corria en ella la voz del descalzo Carmelita, de un varon del cielo, de un hombre divino, cuya vida y doctrina eran milagrosas. Comenzaron á comunicarle y á conocerle, y aficionados con su trato cuantos aprovechados con su comunicacion, acudian á él por consejo, y remedio en sus necesidades, como á oráculo y refugio comun. Tenia don particular del cielo para guiar almas, para desembarazar espíritus, para refrenar corazones, y como hay tantos

necesitados de este remedio, eran muchos los que le buscaban y hallaban en él. Dióle á muchas personas fatigadas de escrúpulos, á otras atormentadas de melancolías y á otras tambien que engañadas, ó con ignorancia ó con error, habian perdido el verdadero camino del espíritu. Enseñó el de la contemplacion á muchas almas, y en todas las que le trataban era admirable el fruto que hacia. De esto participaron más algunos conventos de Religiosas, las cuales oyendo decir lo mucho que con su trato habian aprovechado las de la Encarnacion, procuraron con una santa envidia gozar tambien ellas de tesoro tan grande. Importunado de su devota instancia, hubo de acudir á su consuelo, á comunicarlas, confesarlas y hacerles pláticas espirituales, de lo cual se veía presto el fruto de sus almas.

CAPÍTULO XX.

San Juan de la Cruz desconcierta las artimañas del demonio.

No fué el menor beneficio que hizo á algunas almas muy perseguidas y áun poseídas del demonio, librarlas de sus manos. Dió el Señor al bendito Padre, entre otros graciosos dones, luz particular para conocer y discernir espíritus, y un singular poderío sobre los demonios. De ambas gracias hallarémos en el discurso de su vida muchos y raros ejemplos, pero los que en esta parte de ella se nos ofrecen, son muy extraordinarios, pues le merecieron el nombre de segundo Basilio. Habia en un monasterio de Avila una Religiosa á quien envidiando el demonio la perfeccion con que vivia, comenzó á molestarla con espíritu de blasfemia, ingiriendo proposiciones contra la fe y tentaciones contra la castidad que habia profesado. Comunicólas con el Santo Padre, que conociendo al autor de su inquietud, le aplicaba á tiempo las medicinas convenientes. Aunque la paciente recibia sosiego en su presencia, en ausentándose

volvía el demonio en su porfía, y para enredarla más tomaba la figura del santo Padre, y en el confesonario la instruía con doctrinas perniciosas. Volviendo el verdadero confesor y enterado del arte de su enemigo, procuró remediarlo, dándole por escrito lo que había de hacer cuando padeciese semejantes tentaciones.

No se dió con esto el demonio por vencido; antes usando del mismo ardid escribió otro papel, imitando la letra y firma del Santo Padre, y en él le decía, como por no poder excusar cierto viaje le quería dejar algunas advertencias acerca de lo que antes le había enseñado por escrito: porque considerándolo mejor, halló que tenía doctrinas tan apretadas, que la habían de causar nuevos escrúpulos, y en vez de quietar turbarle más la conciencia. Como la Religiosa conocía la letra y firma del Santo, gozaba de su libertad, aunque extrañó lo opuesto de su doctrina. Volviendo al convento el Santo Padre, conoció el embeleco de Satanás, pidióle el billete, y aunque conoció ser la letra muy semejante á la suya, no sus proposiciones, con que desengañó á la Religiosa, y viendo la afliccion de aquella alma y astucias de su enemigo, valiéndose de los exorcismos de la Iglesia y armas de su oracion, conjuró al demonio y le venció, dejando á la monja libre de su tentacion y en adelante más cauta.

Mayores circunstancias tuvo el suceso siguiente: En otro convento recibió el hábito cierta doncella, que siendo de edad de seis años, se le apareció el demonio en figura corporal, y ella pagada de su aparente hermosura, le entregó todo su afecto. Era de su natural aguda y muy salada en sus dichos. Valiéndose el demonio de su inclinacion, le ofreció hacerla más docta y más discreta que los varones más sabios, y así lo cumplió, sacándole por condicion que le había de hacer una cédula firmada con su sangre de que no había de reconocer á otro que á él por esposo. ¡Oh lobo infernal, hambriento siempre por sangre y corazones humanos! hizolo así la pobrecilla, ayudándole el demonio á picarle con tal destreza en una de las arterias (cuya sangre purísima mana del corazon) que sin reci-

bir daño pudo sacar la que era menester para escribir la cédula que al fin le dió escrita y firmada de su mano. Hecho este pacto y apoderado el infierno de aquella miserable alma, la trastornó de suerte que llegó á aborrecer á Dios, y deseaba que otros le aborreciesen, por hacer á su nuevo galan aquel obsequio.

Creciendo en edad, ó ya porque no tenia en su casa comodidad para elegir otro estado, ó ya porque el demonio por su medio pretendia la perversion de otras almas, entró en el convento, donde la recibieron con gusto por el interés de sus gracias. Hablaba todas las lenguas, sabia todas las artes y en la Teología discurría con tantas utilidade, que tenian su ciencia por infusa. Mas como siempre se nota lo singular, y es sospechoso lo que mucho sobresale, entre otros muchos entraron en cuidado los Prelados de su Orden para examinar lo que tantos celebraban.

Después de hablar algunos maestros graves y no dar fondo á la materia, tuvieron noticia de nuestro Beato Padre y la discrecion de espíritus de que el Señor le habia dotado, y le rogaron tuviese á bien examinar el de aquella Religiosa. Excusóse al principio, pero vencido por la instancia y cortesía, se rindió. Señalado el dia para hablarla se preparó con sus armas ordinarias de oracion, penitencia, viva fe en el Señor y total desconfianza de sí mismo. Llegó al convento, y saliendo la Religiosa al locutorio, luego que le vió en su presencia, no sólo la bachillera calló y la sábia enmudeció, sino que comenzó á temblar, por ver se habia descubierto su enredo.

CAPÍTULO XXI.

Otro caso muy singular sobre los espíritus del infierno.

Con estas muestras y luz superior que asistia al Santo Padre, reconoció la causa de aquella enfermedad, y la declaró á sus Prelados, diciendo: como aquella monja estaba engañada

del demonio, y era menester conjurarla muchas veces, porque tenia antigua posesion de aquella fuerza.

Despidióse el Santo Padre, mas los Prelados de la Religiosa dándole todas sus veces, le suplicaron que pues habia descubierto la enfermedad, aplicase los remedios. Rindiéronle, no tanto los superiores como su caridad y peligros de aquella alma. En el primer conjuro se certificó más el caso, porque la privó el demonio del sentido y él mismo quedó mudo, siendo antes hablador. Al segundo le desató la lengua, y obligó á que mal á su pesar declarase el tiempo, el daño y causas de haber engañado aquella alma y cuántos la poseían entonces. A lo primero respondió lo que ya dejamos referido, como valiéndose de sus bachillerías desde los seis años cayó en su trato y lo confirmó con una cédula, que le entregó firmada con su sangre. A lo segundo, que allí estaban tres legiones de demonios, y Lucifer era el principal de todos ellos. Mandó el Siervo de Dios á fuerza de conjuros que viniese y asistiese allí Lucifer, el cual se presentó luego, segun se vió en el aspecto y palabras de la paciente; porque se puso tan feroz y terrible, que las monjas huyeron de miedo, y quiso hacer lo mismo el compañero del Santo Padre, si él no se lo impidiera y le animara, diciendo no temiese, pues era sacerdote del Señor. Y si el varon santo no reprimiera aquel furioso espíritu, parecia querer despedazar á los circunstantes, y con soberbisimo orgullo repetia: «¿A mí, frailecillo? ¿No tengo yo siervos?» Sintiendo que le hubiese compelido á responder el conjuro. Prosiguió el Santo, pareciéndole poco todo el infierno contra la virtud del Señor que le asistia.

La monja, á quien sólo cuando la conjuraban se privaba del uso del sentido, cuando volvió á él y vió que el santo Padre sabia su perdicion, se la declaró más despacio. Tomando de aquí ocasion el Santo, le fué halagando la voluntad y alumbrando el entendimiento, que una y otro tenia tan perturbados, y con razones tan fervientes la acometió, tales consideraciones le propuso de la misericordia de Dios, de la dulzura de su trato, de lo amoroso que recibe á quien le llama, que comen-

zó la enferma á despertar y desear su remedio. Bramó con esto el demonio y, usando de sus astucias tomó la forma del Santo y de su compañero, y llegando al torno, dijo á la portera: que llamase la Religiosa al locutorio. Estando con ella el falso confesor como desdiciéndose de lo que antes le habia aconsejado, tanto le comenzó á exagerar la gravedad de sus culpas, la imposibilidad del perdon, el poder del demonio para hacerla cumplir la cédula que le habia dado, que la pobre mujer se deshacia en lágrimas y estaba á la puerta de la desesperacion, viendo que quien le habia pintado á Dios tan amoroso, ahora se lo volvia y mudaba, como decia Job (†), en riguroso y cruel.

No se le encubrió al santo Padre lo que pasaba en el convento. Avisado del Señor, partió á él y pidió por la Religiosa. Respondió la tornera que no la podia hablar porque estaba con el P. Fr. Juan de la Cruz. ¿Cómo puede ser esto, replicó, si yo soy Fr. Juan de la Cruz, y no el que está en el locutorio? Entró en él el santo Padre, y al punto que lo vió se desvaneció el demonio, y halló la monja casi desesperada. De esta accion se valió el Santo para darle á conocer con más facilidad, así el engaño y flaqueza de su enemigo que huía de un pobre fraile, como la piedad del Señor, que cuidaba su remedio cuando ella menos le obligaba, con lo que la volvió en sí, y dejó con más ánimo y consuelo. Ya habian acudido al locutorio las monjas, y en su presencia el Santo conjuró á los demonios con ánimo tan superior, que aunque más se resistieron, no sólo les obligó á confesar que su príncipe los habia enviado por orden particular para hacer desesperar aquella alma, sino á que saliesen de su cuerpo y la dejasen libre, y últimamente á que volviesen la cédula que les habia entregado. Todo lo hicieron á su pesar, y á vista de todas arrojó el enemigo la cédula, que luego quemó el santo Padre. Con lo cual la Religiosa quedó en el alma y cuerpo libertada, y los Prelados y convento tan agradecidos, que le aclamaron por *segundo Basilio*; pues en la accion de obligar al demonio á que volviese la cédula, fueron los dos

(†) Job, xxx.

semejantes. A otras muchas almas sacó el Beato Padre con superior virtud, de entre las uñas de este rabioso leon, como diestro y valeroso pastor.

CAPÍTULO XXII.

San Juan de la Cruz vuelve á la virtud á personas muy apartadas de ella.

No solamente á los conventos y personas religiosas, sino á los seculares tambien acudia el Beato Padre y procuraba aprovechar confesando, comunicando y enseñándoles con pocas palabras, con mucho ejemplo, con rara modestia, con admirable modo, de donde se seguia no menos admirable fruto, como se verá en algunos casos que aquí referirémos. Habia en aquella ciudad una doncella hermosa y rica, y aunque bien nacida, menos bien disciplinada y compuesta. Era con su hermosura y gala, lazo de muchas almas perdidas y comun tiranía de la vaga juventud, que adoraba aquel ídolo. Algunas personas de las que, ó por sangre, ó por amistad, celaban su honor y deseaban moderar su licencioso desenfado, tomaron por acuerdo aconsejarle se confesase con el descalzo Carmelita, pareciéndoles que sólo este medio era bastante para contenerla. Resistia ella estos intentos, huyendo del Siervo de Dios, como tambien de su remedio. Instaron las amigas (fina y santa amistad), para que le hablase siquiera alguna vez, como lo hacian otras muchas personas: porque á un varon Santo no hay quien, ó por devocion ó por curiosidad, no le vea y comunique. Tanto pudieron los ruegos y el buen celo de las que le persuadian esto, que finalmente alcanzaron de ella no solamente que hablase con el Beato Padre, sino tambien que se confesase con él. Llegó, pues, un dia (no con poco temor) á los piés del Siervo de Dios, creyendo que de entre aquellos piés descalzos, hábito, figura y aspecto todo tan rígido, no habia de salir con vida, miedos con que la de-

tenia el demonio y suele detener á otras tales. Mas desengaño-se muy presto, porque halló luego en el Beato Padre una acogida muy suave y un trato tan llano y santamente apacible, que con suma facilidad y gusto se confesó con él, y oyó y recibió sus documentos y doctrinas. Quedó tan prendada de esta primera comunicacion, que determinó continuarla, como lo hizo, frecuentando el confesarse y comunicarle muy de espacio. Resultó de aquí una muy notable mudanza en su vida. Dejó las galas y vistióse de jerga, huyó los pasatiempos y encerróse entre cuatro paredes, renunció los regalos y abrazóse con la penitencia, recompensando con el buen ejemplo de la vida presente el desperdicio de la pasada, y edificando ahora lo que antes habia destruído, hecha ya ejemplo lo que habia sido lazo en la ciudad. Tal fué el efecto de su conversion, tal el que causaron en ella las palabras de aquel varon del cielo.

Otra presa que tenia más entre las uñas le quitó nuestro descalzo al demonio, y con ella un pecado muy escandaloso y público en la ciudad. Habia allí mismo una mujer dedicada á Dios, ya no dedicada sino al demonio, porque rompiendo la fe al celestial Esposo á quien estaba con voto consagrada, ofendia su honor con su sacrilego y continuado adulterio. Trájala Dios piadosísimo á los piés de nuestro Beato Padre, el cual de tal manera supo disponerla y ablandarla, que vino á conquistar aquel corazon y restituírle á su propio dueño y esposo Jesucristo. Compungida la mujer y bañada en amargura de lágrimas, abominó la maldad, aborreció el pecado, olvidó el deleite, y negó la vista y áun la memoria á la ocasion, dando satisfaccion al público escándalo con la pública enmienda y ejemplo de su vida. Sentido de esta mudanza el sacrilego cómplice, y revestido de un furor diabólico, determinó tomar venganza de quien le habia estorbado la ejecucion de sus torpezas. Esperó una tarde al Siervo de Dios á la puerta del monasterio de la Encarnacion, donde estaba confesando á las Religiosas, y al tiempo que salia de la iglesia para recogerse en su hospicio, embistió con él y con un palo le dió tantos golpes y tales, que le derribó en tierra, quedando el Siervo de Dios muy mal tratado,

pero muy gozoso de haber padecido algo por Cristo. Bien conoció el Beato Padre al malhechor, pero teniéndole por muy gran bienhechor calló siempre su nombre, agradeciéndole con sus oraciones aquella buena obra que le habia hecho, y pidiendo, á imitacion de Cristo, que Dios le perdonase. Decia después, refiriendo este caso, que no habia sentido en su vida mayor consuelo que entonces, por saber que padecia aquello por amor de Dios y por sacar una alma de pecado, cosa tan agradable á la Divina Majestad, y que así por esta causa le habian sido á él tan dulces los palos, como á San Estéban las piedras. De esta manera nuestro venerable descalzo reducía las almas, componía las costumbres y tenia edificada toda la ciudad.

CAPÍTULO XXIII.

San Juan de la Cruz rechaza una fuerte tentacion.

Pero la soberbia de aquel altivo espíritu, cuya orgullosa serviz habia el varon de Dios hollado tantas veces, no podia sufrir que un pobre frailecillo triunfase de toda su potencia y quedase siempre superior y victorioso. Armóse, pues, de nueva rabia contra él, y solicitado de su envidia, espoleado de su afrenta y arrebatado de su misma furia infernal, comenzó como leon á rodear al varon Santo, rugiendo por tragarle. Tentó, pues, el maldito espíritu la constancia del Beato Padre por la parte más flaca, que es la carne, con uno de los ensayos más propriamente suyos, que él pudiera inventar.

Tenia (como se ha dicho) el Siervo de Dios su morada en una casita fuera de la ciudad, aunque cerca del convento, en parte solitaria. Estaba el compañero ausente aquellos dias, y el Beato Padre sólo. Recogido ya, pues, una noche muy tarde y ocupado, como solia en su oracion, ve de improviso que entra por la celda una figura de mujer, que sin darle lugar á prevenirse se

le pone delante. Salteó el corazon del vigilante solitario un súbito temor, y asombrado de ver en aquel retrete y á tal hora vision semejante, juzgándola por invencion del demonio, se preparó contra ella con las armas de la cruz y confianza en Dios, invocando el dulcísimo nombre, á quien arrodillado tiembla el infierno. Conoció la mujer el temor del varon santo, y antes que le abriese la boca, derramando ella de la suya cuanto veneno habia prevenido en su lengua la serpiente infernal, se anticipó y le dijo: «No soy, oh Juan, como piensas, el demonio ni figura ó vision fantástica. Mujer soy verdadera, aunque perdida y desdichada. Bien conoces á la que tienes delante, pero no bien cuánto la debes. La doncella soy que tanto ha llegado á tus piés, que oye tus documentos, venera tus palabras, estima tu trato, y en traje y nombre de virtuosa y devota te comunica las cosas de su alma, si bien la principal que hay en ella te la he celado hasta este punto. Ya no he podido reprimir tan vehemente afecto; disimulado he, resistido he, héme detenido en el respeto á tu virtud, en el decoro á mi honor, en los imposibles á la esperanza; mas ya la fuerza de mi pasion me ha vencido y rendido del todo, hasta hacerme salir de la casa de mi padre y llegar á este lugar.»

Conoció el venerable varon á la doncella, y tembló de verse en tan poderoso peligro, habiendo de luchar no ya con sombras del demonio, sino con verdadero objeto de su mayor arma y contra su mayor potencia, que es una mujer hermosa, noble, rica, de buen nombre, y hasta entonces honesta, investida de un inmundo espíritu que se disfraza en ella. Alzó á Dios los ojos y el corazon el humilde Padre, colgándose de los pechos de su Divina Providencia, sabiendo que nadie es continente si Dios no da el serlo, y que faltando su mano no hay constancia áun en los montes y cedros más robustos. Tuvo en esta ocasion propicio al Señor (que éste es el fruto de haberle antes granjeado), y así pudo con su ayuda salir victorioso de esta batalla, quedando no sólo libre él del peligro, sino reducida tambien por su medio la mujer. Armado, pues, con una valerosa constancia, y ardiente celo de la gloria de Dios y del provecho de aquella alma, comenzó á reducirla.

Para lo cual fulminaba razones y flechaba palabras, impeliendo del afecto interior el fervoroso Padre, deseando encender aquella alma en el amor de Dios. Para lo cual ¿qué perfeccion, qué atributo, qué efecto, qué beneficio divino no le propuso y representó infinitamente amable? Y después de haberla atraído con lo dulce y amoroso que hay en Dios, revolvió con lo terrible de la divina Justicia para atemorizarla con su castigo, en cuya ponderacion no dejó ira, horror, ni llama, que no fulminase sobre aquel corazon, desmenuzándolo entre asombros. Temblaron sin duda, al trueno y majestad de su voz, no solamente la triste mujer, que ya temia se la tragase viva la tierra, sino tambien los demonios que venian armados con su figura. Y así, dejándola ellos del todo libre, pudo volver en sí, y bañada en lágrimas y cubierta de su antigua vergüenza, se arrojó á los piés del varon santo, pidiéndole perdon, y que se lo alcanzase de Dios y reconciliase con El, dándole la penitencia que quisiese. Consolóla el piadoso Padre, y confirmandola en su ya buen propósito, la despidió para que se volviese á su casa, saliendo de la del siervo de Dios hecha un ángel, la que habia entrado poco antes un demonio.

CAPÍTULO XXIV.

Sufre prisiones, disciplinas y otros castigos con resignacion.

Todo esto era añadir nueva rabia á los enemigos infernales, viendo que sus venganzas se volvian en afrentas, y que cuanto más á su contrario perseguian, más le coronaban. Con todo eso no desistian de su intento, valiéndose de la licencia, que en la permission divina hallaban para maltratarle y atormentarle el cuerpo. Hacianlo muy de ordinario á las noches con espantos, aullidos y golpes que le daban, de los cuales alcanzaba alguna vez parte al compañero, porque lo era de quien

tanto aborrecian. Pero como de todos estos trances saliese el esforzado varon siempre con ganancia y ellos con pérdida, buscaron ocasion más fuerte, batalla más sangrienta en que triunfar y vengarse de él. Armáronle una persecucion terrible, una prision y cárcel apretadísima, de la cual tuvo el varon de Dios aviso del cielo mucho antes que sucediese, y así lo dijo estando en este monasterio de la Encarnacion de Avila, á una Religiosa de él, pidiéndola le encomendase á Dios para este trance, y respondiendo ella, que ¿cómo estando tan gastado, flaco y acabado de penitencias, habia de poder llevar más carga de trabajos? Replió él, diciendo que no dudase de ello, porque sin falta seria así: como en hecho de verdad lo fué, segun ahora diremos.

Llegando el año de 1576, que cumplia cinco de su residencia en Avila (fuera de algunas breves ausencias, que hizo á Medina y al Capítulo provincial de Almodovar), le sucedió este lance tan prolijo y que yo quisiera excusar, sino fuera el mayor esmalte que en la diadema de su santidad está venerando la Iglesia, y por eso nuestra madre Santa Teresa habló de este suceso en muchas partes. «Los hijos de mi Madre (decia la Esposa santa) que eran sus hermanos, pelearon contra mí, pero fué guerra pacífica (expone Filon Carpatio) (1) y nacida de rectas intenciones: aunque los efectos fueron de verdad amarguissimos. Suponiendo, pues, la buena intencion y títulos que tenían entonces los prelados de la Observancia, y que prudentemente procedian el General y Comisario, persuadidos (aunque no era así) que los descalzos eran contumaces y rebeldes, diré solamente lo que conduce á la santidad de nuestro Beato Padre; pues es honra de toda la Religion Carmelita que se manifieste en público.

Fué el caso, que continuando el oficio de confesor en el convento de la Encarnacion de Avila, aún despues de acabar su priorato nuestra Madre Santa Teresa, y estando ya en el suyo de San José, llevando mal los Padres de la Observancia que los descalzos cuidasen del monasterio que les pertenecia, con órden del maestro Fr. Jerónimo Tostado, comisario general, los

(1) Cant. 1 Ubi Philon.

procuraron echar de allí, y á los fines de este año lo consiguieron, y con escándalo de la ciudad (dice la Santa) los llevaron presos, al P. Fr. German, al convento de la Moraleja, y á nuestro Beato P. Fr. Juan, al de Toledo. El presumir era celo y justificacion en los prelados, dió ánimo al Religioso que lo llevaba, y por el camino le trató con tan poca blandura, que el mozo compadecido le ofreció su favor, y que le pondria en salvo. Repitió la oferta, llegando á una venta, en que refiriendo al huésped lo que pasaba, los dos se ofrecieron á escaparle. No lo admitió el Beato Padre, porque teniendo su granjeria en padecer, en la prosecucion libró su aumento. Entró en Toledo, prevenido de serenidad y paciencia, y cogió con abundancia sus frutos, porque intimándole las órdenes del Comisario general y Actas del Capítulo, le recibieron como á fraile fugitivo y contumaz, y de tal fueron su trato, sus consejos, sus reprensiones, sus amenazas, y bajando el Santo la cabeza, todo lo recibió de la mano del Señor, estimando aquella contradiccion por beneficio. Muchos lances pasaron en que él defendió su descalcez, deshizo todos los ardides en que le acometieron, resistió sus golpes y dejó frustrados todos sus intentos. Lo cual viendo los Padres Observantes, y que no habia esperanza de reducirle á su obediencia, pareciéndoles por otra parte que sus excusas y respuestas no eran suficientes para dejar de obedecer en lo que de parte del Vicario general Tostado se le ordenaba, determinaban de tratarle como á rebelde é incorregible, y aplicarle las penas con que se suele castigar este delito en las Religiones, donde es tenido por gravísimo, y así le mandaron encarcelar, dar disciplinas, ásperas reprensiones, ayunos de pan y agua, y otras penitencias rigurosas, medios todos en la intencion de ellos para castigarle, en la de Dios, para llenarle de merecimientos y coronas.

CAPITULO XXV.

Otras penitencias impuestas á San Juan de la Cruz.

La primera pena con que comenzaron los Padres Observantes á castigar la que ellos juzgaban inobediencia de su descalzo preso, fué una estrecha cárcel. Era esta una celdilla de seis piés de ancho y hasta diez de largo, sin ventana alguna ni otro respiradero, más que un resquicio ó hendedura en lo alto de la pared de hasta tres dedos de ancho, por donde entraba tan escasa la luz, que para rezar en el Breviario era menester subirse el Beato Padre en un banquillo y esperar que reverberase cerca el rayo del sol. No se le habia procurado más luz á este aposentillo por servir de retrete á una sala, donde encerraban lo que querian retirar de la vista. Diéronle por cama unas tablas y dos mantillas viejas. A la puerta de esta celdilla pusieron un candado para que nadie pudiese verle, ni tratarle, sino sólo el carcelero. Fortalecieron de nuevo la prision, y echando otra llave á la sala, dentro de la cual estaba la celdilla, dejaron la cárcel más segura y al preso más apretado y más oculto.

Bajábanle á las noches al refectorio, y después de la comun refeccion de los Religiosos, le daban todos una disciplina que en las Religiones llaman circular: esto es, en que toda la rueda de la Comunidad concurre al suplicio, dándole cada uno su azote, conforme á la disposicion del Prelado: castigo de los más graves y de más infamia que hay en la república religiosa. Esta disciplina se le daba al principio de su prision cada noche, después de pasado algun tiempo, tres dias en la semana, y más adelante sólo los viernes; y finalmente, cansados ya de tanto azote y de ver que no lo estaba el que los padecia, vieron á diferir más este acto. Pero él fué tan fuertemente repetido, que por gracia, y con verdad solia decir después el Bea-

to Padre, que habia sido más veces azotado y recibido en ellas más azotes que San Pablo. Bien testificaban este rigor las cicatrices de los azotes, que después de muchos años duraban en las doloridas espaldas del paciente, donde en precisa ocasion las pudo ver un enfermero suyo, á quien el Beato Padre compelido de su instancia hubo de manifestar la causa de ellas. La cual, como fuese principalmente la gloria de Dios é imitacion de Cristo, podia con San Pablo decir (1), que traia las señales de este Señor en su cuerpo.

No era menor pena que los azotes la comida. Mandábanle comer, los dias que le azotaban, en el refectorio pan y agua en tierra, y de ordinario en su celdilla: era el sustento un poco de pan y alguna sardina, ó cosa semejante que sobraba del refectorio, sin que jamás se le diese otro alivio, ni más consolada refeccion. La ropa que le permitian para su abrigo era un hábito viejo de calzado que en Avila le vistieron por fuerza. La túnica interior de lana que traía cuando le prendieron, esa traje siempre sin despegarla en nueve meses de sus carnes. Por lo cual vino á criar tanta inmundicia de gusanillos, que le era un nuevo y penosísimo tormento, y de los que más le afligieron en aquella cárcel. Otras incomodidades que la naturaleza padecia tampoco hallaban dispensacion en la clausura, haciendo que él á sí mismo se fuese intolerable y viniese á consumirle su misma corrupcion.

A estas apreturas se añadia lo áspero de las reprensiones. «¿Vos, le decia el Prelado en el refectorio, habiades de ser el primero que deshonzase la Orden de la Virgen con un desatino tan grande como descalzaros y hacer diferente hábito y poner discordia entre los Religiosos, y dar que decir á todos los seglares? Si queriades ser bueno, ¿qué os faltaba en la Observancia de la Orden, donde se crian tantos buenos y Santos? Pero vos, hipócrita, no buscábades cómo ser santo, sino cómo os tuviesen por tal; nó la edificaci6n del pueblo, sino su aplauso y vuestra estima, descalzándoos muy aprisa, para que os llamasen el primer descalzo y os tuviesen por reformador de la Orden. ¿Mirad ahora quién? ¿Que San Angelo ó San Alberto

(1) Galat. vi.

tomaba la empresa? Sino un frailecillo desventurado que apenas vale para portero de un convento. ¿Qué gentil reformador? Ea, Padres; vean aquí á su reformador, no hay sino obedecerle y seguirle. Pero ya que vos, desventurado, quereis reformar á los otros, será bien que os reformemos primero á vos. Apartad esas espaldas, que en ellas os escribiremos la ley de la Reforma.» Tras el sermón andaba luego la disciplina, azotándole crudamente el cuerpo después de haberle disciplinado más crudamente el alma.

CAPÍTULO XXVI.

Ejemplar resignacion con que sufría dichas molestias.

Afirmaba después el Siervo de Dios que oía estos oprobios con tanto gozo, cuanto reconocimiento de su bajeza, y que le parecia quedaban cortos en injuriarle, conforme lo que él sentia de sí, y que con ser las disciplinas que le daban tan rigurosas, como queda dicho, deseaba por momentos llegase la hora de recibirlas y padecer aquella afrenta y pena por Dios. Y que una vez que se olvidaron de bajarle al refectorio, para darle su acostumbrada penitencia, se quejó al carcelero, diciendo que por qué le habia privado de aquel tan grande bien y regalo. Porque, aunque en el intento de descalzarse y perseverar en la descalcez, no pensaba haber ofendido á su Religion ni haber desobedecido á sus legítimos superiores; pero reconocia en sí tantas imperfecciones y faltas, que por ellas creía tener bien merecido cualquier castigo y reprension, y así ni se indignaba contra ellos, ni los juzgaba por injustos y crueles, sino que reconocia en sus manos la de Dios, que por aquel medio queria castigar sus culpas y purificarle de sus imperfecciones y darle ocasiones de merecer. Oía y callaba, sin responder jamás palabra á cuantas afrentas le decian; y como por otra parte perse-

veraba con serenidad y firmeza en su intento, quebrantando de esta manera la furia de aquella indignacion, le llamaban lima sorda, agua mansa y mátalas callando, y otros tales nombres de afrenta y vilipendio.

Con otra manera de trabajo mayor que los dichos, atormentaban algunos Religiosos al Siervo de Dios, probando su paciencia, porque de propósito se concertaban, y en la sala donde estaba la carcelilla delante de su puerta, de suerte que lo pudiese oír él, se iban á tratar de los negocios y pleitos que entonces habia con los descalzos. Referian allí lo que ellos deseaban se ejecutase, diciendo que ya el Nuncio Filipo Sega, que poco después vino, los habia mandado prender, y que del visitador Gracian y de los demás, y áun de la misma Madre fundadora de las monjas Teresa, decia más mal que de Lutero, y que andaban memoriales contra ellos, donde se les imputaban cosas feísimas y se habia de hacer un castigo ejemplar en los tales, dejando su descalcez no sólo extinguida, sino á ellos infamados para toda la vida.

Esta era la cárcel, éstas las penas y mortificaciones exteriores que en ella padecia el Siervo de Dios; mas la interior que de ella resultaba y la afliccion de su alma entre tantas angustias, sin duda era mayor. Retirósele el Señor, y dió lugar á que experimentase lo que en él obraba la gracia. Comenzó á destemplarse el interior, y de las partes donde arrojaba el pensamiento volvia con nuevas congojas. Ver á la descalcez en tal peligro, como le decian los Religiosos, le daba mortal pena. Carecer de decir Misa y acudir á sus hermanos le heria el corazón. Temer si habia dado ocasion á tantos escándalos, le afligia el alma. Y no hallando en la oracion el conorte que solia, se hallaba en la noche más oscura que permite Dios á sus amigos. Así pasaba el Santo. Así lo purificaba el Señor, para que del crisol de estas penas y desamparos saliese oro purísimo que luciese en el aparador de su Iglesia.

Purificado así á tiempos, en otros volvia á amanecerle la aurora y el Señor á consolarle, mostrándole cuán de su mano tenia la luz, aunque él no la veía: y como á los que padecen por

su amor Su Majestad les suaviza las prisiones. Entre los muchos favores que ocultó referia que viéndose algunas veces afligido demás de la estrechura de la cárcel, con la falta de luz, que no se la daban de noche, el Señor se la enviaba del cielo. Experimentólo el carcelero una vez en que llegando á reconocer la cárcel la vió toda llena de luz, y temiendo que al preso otros se la hubiesen dado, usando de llaves falsas, fué á decirlo al Padre Prior. Acudió con otros Religiosos, mas al tiempo de abrir la primera puerta la luz desapareció; con que entrando dentro y hallándolo todo á oscuras se volvió, juzgando habia sido ilusion del carcelero. Mas no fué sino verdad, y obra de aquel Señor que de las tinieblas saca luz para alumbrar y alegrar á sus amigos. Así se lo dijo Su Majestad en otra ocasion en que, estando el Santo preso, representándole su soledad, y quejándose de que habiéndole herido con el dardo de su amor se le escondia, se vió cercado de una tan hermosa y suave claridad que le llenó el alma de gozo, y en medio de ella oyó al Señor que le decia: *Aquí estoy, Juan, no temas, que Yo te libraré.*

CAPÍTULO XXVII.

Favores de la Santísima Virgen con los cuales el Santo se libra de la prision.

Confortado con este favor, ya no temia el hambre, ni la sed, ni la tribulacion teniendo Dios á su lado (1). Dióle esta voz nuevo aliento, animó su flaqueza, esforzó su desmayo, y no queriendo perder las luces que el Señor le comunicaba compuso en esta cárcel aquellas divinas canciones que comienzan: *¿A dónde te escondiste?* Las cuales explicó después, y hoy las gozamos impresas en sus celestiales escritos. No menos tierna que el Hijo se le apareció su Santísima Madre, y muchas veces

(1) Rom. viii.

le consoló y favoreció, de las cuales sólo merecimos saber con singularidad las tres últimas. La primera fué, que entrando una vez el Prior con otros dos Religiosos en la cárcel, halló al Santo Padre hincado de rodillas y postrado en oracion, y tan debilitado con los malos tratamientos, que no pudiendo levantarse tan presto, el Prelado, presumiendo era desatencion, le reprendió su descuido. Pidió perdon el santo Padre, y el Prior ya más templado añadió: «¿En qué pensaba ahora, que tan embebido estaba?» *Acordábame* (respondió el Santo) *que mañana es dia de la Asuncion de Nuestra Señora, y me consolaria mucho el decir Misa.* A que dijo el Prior con desabrimiento: «No en mis dias,» y volviendo las espaldas le dejó. Volvió el Santo su corazon á la Santísima Virgen, y pasando aquella noche y el dia siguiente ofreciendo en sacrificio sus deseos, entrando la noche se le volvió en claro dia, apareciéndosele la Sagrada Virgen asistida de celestiales escuadras y consolando á su devoto Capellan le dijo: *Hijo, ten paciencia, que presto se acabarán estos trabajos; saldrás de esta prision dirás Misa y te consolarás.*

Dejóle el favor bañado de gozo el alma, y después de haberlo agradecido comenzó á discutir cómo habia de salir de la prision, pues ni tenia medios ni su ingenio los descubria. Mas seguro en la palabra, esperaba que le facilitaria la ejecucion quien le habia dado el aviso. Sucedió así: porque un dia de aquella octava se le apareció Cristo con su Santísima Madre, y respondiendo á sus dudas y dificultades, le dijeron: *Se anime, que quien habia hecho que el profeta Eliseo pasase con la capa de Elías el Jordan, le sacaria á él de su prision sin dificultad alguna.* Confortado con esta vision procuraba los medios, y para más facilitárselos, la Santísima Virgen se le volvió á aparecer, y mandando que la ejecutase, en espíritu le mostró una ventana alta que de una galería ó corredor salia al Tajo, y le dijo que por allí se desprendiese sin temor, que Ella pondria su mano: y para la dificultad de romper las cerraduras la misma Sagrada Virgen dió la traza, que él ejecutó, como nos dirá el suceso.

Para disponerlo con suavidad habia dispuesto el Señor dias

antes se mudase el carcelero, y substituyendo por él otro de mayor piedad, viendo la humildad, paciencia y santidad del preso, y que habia pasado nueve meses en aquel penoso carcelaje, cuando estaba en sus actos la Comunidad, solia sacarle, á que siquiera por las ventanas viese el cielo. Salió, pues, una tarde, y viendo la ventana que caía al río, reconoció era la que Nuestra Señora le señaló. Trayéndola fija en su memoria se recogió á su cárcel, y en tanto que el carcelero fué á traerle un jarro de agua, el Santo aflojó las armellas del candado, que eran de tornillo, para que con más facilidad pudiese vencer la puerta. Estando á solas fué dividiendo en tiras las dos mantillas viejas, y zurciendo unas con otras, hizo la sogá por donde habia de bajar.

El vencer la dificultad de la puerta segunda la facilitó el Señor, disponiendo que en aquella antesala se hospedasen unos Religiosos huéspedes, que llegaron á deshora. Acostáronse, y en el tiempo que estuvieron platicando, nuestro preso disponiendo lo que de su parte dependia, previno las mantas y el candil, que el carcelero habia olvidado, viendo que todo podia ayudar á su libertad. Cuando sintió que los huéspedes, vencidos del camino y del calor estaban dormidos, pidiendo favor á la Virgen, oyó que le decian en su interior: *Date priesa*. Con este aviso, dando á la puerta un empellon una de las armellas faltó y quedó franca la puerta. Al ruido despertaron los huéspedes, y diciendo: «¿Quién anda ahí? ¿Deo gracias?» El santo Padre se sosegó, y ellos tambien no oyendo ruido y presumiendo seria algun accidente volvieron á quedarse dormidos. Los temores y confianzas que despertaria este primer encuentro en el Siervo de Dios, peleando su fe con su flaqueza, bien se dejan entender. Pero al fin venció su confianza, y con nuevo ánimo prosiguió su empresa.

CAPITULO XXVIII.

Una luz enviada del cielo acaba de libertar á
San Juan de la Cruz.

Cuando le pareció que los Religiosos estarian ya otra vez dormidos, cogiendo todas sus escalas y aparatos salió de la cárcel, y pasando por entre los huéspedes se encaminó á la ventana. Tenia por antepecho un cuartoncillo suelto y desencajado de los ladrillos, y entre uno y otro entró el cabo del candil, y en el garfio asió las mantas. Fiando su empeño de Dios y de su Santísima Madre, se fué descolgando por aquella sogá tan débil. Cuando se le acabó y reconoció que le quedaba casi igual distancia á la que habia bajado, volvió á pedir nuevo favor, y lo sintió, pues dejándose caer desde tan alto y dando sobre unas peñas le pareció habia caído sobre mullidos colchones.

Saliendo de este susto entró en otro, porque reconoció que aún estaba dentro de la cerca del mismo convento y con mayor peligro encarcelado fuera de la cárcel. Pidió al Señor nuevas fuerzas, y trepando por una pared arriba se halló en otro cercado de un convento de las monjas de la Concepcion, que tenia por vecinas, segun se lo habia dicho el carcelero. Aquí creció su congoja, y no hallando salida á su afliccion volvió á Dios los ojos y á la Santísima Virgen el suspiro, solicitando de ambos las entrañas piadosisimas, y poniendo entonces toda su confianza, sin agraviarla con la infidelidad de los que salidos de Egipto se quejaban de Dios (1), que los habia desamparado en el desierto. Antes aquí esforzó el beato Padre su fe, y arrojándose todo en la Providencia Divina esperó de ella el remedio y consecucion de su libertad. Sabia que Dios no falta

(1) Exod. xiv, 11.

á sus promesas, y que para que en la necesidad se conozca ser suyo el reparo, deja que llegue al último trance el peligro: para que así desfalleciendo nuestras fuerzas y rendida la esperanza de nuestro flaco poder, se tenga después la obra toda por divina, cuando ninguna cosa se halla en ella de humana. Tal fué la que Su Majestad obró con su Siervo en este trance. Envióle una luz muy hermosa, rodeada de una resplandeciente nube que arrojaba rayos de suavísima claridad, ó ya fuese columna de fuego, ó ya nube de luz con que Nuestro Señor quiso guiar y amparar á su amado Israel. Puesta delante de él oyó una voz que salía de ella y le dijo: *Sigueme*. Confortado con este amparo y aliento divino, se fué tras la luz y la siguió hasta la pared, que dijimos estar sobre el vallado en la parte alta del corral. Llegado cerca de ella, sin ver quién ni cómo, le tomaron y subieron sobre la pared, que salía á la portería de las Monjas y á la calle, que va á la plaza de Zocodover, y allí desapareció la luz, dejándole tan deslumbrado, que decia él después, que por dos ó tres días le habian quedado los ojos como quien ha mirado el sol en su rueda. Hallóse solo, pero reconoció entonces como otro Pedro (1), que el Angel del Señor era quien le habia guiado y sacado de aquella segunda y más fuerte prision: y así dando á Su Majestad tiernamente gracias, caminó por la pared adelante, en la cual halló fácil disposicion para bajar á la calle y ponerse en salvo.

No sabiendo donde encaminarse, por no haber estado nunca en Toledo, viendo abierta una casa principal, pasó lo restante de la noche en el zaguan, hasta que venido el día lo encaminaron al convento de las Carmelitas Descalzas, á donde llegó cuando estaban en oracion; llamó al torno, y dijo á la Madre Leonor de Jesús, que era tornera: *Hija, Fr. Juan de la Cruz soy, que esta noche me he salido de la cárcel; avise á la Madre priora*. Fué la portera, avisó á la priora, y ella á las demás, que quedaron admiradas y gozosas. En esta ocasion, prevenida del Señor con un nuevo accidente, una Religiosa enferma pedia á

(1) Act. xii, 11.

gran priesa confesion. Con esto el Santo Padre pudo entrar, aunque ya tan decaído y fatigado, que fué necesario darle un desayuno para que volviese en sí. Esta fué la clave de las providencias de esta noche: porque á poco espacio llegaron algunos Padres de la Observancia prevenidos de alguaciles en busca del preso. Habiendo registrado la iglesia, sacristia, confesonario y locutorio se fuéron desconfiados. Y á la tarde en que el santo Padre confesó á la enferma, consoló á todas, y ellas le habian acomodado hábito más decente, se salió á la iglesia. La Priora envió á llamar á D. Pedro González de Mendoza, canónigo y tesorero de la Santa Iglesia, y muy afecto á la Descalcez, á quien refiriendo el caso, entró al beato Padre en su coche y lo llevó á su casa, donde lo regaló algunos dias, y después con buena guarda y comodidad lo despachó al convento de Almodovar.

CAPÍTULO XXIX.

San Juan de la Cruz es destinado al convento del Calvario.

Alegrísima fué esta nueva para toda la Descalcez, en especial para nuestra Madre Santa Teresa, que tanto lo habia deseado, y más cuando supieron por menor providencias tan milagrosas. Celebráronla poco después todos los Prelados, que juntándose á Capitulo dos meses después en el mismo convento de Almodovar, dieron al beato Padre el parabien y á Dios las gracias, de que de la raíz del trabajo, que á todos habia sido tan amargo, sacase frutos de tanto consuelo. Enviando á Roma el Capitulo al prior, que era entonces del Calvario en Andalucía, lo eligieron por vicario, así por retirarlo más de las contradicciones de Castilla como por ser convento de soledad, en que recreaba su espíritu. Llegándose á despedir el Religioso

señalado para el viaje de Roma, le profetizó nuestro beato Padre el desdichado fin de su jornada diciéndole: «Vuestra Reverencia, P. Fr. Pedro, va á Roma descalzo y volverá calzado;» como de hecho de verdad volvió, á lo menos en el ánimo, pues desistiendo de la empresa que llevaba y conformándose con los Padres Observantes, aunque vino descalzo, pasado algun tiempo se volvió á ellos, siendo causa de esta mudanza la remision con que en el viaje y jornada comenzó á vivir, olvidando el rigor de su Descalcez y el trato familiar que con Nuestro Señor en ella tenia, con que vino á dejar del todo la vida Reformada, y con ella un temeroso ejemplo á los Religiosos descuidados en su Instituto, pues el que en el retiro del yermo hizo maravillas y le vieron muchas veces elevado en el aire, después en la demasiada conversacion del siglo perdió todo el aprovechamiento pasado, que no volvió jamás á cobrar.

Concluido el Capitulo se partió el beato Padre para su casa del Calvario; pero antes de llegar á ella, pasó por la villa de Veas, donde nuestras Religiosas Descalzas tenian ya convento. Fué recibido de la priora, que era la venerable Ana de Jesús, y de sus hijas, con singular estimacion y gozo. Consoló á aquellas siervas de Dios, y consolóse con ellas el poco tiempo que allí estuvo con no menor fruto suyo que aprovechamiento de las Religiosas. Saboreándose en la relacion de lo mucho que habia padecido, quiso la Priora, para su espiritual recreacion, que una Hermana le cantase esta letrilla, que la Pascua antecedente habian hecho en loor de los trabajos:

*Quien no sabe de penas
En este triste valle de dolores,
No sabe de buenas,
Ni ha gustado de amores,
Pues penas es el traje de amadores.*

A estos ecos aquella bendita alma, enamorada de los trabajos y penas, de tal manera se suspendió que comenzó á desamparar los sentidos; y aunque previniéndolo hizo señal á la

Religiosa (por no poder ya hablar) para que cesase, nada bastó, porque la emoción fué tan eficaz, que asiéndose con ambas manos de la reja para que el cuerpo no se levantase en alto, asido en ella se quedó en éxtasis por el espacio de una hora: en la cual las Religiosas, hijas de Jerusalem (1), conjuradas por el Divino Esposo de aquella celestial alma, le guardaron el sueño hasta que ella quiso despertar. Admiraron todas, no tanto el efecto como su causa: porque suspenderse el alma cuando Dios se le descubre, cuando le revela sus secretos, cuando le hace plato de los bienes de la gloria, es ordinario; pero que oyendo la voz de penas y de trabajos, de cuyos ecos nuestro natural tanto se asusta, se alboroce el corazón, y por alcanzarlos el alma se eleve y lleve tras sí el cuerpo que la agrava, si no es de este insigne amador de la cruz Juan, ni lo habemos visto ni leído. A San Agustín sacó lágrimas la suave melodía del canto y voces de la Iglesia: A Saul suspendió el harpa de David (2): á Eliseo disponia la música para profetizar: toda esa armonía era de dulzura, y aún no arrebataba del todo á sus oyentes; pero consonancia de trabajos, cuyo solo eco amarga los oídos, suspender dulcemente una alma, grande fuerza es de amor al padecer. Séame lícito (oh lector) exclamar aquí con San Bernardo (hablando del esfuerzo de San Andrés), y preguntar: ¿Quién es éste que al sonido de los trabajos se alborozaba? ¿Es hombre? ¿O por ventura Angel? ¿O alguna nueva criatura? ¿Pues tan nuevos y celestiales son sus sentimientos? Pero hombre es sin duda, pasible y semejante á nosotros, que los mismos trabajos padecidos, con cuya memoria se alegra, lo demuestran.

(1) Cant. II.

(2) I Reg. XVI; IV Reg. III.

CAPÍTULO XXX.

Ejemplar observancia en que puso á dicho convento.

Despedido de las Religiosas de Veas, pasó á su nido y amado retiro del Calvario, acogiéndose á él como á puerto seguro, libre de la tormenta de su cárcel y de la furiosa tempestad, que todavía estaba padeciendo la Reforma. No fué por ventura mayor el gozo de los discípulos, que recibieron á San Pablo huído de Damasco, que el que los Religiosos del Calvario tuvieron, viendo á su Padre arrastrar las cadenas de Toledo. Lo primero que hizo en su gobierno, fué ajustar con su ejemplo la doctrina, y con su doctrina y ejemplo la vida solitaria de aquella santa casa. Son los estribos de la vida eremítica la penitencia y oracion; su adorno, el silencio; su guarda, el retiro; su empresa propia, la union con Dios. En todo esto resplandeció maravillosamente la perfeccion de nuestro gran solitario y la de toda aquella familia. La ordinaria comida de la Comunidad eran yerbas silvestres crudas. Y porque no todas eran conocidas, servia de maestresala un jumento para hacerles la salsa, y aquellas escogian, que él no desechaba; por lo cual le llamaban el conoedor. No se sabe, si cuando llegó nuestro Beato Padre, estaba ya algo templado este rigor: lo cierto es, que en su tiempo no se usó, dábanse cocidas, y por sainete un poco de ajo; y el caldo de mal color servia de potaje. Cuando repartian un poco de calabaza en lugar de las yerbas, saboreada con algunas gotas de vinagre (guardando el aceite para las fiestas muy grandes), era regalo singular. El silencio llegó á tanto punto (por la estima grande que de su observancia infundió el Beato Padre en aquellas benditas almas), que les causaba cierta manera de temor reverencial el abrir la boca para hablar. Dejó las disciplinas, dejó los cilicios, dejó las mortifi-

caciones raras y extraordinarias, tan increíbles al amor propio, cuanto ejercitadas del divino, que arde en los siervos de Dios. Fundada sobre tan sólidos fundamentos, se encumbraba á los cielos la perpetua oracion; ya en el coro cantando, ya rezando en la Iglesia, ya juntando los dias con las noches en continua meditacion de la ley del Señor.

Delante de todos como capitán y guía iba el Prelado, que como venia tan hecho al padecer y curtido de los trabajos, todos los de aquella asperísima vida tenia por alivio. Como el espíritu de pobreza y de encogimiento que allí halló plantado el Santo Padre era tan conforme al que enseñó y plantó en Duruelo, con su doctrina y ejemplo le hizo echar más hondas raíces en el corazón de aquellos Religiosos: y así no consentia, que áun padeciendo necesidad, saliesen á pedir limosna por los lugares comarcanos. No tentaba á Dios el religiosísimo Padre en este grande olvido de lo temporal, antes solicitaba su misericordia con esta confianza. Teniendo á aquellos súbditos por verdaderos hijos de Dios, no hallaba en sus paternas entrañas lugar donde cupiese el olvido. En todas las partes donde estuvo dejó doctrina de esta virtud, y sentia mucho si algunos Religiosos no la abrazaban con todas veras. Decia que el desconfiado era parecido al infiel: y que rarísimas veces se menoscaba la esperanza sin menoscabo de la fe. Acreditaba el Señor la enseñanza y espíritu de su gran Siervo, no menos que con demostraciones milagrosas. Faltó un dia el pan en el convento para la Comunidad. Avisado de ello, sin turbarse ni afligirse, mandó fuésen, como solian, á su hora los Religiosos todos juntos al refectorio. Hizo se buscase en la casa siquiera un mendrugo de pan, y traído, se bendijeron con él las mesas, como si estuviera muy prevenida y á punto la comida. Sentáronse luego todos, é hizoles una plática tan espiritual en alabanza de la santa pobreza, del mérito del padecer, de la conformidad con Dios, que sin comer bocado se levantaron de la mesa satisfechos: y de tal manera encendió los corazones de sus Religiosos en el deseo de padecer por Dios, que tuvieron por particular misericordia de Su Majestad la falta de aquel

dia: y habiendo dado sus acostumbradas gracias, para que éstas correspondiesen á la bendicion de las mesas, se fuéron muy contentos á sus celdas. Apenas se hubieron recogido en ellas, cuando á grande priesa llamaron á la portería. Salió á responder el Hermano Fr. Brocardo de San Pedro, que era portero; halló un hombre que traía una carga de mantenimiento con una carta. Llevóla al Padre Vicario, á quién halló puesto en oracion delante del Santísimo Sacramento: abriendo la carta comenzó á leer y derramar lágrimas con ternura grande, como afligido con la nueva de algun suceso triste. Admirado el portero preguntó la causa, y respondió el Beato Padre: *Lloro, mi hermano, que nos tenga Dios por tan flacos, que no podamos llevar mucho tiempo la abstinencia, y asi no la ha fiado de nosotros solo un dia, pues ya nos envia que comer.*

CAPÍTULO XXXI.

Cura á endemoniados y le nombran confesor de las Religiosas de Veas.

Confieso que quisiera detener aquí el corriente de la historia, y traspasando sus leyes, ponderar estas lágrimas: porque como el Hermano Fr. Brocardo, y ya más que él admirado (pues sé la causa de ellas), me viene deseo de preguntar al Beato Padre: ¿Por qué llora? ¿Llora porque le socorre Dios una necesidad? ¿Por qué le saca de un aprieto? ¿Por qué le quita el padecer? ¿Por qué muestra para con él su tierna providencia? Por eso mismo. ¿Hanse visto lágrimas por causa semejante? Lloran los mundanos la desgracia ó mengua temporal; los buenos, el haber ofendido á Dios; los espirituales, sus imperfecciones; los más perfectos, el no gozar y ver la hermosura Divina; pero ¿llorar por no tener que padecer? ¿Lágrimas, porque se remedian penas? Extraña manera de tristeza y rara fuerza de amor divino. Qué bien conocia este varon santo el

incomparable valor de los trabajos, pues siente su pérdida como la de un gran tesoro. Llore, pues, el mundo lo que quisiere, que á mí las lágrimas de este fuerte amor de Dios, no sólo me admiran, pero me animan á padecer por el mismo Dios.

Tambien, con otra maravillosa demostracion, acreditó Nuestro Señor en este tiempo la santidad y perfeccion grande de su siervo, haciendo que el mismo autor de la mentira dijese en abono de él una verdadera alabanza. Habia en la capilla de Iznatorafe un hombre endemoniado, á quien el enemigo maltrataba mucho, y en quien estaba muy encastillado, resistiéndose á las diligencias de muchos exorcismos. Pidieron al Beato Padre fuése á remediar aquella necesidad y libertar aquella alma, y vencido de los piadosos ruegos con que le importunaron, salió de su convento á esta villa, que dista de él poco más de una legua. Llegando á la vista del triste hombre, conoció luego el demonio el azote que le venia, y sabiendo cuántas presas le habia quitado este Siervo de Dios de las uñas, no pudo disimular su temor, y así comenzó á quejarse diciendo: «Ya tenemos otro Basilio en la tierra que nos persigue.» Voz, que en otras muchas ocasiones les compelió secreta y superior fuerza á pronunciar, manifestando el poderío grande, que el Señor habia concedido á su Siervo sobre todo el infierno. Conjuró, pues, al demonio, y mandóle desamparase aquella morada; obedeció luego, salió, y dejó al hombre libre y sano. Quiso el enemigo vengarse de esta afrenta, y salido del hombre endemoniado envistió en una mujer, atizándola para que provocase al varon santo á mal propósito. Prevenida y enseñada de aquel sucio espíritu, al entrar en un pueblo, salióle á recibir, convidándole con posada, hablando tales palabras y con tal desenvoltura de acciones, que parecia bien instrumento de Satanás. Pero el Siervo de Dios, conociendo al que venia de ella revestido, la arrojó de sí diciéndola, que antes admitiria la compañía de un demonio que la suya, porque juzgaba, y con razon, por más cruel enemigo una mujer deshonesta que á todo el infierno.

No fué menor el crédito que el Siervo de Dios ganó en el convento de las Religiosas de Veas, porque de más de lo que la fama, por la boca de los Religiosos y seglares publicaba, vieron en él obras de varon celestial, como se ha dicho. Creció todo con un testimonio de nuestra Madre Santa Teresa. Habíasele quejado la Madre priora Ana Jesús de la soledad que padecía en aquel lugar por falta de confesor, que encaminase las almas de aquellas fervorosas Religiosas, y respondióle estas palabras: *En gracia me ha caído, hija, cuán sin razon se queja, pues tiene allá mi Padre Fr. Juan de la Cruz, que es un hombre celestial y divino. Pues yo le digo, mi hija, que después que se fué allá no he hallado en toda Castilla otro como él, ni que tanto ofervore en el camino del cielo. No creerá la soledad que me causa su falta: miren que es un gran tesoro el que tienen allá en este Santo: y todas las de esa casa traten y comuniquen sus almas, y verán cuán aprovechadas están, y se hallarán muy adelante en todo lo que es espíritu y perfeccion, porque le ha dado el Señor para todo esto particular gracia.* Consolada con esto y animada la Madre Ana, le escribió rogándole tomase á su cargo las almas del convento, y les fuese maestro espiritual. Hizolo así, y todas las semanas iba á confesarlas á pié, no reparando la distancia de una legua montuosa, que desde el Calvario hay á Veas. A pocos lances echaron de ver las Religiosas de este convento el gran fruto que en sus almas causaba la comunicacion y doctrina del Santo Padre. Porque como tierra bien dispuesta para cualquiera buena semilla, recibian y lograban luego la que en sus corazones sembraba el varon Santo de oracion, mortificacion y ejercicio de virtudes.

CAPÍTULO XXXII.

Trasladado á Baeza demuestra su gran devocion á la Santisima Trinidad.

Aún no fueron siete meses los que estuvo el Santo Padre en este convento del Calvario, porque ofreciéndose la fundacion del colegio de Baeza, como él mismo antes que se tratase de fundar lo profetizó y dijo á las monjas de Veas, le enviaron por fundador, y como primer rector, tomó la posesion á los 14 de Junio de 1579. Trasladó á este colegio el hermoso maridaje de letras y virtudes, que habia asentado en Alcalá, y con tal perfeccion lucieron en él, que los mayores doctores de las escuelas, en los púlpitos y cátedras lo ponian por ejemplo á los seglares, y siempre ha sido los ojos de aquella noble República. De esta perfeccion y espíritu que allí plantó nuestro Beato Padre, nos dejó estas palabras un acreditado testigo de aquel tiempo: «En este colegio (dice) se recibieron algunos novicios, y no fué inconveniente, porque los estudiantes en oracion, silencio, mortificacion y puntualidad, en todo excedian á los mismos novicios, y asi este colegio más parecia casa de noviciado y de desierto que de colegio, porque demás de ser los Religiosos unos Angeles, el Padre rector, que era el Padre fray Juan de la Cruz, con sus pláticas de espíritu trataba tan altamente de Dios, que traía los ánimos de los Religiosos fervorosos en los ejercicios de las virtudes y gran puntualidad en la observancia regular, y particularmente encendidos en devocion y amor de Dios. En fin, en esta casa se vivia con la perfeccion y santidad que se podia vivir en los yermos de Egipto.

En esta ciudad y tiempo lo calificó el Señor, ilustrándole con nuevas luces de su Divinidad y altísimo conocimiento de la Trinidad Beatísima. Decia su Misa muchas veces por la gran devocion que tenia á este soberano misterio, y regalo especial

que experimentaba en su consideracion. Preguntándole alguna vez que ¿por qué hacia esto? El, como encubriendo su devocion, respondió con gracia: Digo Misa de la Santísima Trinidad, *porque la tengo por el mayor Santo del cielo*. En otra ocasion se declaró más con las Religiosas de Granada, diciendo: *De tal manera comunica Dios á este pecador el misterio de la Santísima Trinidad, que si Su Majestad no esforzara mi flaqueza con particular socorro del cielo, fuera imposible vivir*. Bien experimentó este socorro en otra ocasion, que habiendo dicho Misa de la Santísima Trinidad en el convento de Veas, por mandato del Señor, para consuelo de una Religiosa de allí, que mucho lo deseaba, al tiempo de consagrar se le aparecieron las tres Divinas Personas en una nube transparente, y tales dones le comunicaron, que refiriéndolos después á la dicha Religiosa le dijo: *Oh hija, y cómo le agradezco haya sido ocasion de que me mandase el Señor decir Misa de la Santísima Trinidad! ¡Oh qué gloria y que bienes gozaremos con su vista!* Y encendiéndosele el rostro, como de un serafin, por espacio de media hora quedó arrobado y despidiendo resplandores suavísimos.

No menos admiracion le causó á esta Religiosa, y á las demás, viéndole en otra ocasion arrobado dos veces en una misma plática, sin poderlo excusar, por más que lo queria disimular. Decia vuelto del raptó: «¿Han visto qué sueño me ha cargado?» Pero las Religiosas, que lo veian en medio del curso de su fervorosa plática quedarse repentinamente elevado, conocian bien qué sueño era aquel, y echaban de ver que quien detenia la veloz corriente de este divino Jordan, era fuerza y virtud muy superior, y que no era sueño del cuerpo, sino dulce suspension del alma. De esta manera andaba siempre absorto y transportado en Dios. De aquí le nacia la mayor y más ordinaria suspension que sentia en el santo sacrificio de la Misa, piélagó de misericordias, como lo muestra un caso harto notable. Celebraba en la iglesia de su convento en Baeza, y habiéndose hecho gran fuerza para pasar adelante en la Misa, forcejeando contra el ímpetu del espíritu que lo arrebatava, aunque pudo consumir el cuerpo y sangre de Cristo Señor

nuestro, se quedó con el cáliz en la mano y estuvo enajenado por gran rato sin moverse. Volvió algo en sí, pero tan sin memoria de lo que hacia, que quiso irse á la sacristía sin acabar la Misa. Atónitos los circunstantes, se miraban unos á otros, y volvian con mayor atencion á mirar al Santo Padre. En medio de este silencio una mujer de gran fama de santidad, llamada la madre Peñuela, alzó entre la turba la voz y dijo: «Llamen á los Angeles que acaben esta Misa, que sólo ellos pueden proseguirla con tanta devocion, que este Santo no está para ello.» Avisados los Religiosos de lo que pasaba, salió uno revestido, y ayudándole á lo que le faltaba, le entró en la sacristía.

CAPÍTULO XXXIII.

Heroicos entretenimientos de San Juan de la Cruz.

Con la misma devocion que decia Misa y veneraba los misterios de la Divinidad, celebraba tambien las fiestas y solemnidades de la Humanidad Santísima de Cristo, y muy en particular su dichoso Nacimiento. No admitia para esto representaciones muy prevenidas y curiosas, aunque fuesen de cosas espirituales (que las profanas tan lejos estaban de sus fiestas cuanto deben estarlo de toda religiosa Comunidad), porque aún en aquéllas echaba de ver que la prevencion daña á quien las hace, la curiosidad á quien las oye, y á unos y á otros causa más distraccion secular que devota y santa recreacion, cual debe ser la religiosa. Hizo una vez que algunos Religiosos se repartiesen por el claustro del convento, en ciertas estancias como mesones, y que otros dos, acomodando el hábito, sin aderezo secular representasen á la Sagrada Virgen y al Señor San José, que iban pidiendo posada en Belen. Quien pedia la posada para los huéspedes era el fervoroso Padre, y cuando llegaba á uno de aquellos mesones, viendo que eran despedi-

das personas tan beneméritas, y juntamente el Hijo de Dios, que venia en las entrañas de la Sagrada Virgen, era singular su elocuencia en representar los méritos de todos, en reprender la dureza de los mesoneros, en quejarse amorosamente al Padre Eterno, porque tales cosas permitia, en consolar á la Sagrada Virgen y á su esposo en trabajo tan grande, y acerca de esto eran tan dulces y tiernos los sentimientos de sus ponderaciones, que encendidos en una santa y alegre devocion los Religiosos, se deshacian todos en lágrimas, y no habia corazon tan duro que no se enterneciese.

Al otro dia representando al Niño ya nacido, se regalaba con esta dulcísima memoria. En una de estas ocasiones le saltó un tan impetuoso júbilo, que no pudiendo reprimirle, se levantó y fué hácia una mesa, donde en estos dias se acostumbraba tener un Niño Jesús á quien dirigir las alegrías de aquel tiempo, y tomándole en brazos, comenzó á bailar con un fervor tan grande, que parecia haber salido de sí, que para la modestia y sosiego de un varon santo era cosa muy extraña. En medio de estos júbilos prorumpió cantando esta coplita :

*Mi dulce y tierno Jesús,
Si amores me han de matar,
Ahora tienen lugar.*

Quedóse con este afecto como suspenso y absorto en la dulzura de aquel misterio y amor de aquel Santo Niño, con el rostro alegre y encendido, y tal que parecia arrojar llamas de fuego.

Para aplacar este divino incendio, ó más verdaderamente para aumentarlo, se aprovechaba de otro medio muy propio de su esforzado espíritu, que es el ensayo del martirio: acto que él comenzó á introducir en este colegio de Baeza, para afervorizar á los Religiosos, y templar juntamente las ansias que tenia de padecer. Para esto solia en las recreaciones tratar de la excelencia del martirio. Cuando los veía fervorosos y bien dispuestos les decia: «Ahora bien, por si Dios nos quisiese mártires de veras, probemos ahora hacerlo siquiera en repre-

sentacion, y ensayemos para morir por El cuando se ofrezca. Formaba luego su ensayo, señalando á cada uno la persona que habia de representar ; á uno la del tirano, á otro la del acusador, á otro la del verdugo, y él escogia la del mártir para animarlos con su ejemplo. Sabiendo cuán aficionado era el Santo Padre á estos ensayos le convidó á ellos una vez el maestro de novicios de la Manchuela de Jaen. Nombráronse oficiales, y hicieron las figuras de mártires el maestro de novicios y el Beato Padre, siendo entonces Vicario provincial de Andalucía. Fueron acusados de cristianos delante el juez, el cual puesto en su tribunal les tomó su confesion, y habiendo confesado con gran fervor la fe de Jesucristo, y detestado toda otra ley y secta, mandó el juez que les desnudasen las espaldas y los amarrasen á dos naranjos de la huerta, y que allí fuesen azotados rigurosamente, hasta que arrepentidos dejasen de confesar á Cristo. Los verdugos ejecutaron lo que el juez mandó, como si no fuera representacion, sino castigo muy de veras. El fervor de nuestro Beato Padre era tan grande, y tan encendido el deseo de padecer por Cristo, que riéndose de los azotes y baldonando á los verdugos de flojos y cobardes, los incitaba, y aun valiéndose de la obediencia, los mandaba apretasen la mano, y le hiciesen saltar y correr la sangre por las espaldas, como al fin lo hicieron : con lo cual, quedando él muy contento, viendo el juez la perseverancia y alegría de los mártires, mandó dilatar su causa y tormentos para otra ocasion, con que se dió fin al ensayo.

CAPÍTULO XXXIV.

Admirable gobierno del convento de Granada.

Mientras en Baeza descansaba en los brazos de Raquel nuestro devotísimo contemplativo, se alcanzó de Gregorio XIII Breve, en que Su Santidad erigió en provincia distinta de la

Observancia los conventos de la Descalcez. Para establecer esto se juntó Capítulo en Alcalá de Henares á los 4 de Marzo año de 1581. Comenzando las elecciones por los Definidores entre los cuatro que se eligieron, cupo el tercer lugar á nuestro Beato Padre San Juan, y con este oficio (concluidas las demás funciones del Capítulo) volvió á Baeza á cumplir el de rector. Duró en él hasta los 14 de Junio, en que el convento de Granada lo eligió Prior, y esta fué la primera vez que gobernó aquella casa. Habíale precedido el muy docto y venerable Padre Fr. Agustin de los Reyes (que fué su primer novicio y discípulo en Pastrana), y habiéndole puesto el oro de su observancia, nuestro Beato Padre sobrepuso los esmaltes: con que salió consumada la labor.

De su modo de gobierno en esta casa dicen todos los Religiosos que le conocieron cosas de grande admiracion: especialmente de la invisible y secreta fuerza que de Dios tuvo este su Siervo para unir corazones entre sí y consigo mismo, para traerlos alentados y fervorosos, para encenderlos en el divino amor, para llenarlos de pensamientos santos y ejercitarlos á que voluntariamente abrazasen la cruz de Jesucristo. No daba voces, no reñía, no se enojaba, no reprendía con rigor, y salía con todo lo que quería; y no con éste y aquél, sino con todos. De suerte que el torcido, el tibio y aún el discolo en su presencia parecia santo. Y si sus palabras eran encendidas en el amor de Dios, su compostura, su mansedumbre, su quietud era un ascua, era una secreta reprension que á todos rendía. En los rincones le temían porque le amaban, y allí no osaban desazonarle.

Aunque en todos los conventos en donde el Beato Padre estuvo y gobernó dió siempre grandes muestras de su extremado retiro y segurísima confianza en la Divina Providencia; pero en este de Granada fueron más notables los ejemplos. Como viesen los Religiosos lo poco que salía, y que visitándole algunas personas graves no les volvía las visitas, no por menos cortés, sino por más religioso, le persuadieron que saliese alguna vez, porque lo echaban menos los seglares. Rindióse el

Santo á la importunacion, y determinó visitar á los señores Arzobispo y Presidente. Comenzando por el último, que le caía más cerca, y pidiéndole le perdonase el no haber hecho antes lo que debia, le respondió el Presidente: *Padre Prior, más queremos á V. P. y á sus frailes en sus casas que en las nuestras: porque con lo primero nos edifican, y con lo segundo nos entretienen. El Religioso retirado nos lleva el corazon, y el que sale por salir, ni á nosotros edifica ni para si gana crédito.* No hubo menester más el santo Prior para que, abreviando la plática (sin pasar á visitar al Arzobispo), se volviese, diciendo á su compañero: «Padre, confundido nos há este hombre, y toda la Orden quisiera que hubiera oído lo que nos ha dicho, para que se persuadieran cuán poco ganamos con esta impertinencia de visitas que el demonio quiere introducir entre nosotros con capa de necesidad.» Vuelto al convento refirió á su Comunidad lo que le habia pasado, y les dijo: «Padres mios, ningun testigo más fiel de lo que quieren de nosotros los seglares que ellos mismos. No nos quieren cortesanos, sino santos: ni en sus casas, sino en las nuestras, encomendándolos á Dios.»

No habiendo cosa que comer en el convento, pidió el Procurador al santo Padre licencia para buscarlo, á que respondió: *Aún tiene Dios tiempo para proveernos, sin que tan presto le acusemos la rebeldía. Esta noche habemos cenado, gracias á Dios, y quien hoy dió la cena, mañana dará la comida.* Así fué, porque estando en Prima, llegó un hombre y dijo al portero: «¿Qué necesidad hay en esta santa casa? que en toda la noche no me ha dejado dormir una voz interior que me decia: *Tú estás regalado, y con gran necesidad los frailes de los Mártires.*» Supo la que el convento tenia, dió una buena limosna y los sacó de su aprieto. En otra ocasion el Procurador acudió al santo Padre dos veces á pedirle licencia para ir á buscar de comer. Dijole el santo Prelado: «Válgame Dios, hijo, y un dia que falta ¿no tendremos paciencia? Ande, déjelo, y váyase á su celda á encomendar á Dios esta necesidad.» Mas como se tardaba el socorro, instó tercera vez, y el Santo, sonriéndose y con mucha paz le dijo: *Vaya, y verá qué presto le confunde el Señor por su*

poca confianza. Apenas habia salido el Procurador cuando encontró al relator Bravo con una condenacion que los señores de la Cancillería aplicaban al convento de limosna, con que se volvió confuso.

CAPÍTULO XXXV.

Amor grande que San Juan tenia á Dios y al prójimo.

No sólo en las ocasiones que habemos dicho, sino tambien en otras muchas resplandeció la perfeccion del beato Padre, así en el ejercicio de varias virtudes, como en la demostracion de dones soberanos, segun verémos en los ejemplos que se siguen. De su ardiente caridad para con Nuestro Señor era manifiesto indicio el resplandor que cuando hablaba de Él se veía en su rostro, donde trasladado algo del fuego que interiormente le abrasaba arrojaba centellas. Especialmente se notó esto, no sin grande admiracion, en una plática que estaba haciendo en el convento de nuestros Religiosos delante de la imágen de un Niño Jesús, de cuyo pecho salian muchos rayos, unos mayores y otros menores, que se terminaban en el beato Padre y de él en los oyentes: dando con esto Su Majestad á entender que las palabras de su Siervo eran centellas salidas del pecho de Dios, y que con ellas comunicaba luz y ardor á quien le oía. Diferentes eran estas cadenas que las que fingieron al otro Hércules, como que salian de su boca y prendian los oídos de los que le escuchaban: que aquello era frialdad y mentira, y esto fué ardor divino y verdad. No fué menos argumento de lo mismo lo que testifica una Religiosa de aquel convento de Granada. Vióle un dia desde la reja de su coro arrodillado y postrado por gran rato ante el Santísimo Sacramento, de donde levantándose con el rostro muy alegre y encendido le preguntó la Religiosa (que era muy familiar hija suya) la causa de aquella tan alegre demostracion. «¿No la he

de tener (respondió el beato Padre) habiendo yo adorado y visto á mi Señor?» Y puestas las manos juntas le decia: «¡Oh hija, cuán buen Dios tenemos! ¡cuán buen Dios!» Por esta causa muchas personas doctas dijeron: que aquel Religioso era dado de Dios para grande utilidad de las gentes, y que era la fe en obra y la doctrina de Cristo en hecho. De estos y otros modos de hablar usaron personas gravísimas para manifestar su ardiente caridad y el concepto que tenian formado del gran Padre. Pero donde este amor se manifestaba más clara y ciertamente era en el que tenia al prójimo, y en la caridad con que acudia al consuelo de las almas que estaban á su cargo y al remedio de sus necesidades corporales, y especialmente de los enfermos, de quien tenia gran compasion. Habia perdido, uno de los que habia en su convento, la gana de comer, y asistiéndole el beato Padre, le estaba explorando el gusto y refiriéndole varios manjares, para ver si apeteceria alguno, y aunque mandó traer los que parecian más á propósito, no los pudo arrostrar. Compadecido entonces de su enfermo, le dijo: «Pues hijo, yo quiero disponerle la comida y dársela de mi mano; yo le haré una salsilla con que le sepa bien.» Mandó asar una pechuga de ave, y traída, tomó un poco de sal y la echó en un plato, deshaciéndola con una poca de agua, y mojando la pechuga en esta salsilla se la dió él mismo por su mano á comer, diciendo: «Esto le ha de saber muy bien, y con ello ha de comer de buena gana:» y fué así, que lo comió con gusto y le supo muy bien: que no hay tal salsilla ni medicina para un enfermo súbdito como el cuidado y caricia de su Prelado, en cuya solicitud libra Dios muchas veces remedios milagrosos, cual parece haber sido éste: pues un poco de sal y agua por sí solos ¿cómo podian restituir un gusto tan estragado y perdido si á la salsilla del Prior no añadiera Dios virtud particular?

En otra ocasion mostró tambien este mismo afecto y regalo para con sus Religiosos enfermos, muy como Padre de ellos. Estuvo desahuciado en el mismo convento de Granada un Hermano lego: viéndole el beato Padre con terribles bascas y

congojas, dijo al médico si habia en la Medicina algun remedio para aquel enfermo. Respondióle que para el reparo de la enfermedad no le habia; pero que para sosegar algo de aquellas bascas podria ser le hiciese provecho una bebida, mas que era costosa, porque le llevarian por ella muchos ducados. Hizo que la recetase luego, y al punto envió por ella, y él mismo se la dió y asistió á muchos de los medicamentos que le hacian para alentarle á que llevase con paciencia su trabajo: tal estima hacia de la salud ó consuelo del más pobrecito Religioso. Y en verdad que no estaba sobrado el convento, sino muy necesitado: pero al que tiene caridad no le estrecha la pobreza, y como gasta de la bolsa de Dios, nunca le falta, como veremos en el suceso que se sigue.

CAPÍTULO XXXVI.

Extraordinaria caridad en tiempo de carestia.

Llegó el año de 1584 y con él una gran esterilidad á toda España. Padecian mucho los pobres, y compadecido de ellos el beato Padre, aunque su convento se sustentaba de limosnas y entonces no podian hacerla aún los ricos, él, ensanchando los senos de la confianza en Dios y abriendo las entrañas de su gran caridad para con los pobres, los socorrió con mucha largueza, así á los que acudian á la portería como á otros muy necesitados, por ser gente honrada en sus casas. A esta confianza en Dios y largueza de caridad acudió Nuestro Señor de manera, que por más que daba más le sobraba para dar. Y advirtieron los Religiosos que habiendo sustentado aquel año mucho número de ellos en el convento y obrado gran parte de la fábrica de él, y tras esto socorrido con larga mano tantas necesidades de pobres de la ciudad, le sobró trigo de aquel año, cuando vino la cosecha del siguiente: lo cual parece no podia ser por el camino ordinario, si Dios extraordinariamen-

te no favoreciera la piedad y confianza del Beato Padre, dejando en ella un gran ejemplo y documento á los Prelados Religiosos para que con liberal y piadosa mano repartan con los pobres lo que á ellos tambien como á pobres da piadosa y liberalmente el Señor, y muchas veces por medio de los fieles á quien ellos socorren.

No menos resplandeció el amor con los prójimos de nuestro Beato Padre en la suavidad y prudencia con que enderezaba las torcidas inclinaciones de algunos de sus súbditos, y corregia sus defectos. Reprendió en cierta ocasion á un Religioso una falta en presencia del P. Fr. Jerónimo de la Cruz, que lo refiere; y con hablarle al Beato Padre con su acostumbrada templanza y modestia, el reprendido se destempló y se encolerizó de suerte, que respondió al varon Santo con impaciencia y desmesura palabras libres y descorteses. ¿Qué seria bueno hiciese el Santo Prelado entonces para confundir la soberbia de su súbdito y enfrenar aquella alma que se iba despeñando y ganarla suavemente para Dios? Quitóse la capilla, y postrado en tierra, puesta la boca en el suelo (que es accion religiosa, propia de culpados que reconocen su culpa, cuando son reprendidos), estuvo así oyendo la reprension de su súbdito, en tanto que descargó la furia de su impaciencia: que una vez apoderada la ira á esto llega. Cuando hubo acabado de decir se levantó el Siervo de Dios, y besando su mismo escapulario (que tambien es acto de humildad) le dijo: «Sea por amor de Dios,» y con esto se fué, dejando á su súbdito mucho más confundido y corregido que si le diera una muy agria reprension y le castigara con la pena más severa del mundo. De esta manera se hubo el Santo Prelado en esta accion, no porque le faltase valor para humillar cuando era menester á los altivos y soberbios, sino porque con su mucha prudencia, luz y santidad sabia dar á cada cosa su lugar y tiempo, y esperarle cuando era necesario. Y como conocia los naturales, y áun sus interiores, con luz particular del cielo, y echaba de ver que el de aquel súbdito, en la ocasion presente, no admitiria otra manera de medicina, le aplicó la más conveniente á su dolen-

cia, que fué un heroico acto de humildad caritativa. Y así se vió luego el efecto: porque confundido el Religioso con aquel humilde espectáculo, y reconocido de su yerro, se fué poco después con gran compuncion y arrepentimiento á echar á los piés de su Prelado, confesando su culpa y dándole gracias por la espera que habia tenido en sufrirle para que no se perdiera. Accion tan digna de la prudencia ilustrada del Varon santo, cuanto de su rara humildad y caridad ardiente con Dios y con el prójimo. ¿De dónde sino de aquí pudo proceder tan raro, eficaz y piadoso modo de corregir á los súbditos? ¿Qué otro principio pudo tener aquel encendido deseo de hacer santos á todos? ¿De qué árbol nació aquel preciosísimo fruto de renovar la Orden y establecer la Regla primitiva? ¿Qué fuente pudo arrojar aquel impetuoso rio que alegraba la ciudad de Dios? Verdaderamente mucho debemos á este gran Padre por habernos engendrado en Cristo, dando principio á la Reforma; pero mucho más por habernos reengendrado con su ejemplo, con su gobierno, con su doctrina y con su admirable modo de vida, de que quedó tanto en el convento de Granada, que ha podido conservar la crecida opinion que hoy tiene en aquella ciudad de observancia y perfeccion.

CAPÍTULO XXXVII.

De como cuidó San Juan de la Cruz á las monjas de Granada.

Entre los demás beneficios que á esta ciudad y á toda la Orden hizo, fué ser entre los varones la parte principal para que se fundase el monasterio de nuestras Religiosas de San José, uno de los muy observantes en toda la Descalcez. Acompañó á la venerable Madre Ana Jesús, que venia por priora, y á las demás Religiosas señaladas para esta fundacion, hasta ponerlas en Granada, que fué dia de San Sebastian, año de

1582. En todo el discurso de este viaje fué maravilloso el cuidado y advertencia con que el Beato Padre procedió, así en el trato y compañía de las Religiosas como en el ejemplo y edificación de los seglares. Iban ellas solas en un carro, y el Santo Padre y su compañero en jumentos. Llevando el tiempo y horas repartidas para sus ejercicios religiosos, se empleaban en el Oficio divino, oracion mental y silencio con la puntualidad y devocion que si estuvieran muy quietos en sus casas. Cuando llegaban á las posadas, acomodaba luego el Santo Padre á sus monjas con toda modestia y religion, donde se guardaba el retiro y encerramiento posible. Confesaban y comulgaban en los lugares que habia comodidad para ello. Haciales por el camino sus pláticas espirituales, tratando siempre de Dios; pero con tanta gracia, que juntamente le servia de divertimento alegre: con lo cual aquellas benditas Religiosas se hallaron al cabo de su viaje tan recogidas y aprovechadas como si hubieran venido dentro de un portátil convento, envueltas en sus mismos ejercicios y observancias. Tal fué el provecho que causó en ellas la compañía del santo Padre.

No fué menor el que después obró en ellas fundado ya el convento, acudiendo como Padre y Maestro espiritual suyo á confesarlas, consolarlas é instruir las en el camino espiritual y trato de oracion con que en breves dias se hallaron crecidas y mejoradas: experimentando con el trato del Beato Padre maravillosos efectos, no sólo én el alma, sino tambien el cuerpo: de que referirémos algunos particulares sucesos. Llevando de este convento de Granada las monjas á la fundacion de Málaga, que tambien el santo Padre efectuó, dió Maria de Cristo tan peligrosa caída de la cabalgadura sobre un peñasco que todos creyeron la habia muerto. Estuvo un rato sin sentido, y derramando de la cabeza mucha sangre: el Santo Padre puso las manos sobre la herida, limpióle con su pañuelo la sangre, y sin otro beneficio se levantó sana y buena y prosiguió su viaje. A Isabel de la Encarnacion dió tan mortal accidente, que ordenó el médico la sacramentasen muy aprisa. Llamaron al santo Padre para que se los administrase. Al despedirse le dijo

á la enferma el Evangelio de San Marcos (1), y llegando á aquellas palabras: *Super ægros manus imponent et bene habebunt*, se las puso en la cabeza, con que de repente sintió la enferma uno como sudor y tal aliento, que otro día se levantó de la cama. A esta misma Religiosa anunció el santo Padre unos trabajos que le habian de suceder, y la previno y dió esfuerzo para ellos. Mariana de Jesús, estando con un gran trabajo interior, se lo quitó el Beato Padre con sólo hacer que renovase en sus manos los tres votos de la profesion. A la Hermana Ana de Jesús acordó en la confesion una imperfeccion que habia hecho siendo muchacha.

Estando para tomar el hábito cierta doncella, la tentó con tal violencia el demonio, que instantáneamente le mudó el corazón, y en su interior se resolvió á no entrar en la clausura. Estaba presente el Santo, y revelándole Dios la turbacion de aquella alma y hasta á donde tenia licencia de tentarle su enemigo, hizo instancia para que siquiera pusiese los piés dentro de la clausura, y allí deliberase lo que habia de ser, que él la sacaria luego. Rindióse la doncella, aunque con mucha violencia, al ruego del santo Padre, y apenas puso los piés en la clausura cuando, como si dejara la tentacion á la puerta, se quietó, pidiendo con nuevas instancias el hábito. Desde su convento de Granada vió el santo Padre que en Caravaca estaba apretadísima la Madre Ana de San Alberto de unos escrúpulos que la atormentaban; determinó escribir al Siervo de Dios, y cuando ya estaba para tomar la pluma recibió una carta suya en que le respondia á las dudas que queria consultarle, y daba remedio á sus aflicciones. Escriben y dicen las Religiosas que en este convento de Granada le conocieron y trataron cosas admirables á este propósito: afirmando que parece les veía sus corazones, y desde su celda registraba cuanto pasaba en sus almas y en las de las ausentes que tenia á su cargo. Y así andaban tan cuidadosas en todas sus acciones, que no se osaban descuidar ni en un pensamiento, creyendo que luego era patente á su Maestro.

(1) March. xvi.

CAPÍTULO XXXIII.

**Habilidad especial de San Juan en expeler los
espíritus malignos.**

Estas luces y dones que alumbraban ambos conventos se derramaron á fuera, y muchas almas, así del siglo como de otras Religiones, tambien las participaron, teniéndole por maestro celestial y dado del Señor para utilidad de sus conciencias. Entre las muchas que perfeccionó y otras que sacó de pecado consiguió ilustres victorias, echando el demonio de los cuerpos que ya tenia en posesion, como nos dirán estos sucesos. Habia en Granada un hombre poseído de un mal espíritu: habiéndose resistido á muchos exorcismos y oraciones, llamaron al beato Padre y le pidieron se encargase de su cura. Habíale dado el Señor luz para conocer los demonios la licencia que tenían de Su Majestad para atormentar los cuerpos, los medios con que los habia de expeler; y conforme á estas noticias disponia los conjuros. En viendo á éste conoció luego ser de la calidad de aquellos de quien dijo el Salvador que no eran expelidos sino con oracion y ayunos, y así dejado el conjuro se puso en oracion, pidiendo á los presentes hiciesen lo mismo. En viendo el demonio en oracion al nuevo Elías contra los sacerdotes de Balaal, conoció que lo habia de vencer, y airado contra su enemigo vomitaba injurias. derramaba amenazas y con aullidos procuraba divertirle de la eficacia de su oracion. ¡Oh admirable fuerza de este celestial ejercicio! ¡Oh brazo de Dios poderoso, á quien no sólo los demonios, sino el sol y todos los cielos obedecen! Contigo los flaquísimos son poderosos, sin Tí los poderosos son flacos, y nadie se fió de Tí que no saliese en todo aprovechado. Así se echó de ver en este caso: porque continuando su oracion el nuevo crucificado, al cabo de un buen rato se levantó diciendo: *Ya el Señor nos ha*

concedido la victoria contra este enemigo. No hay que temer. Así fué, porque mandándole con imperio que saliese, obedeció con admiracion de los presentes.

En la misma ciudad estaba endemoniada una persona principal, á quien por ruegos de otras fué á conjurar el santo Padre. En tanto que hacia breve oracion hablaba entre sí la endemoniada, y el demonio dentro de aquel cuerpo decia: *¡Que no pueda yo vencer á este frailecillo! ¡Que no halle mi astucia modo para hacerle caer! ¡Que habiendo tantos años que me persigue y en varias partes aquí no me quiere dejar!* Estando en el monasterio de las Religiosas, acudió otra mujer endemoniada: mientras el Santo se llegaba á ella decia: *Ya viene el senequita á perseguirme*: título que nuestra Madre Santa Teresa solia darle algunas veces para explicar en cuerpo pequeño su gran capacidad y ciencia.

Dejando otros casos semejantes, sólo uno añadiré, por lo que tiene de enseñanza. Saliendo un dia á confesar á la iglesia, por no estar formados los confesonarios adentro, vió una persona muy espiritual que estaba en ella, que en un rincón de la iglesia habia muchos demonios con apariencia de leones, osos, escuerzos y otras sabandijas ponzoñosas, los cuales salian á tentar á los que estaban orando con la variedad de tentaciones que representaban sus figuras. Mas advirtió esta persona que cuando el Santo levantaba ó volvía los ojos hácia ellos, todos atropellando se huían á esconderse en su rincón: de que igualmente coligió que en ninguna parte está una persona libre de sus tentaciones, por lo cual en todas debe vivir con recelo, y que al Santo Padre le dió el Señor gran superioridad sobre los demonios, pues tanto los atemorizaba su vista.

El demonio rabioso no desistia de su intento, procurando vengarse del santo Padre: y ya que no podia vencerle en la castidad, como habia pretendido en vano muchas veces, probó á desdorarle en ella con un embuste propiamente suyo. Saliendo el beato Padre de su casa llegó una mujer á él, y mostrándole un niño que traía en los brazos, le dijo: que pues

era suyo le sustentase. Arrojóla de sí el Siervo de Dios con santa libertad; pero como ella estuviese desvergonzadamente importuna, vióse obligado á responder. Preguntóle el santo Padre sin turbacion alguna: «¿Quién dicen es su madre?» Respondió: «Una señora principal que tiene estado de doncella.» Preguntó más: «¿De dónde ha venido esta señora á Granada?» Y dijo: «Es natural de aquí, y en toda su vida ha salido de la ciudad media legua.—Y ¿de qué edad es el niño?» Respondió la mujer: «De un año, poco más ó menos.» Entonces, con gran donaire y serenidad dijo el beato Padre: «Sin duda es hijo de gran milagro, porque yo no há un año que vine á Granada, y en toda mi vida he estado otra vez en ella, ni llegado muchas leguas á la redonda;» con lo cual dejó convencida la mentira, avergonzada la mujer, satisfechos los circunstantes, que á los gritos de la mujer habian concurrido, y el Siervo de Dios, con su paz y serenidad acostumbrada, prosiguió su camino.

CAPÍTULO XXXIX.

Humildad profunda de San Juan de la Cruz.

Estaba todavía el Santo Padre en su priorato de Granada, en que habia sido confirmado otros dos años (que entonces no duraban más estos oficios), cuando se celebró el tercer Capítulo de nuestra Reforma en la ciudad de Lisboa á 11 de Mayo año de 1585, y hubo de acudir á él. Eligióse por segundo provincial de la Reforma al gran Padre Fr. Nicolás de Jesús María Doria, hijo de los Remedios de Sevilla; entre los cuatro Definidores nuevamente electos cupo el segundo lugar á nuestro beato Padre: con que se suspendieron las demás acciones hasta que viniese el nuevo Provincial, que estaba en Génova. Llegado á España el mismo año, continuó en la villa de Pas-

trana el Capítulo comenzado en Lisboa. Determinando en él que la Provincia Descalza se dividiese en distritos, por estar ya muy extendida por España, juzgó el Provincial por conveniente admitir algunos coadjutores, por los cuales se comunicase con más facilidad su influencia. Por esta causa á los cuatro Definidores nombró el Capítulo por vicarios provinciales, señalando á cada uno las casas de su distrito. Cupiéronle al santo Padre las de nuestra Andalucía. El modo de su gobierno fué una idea de Prelados y Visitadores perfectos, porque obrando primero que enseñando, ni faltó virtud alguna á su ejemplo, ni advertimiento cuerdo á su enseñanza. La caridad, la obediencia, la desnudez, la penitencia y mortificacion de súbdito lucieron más siendo Prelado comun.

Comenzando por la humildad, en ella nos dejó muy singulares ejemplos. Diciendo un Religioso delante de alguna gente que el santo Padre había sido prior en cierto convento, él huyendo la estimacion, respondió: *Tambien en ese mismo fui cocinero*. Hallándose en Granada, por justa causa visitó á un Provincial de cierta Orden, persona muy cercana en calidad á un Grande de Castilla, y como el santo Padre significase que se hallaba muy bien en el convento de los Mártires, por ser casa de soledad y retiro, dijo á esto el Provincial con mucha gallardía y desenfado y tono de chiste: *V. P. debe de ser hijo de algun labrador, que tan amigo es del campo*. Respondió el Siervo de Dios con mesura y rostro sereno: *No soy, Padre reverendísimo, tanto como eso, sino hijo de un pobre tejedorcito*. Estaban algunos Religiosos presentes, y oyendo aquella su humilde respuesta quedaron pasmados, mirándose unos á otros, con harta confusion del Provincial, que habiendo renunciado el mundo con humildad, en la Religion se llenó de él con soberbia. Y de tal manera templó su vanidad, que desde entonces quedó con particular afecto al Siervo de Dios; y así él como todos los que supieron el caso dijeron: que con razon tenia aquel fraile opinion de santo.

A las palabras correspondian las obras, que les daban eficacia. Era el primero que asia la escoba y estropajo para barrer

y fregar. Servia en el refectorio, subia á leer al púlpito, hacia las camas á los enfermos, lavaba los piés á los huéspedes, cavaba si era menester en la huerta con sus pocas fuerzas, para quitar el miedo á otros que las tenian mayores: ayudaba á los confesores y predicadores: hurtaba los oficios de trabajo á los ministros, como si fuera uno de los conventuales. Trataba á todos los Religiosos con mucha cortesía, igualdad y llaneza, aunque fuesen novicios ó Hermanos legos y donados, oyendo sus razones y tomando á veces su consejo, dejándose enseñar del que parecia más despreciado ó ignorante. Y en todo era tan enemigo de hacer ostentacion de Prelado, que ya que en actos forzosos habia de tomar su lugar y puesto, en otros más libres, cual era el de la recreacion, se sentaba en el lugar más despreciado, y de ordinario en tierra. Era finalmente tan humilde, que sola esta virtud podia rendir y sazonar los ánimos de sus súbditos para recibir y adorar con sumo gusto su gobierno.

Como la humildad sea madre de la rendida obediencia, no resplandeció menos en ella nuestro Padre, siendo puntualísimo en el cumplimiento de las órdenes que el Superior le enviaba. Estando en la fundacion del convento de Bujalance, atendiendo á ella y á otras muchas ocupaciones y despachos de la Provincia, le llegó uno del Padre provincial, Fr. Nicolás de Jesús María, para que fuése á verse con él en Madrid; y con ser tiempo de invierno muy lluvioso y estar cargado de muchos achaques, habiendo recibido el aviso ya de noche, se partió el dia siguiente al amanecer. Y á los Religiosos que compadecidos le persuadian esperase á que el tiempo mejorara, por ponerse en peligro tan manifesto de la vida, ó por lo menos de perder del todo la salud, respondió una sentencia digna de su gran espíritu: *Mal podré yo (dijo) amonestar después á los Religiosos la puntual obediencia si en mí no la ven puntualmente ejecutada.*

CAPÍTULO XL.

De como el Santo observaba las virtudes dentro y fuera de los conventos.

En la observancia regular y caridad con los hijos era extremadísimo nuestro beato Padre. En llegando á los conventos, sin admitir regalo de hospedaje que no fuese muy necesario, se entraba luego en la Comunidad, y andaba tan regular en su perpetua rueda como los demás conventuales. Acudia á las necesidades del alma y del cuerpo con suma solicitud; y reprendia severamente á los Prelados inmediatos descuidados en esto: mayormente cuando sentia que obligaban á comprar con adulacion la justicia de su remedio. Procuraba desembarazarse de otras ocupaciones menos importantes, y se empleaba en comunicar á cada uno de los Religiosos, saber sus trabajos, descensos, penas, encuentros, fruta de Comunidades: sus tentaciones y pasiones y juntamente su aprovechamiento y desmedro en la virtud. Y como tenia don tan grande del Señor en la enseñanza espiritual, y tan asentada opinion con todos, comunmente conseguia de ellos todo lo que intentaba. Era dulce y recto segun la condicion de Dios: y así las leyes que imponia no les causaban temor, sino respeto. Medialas con las fuerzas y espíritus, y conociendo lo que necesitaban los sujetos y las Comunidades las dejaba alegres, pacíficas y fervorosas, dando gracias á Dios porque les dió tal Prelado.

No menos que en los conventos fué nuestro Visitador ejemplar en los caminos. Sabia que el que se aprovecha de ellos para sacudir el peso de la Regla no entiende la obligacion del monje; que no permite cesar un punto de la observancia, conforme los tiempos, lugares y necesidades. Fraile en casa y seglar en el camino, monstruo es de dos naturalezas opuestas. No admitió más aparato que un jumentillo; porque sus fuerzas, gastadas ya con los rigores, no le permitian andar á pié largas

jornadas; y repartiálo con un Hermano lego, que regularmente llevaba por compañero, al cual á veces le mandaba subir y le servia de mozo. Iba de ordinario sentado, leyendo unas veces en la Biblia, otras cantando salmos ó algunas coplas devotas, para estar siempre en la presencia del Señor. El más ordinario ejercicio era el silencio atento á Dios. Si hablaba con el compañero era para afervorizarlo, y aliviarle del trabajo del camino con provechosas y santas consideraciones. Yendo una vez con el Hermano Fr. Martin de la Asuncion, le dijo: *Hermano, hagamos cuenta que somos soldados de Cristo y que caminamos entre infieles, determinados de dar la vida por su amor. Si ahora saliesen algunos moros ó herejes á matarnos, y topando primero con vuestra caridad le diesen muchos golpes y palos, ¿cómo lo llevaria?* Respondió el Hermano: «En paciencia, Padre nuestro, con el favor de Dios.» Él entonces con una santa indignacion le dijo: *¿Con esa tibieza lo dice y no con deseo de que lo hiciesen pedazos por Cristo? Poco fervoroso es, poca ansia tiene de padecer por quien tanto por nosotros padeció.* Por el camino no llevaba viático ni prevencion: fiábase de la Providencia Divina, y ella le proveía de lo necesario. En llegando á los mesones buscaba el rincon más secreto para su continuo ejercicio de oracion, y allí rezaba siempre de rodillas el Oficio divino y el menor de Nuestra Señora, y á él le llevaba el compañero lo que conforme la Regla hallaba que comiese. Tendia en el suelo una mantilla vieja que traía sobre el jumento, y en ella se recostaba vestido el poco rato que dormía.

En este tiempo prosiguió el Señor en el santo Padre la gracia de hacer milagros, para más acreditar su santidad y gobierno. Saliendo una vez de la villa de Porcuna con el dicho Hermano Fr. Martin y un Hermano donado llamado Pedro de Santa María, en la cuesta que hay para bajar al rio, el Hermano donado tropezando en una piedra dió tan mala caída que se tronchó una pierna. Tratando de la cura hallaron tan hecha á pedazos la canilla, que sonaba como caña cascada. Tenia la pierna el Hermano Fr. Martin, y siendo el médico el santo Provincial, no le aplicó más remedio que bañarle con su

saliva la canilla, y atándola con el pañuelo le subieron sobre el jumentillo que para los tres llevaban, caminando los demás á pié hasta llegar á la venta de los Villares. Parando en ella dijo el Santo: *Aguarde, Hermano, le aprearémos porque no se lastime*. Respondió: «¿Qué es lastimar, Padre nuestro? Ya no me duele la pierna,» y tentándola vió que estaba sana. Saltó con alegría al suelo, hizo pruebas de su firmeza y salud, y aunque los dos Hermanos la aclamaron por cura milagrosa, el santo Padre, por deslumbrarlos, les dijo: *Callen ahí, ¿qué saben ellos de milagros?* Mas viendo que no bastaba, les apremió con obediencia á que lo guardasen en silencio.

CAPÍTULO XLI.

Algunas penitencias y milagros de San Juan de la Cruz.

Como era tan prevenido soldado en la milicia de Cristo nuestro gran Padre, nunca dejaba las armas de sus rigores. Traía á raíz de las carnes aquellos sus ordinarios zaragiuelles de esparto anudado, que sólo mirarlos ponía grima. Vióselos un día subiendo el varon santo á caballo, su compañero, y compadecido de que en el camino usase de cilicio tan riguroso, le persuadió se los quitase; pero el varon de Dios respondió: *Hijo, bástanos ir á caballo, que no ha de ser todo descanso*. Traía ceñida al cuerpo una cadenilla de hierro con dos puntas en cada eslabon. Escondíala mucho porque nadie la viése; pero como habia de ser tan provechoso su ejemplo, quiso el Señor fuese manifesto. Llegando un dia al convento de Guadalcazar, le dió tan fuerte dolor de hijada, que casi le privó del sentido; y el médico le halló con tales accidentes, que dijo ser la enfermedad mortal; el Siervo de Dios respondió: *No es llegada la hora de mi muerte: mucho padeceré en esta enfermedad, pero no moriré; porque aún no está acabada de labrar la piedra, y todo le sucedió*

como lo dijo. Ordenáronle una unción conficionada de aceites á propósito, y dióse tanta prisa á hacerla el Hermano fray Martin, que no dió lugar al Santo Padre para esconder la cadenilla, y hallóla tan asida á las carnes, que por partes habiendo ellas crecido no se veía. Hizo diligencia, y con no pequeño tormento del paciente, no pudiéndola apartar, la arrancó deramando mucha sangre; y supo de él que habia siete años que la traía puesta. Más sintió esto el humilde penitente que la enfermedad; y viéndose ya descubierto mandó en obediencia al Hermano Fr. Martin que callase. Hizolo él así, y guardó la cadenilla para consuelo suyo. Por su respeto obró el Señor por esta cadenilla un milagro singular. Llegando el Hermano Fr. Martin y prestándola (años después) en Andújar á Diego de los Rios, persona principal y gran bienhechor de aquella casa, la aplicó á un hijo suyo que estaba ya desahuciado de una mortal modorra y calentura, y al punto cesó una y otra; con que á otro dia fué al convento á reconocer á Dios y al beato Padre el beneficio.

Otra calentura no inferior á la pasada curó el santo Padre en este tiempo con el contacto de un sombrero suyo y eficacia de su voz. Venia de Granada para la Mancha de Jaen, y llegando á la venta de Benalva vió salir dos hombres con espadas desnudas riñendo y tirándose muchas cuchilladas, ciegos de cólera, y que uno de ellos, que estaba ya herido en una mano, procuraba con mayor rabia la venganza y matar al contrario. Dióse prisa el beato Padre, y cuando llegó ya cerca de ellos, alzando la voz con superior imperio les dijo: «En virtud de Jesucristo nuestro Señor os mando que no riñáis más, y echando mano del sombrero que llevaba le arrojó en medio de los dos con tal efecto, que trocada la cólera ciega en un peregrino y misterioso temor, se quedaron como pasmados mirándose el uno al otro. Apeóse del jumento, y hablándoles más suavemente les persuadió que dejado el enojo fuesen amigos, y acabólo con ellos tan cumplidamente, que no sólo se dieron las manos de amistad, mas tambien besándose los piés el uno al otro se pidieron perdon con humildad profunda, lo cual con razon

tuvieron por milagroso los que estaban en la venta, pues no es menos admirable detener una pasión tan ciega y convertirla en paz, que atajar una mortal calentura, apagar un furioso incendio ó volver atrás el ímpetu de un arrebatado río.

Caminando otra vez con el Hermano Pedro de la Madre de Dios desde Baena á Jaen, hubo de pasar el río, que está antes de las ventas de Doña María. Venia tan lleno, que los arrieros no se atrevían á vadear su corriente. Quiso hacer lo mismo el santo Provincial, pero alumbrado del cielo dijo al compañero se quedase para ir con los demás pasajeros, y él con el jumentillo se echó al agua. A poco trecho, atravesándole á los piés de la cabalgadura unas taramas, tropezó y con ella el santo Padre, el cual viendo su peligro, acudió á su ordinario refugio; llamó á la Santísima Virgen, que apareciéndosele tan presta como afable, le asió de las puntas de la capa y llevó sobre las aguas hasta dejarlo en la orilla, con grande admiracion de los presentes. Salió tambien la cabalgadura, y sirviéndole de escuela su caridad, á todo correr cogió el camino hasta llegar á la venta. Halló en ella un pasajero pasado con tres puñaladas, que el hijo del huésped le habia dado. Admiró entonces la benignidad del Señor con aquella alma, y más cuando llegándole á confesar supo que era Religioso profeso de cierta Orden y entonces andaba apóstata. Dispúsole por espacio de dos horas, y al fin de ellas arrepentido espiró.

CAPÍTULO XLII.

Hace algunas fundaciones, y el Señor le anuncia la proximidad de su muerte.

No sólo en adelantar lo fundado, sino tambien en dilatarlo estudió la providencia de nuestro beato Padre: por lo cual en su Provincia hizo algunas fundaciones. La primera fué en Córdoba, donde fundó el convento de San Roque á 18 de Mayo año

de 1586. Fué con tal feliz pronóstico de lo que en aquella nobilísima ciudad los Descalzos habian de servir á la Santísima Virgen, que obró con su Santo Provincial y fundador una singular maravilla. Para edificar la iglesia comenzaron á derribar una pared vieja. Socaváronla tanto, que vino á caer sobre la celda en que estaba el Santo Padre, de manera que toda la hundió. Levantando todos el alarido, creyendo habia cogido al santo Provincial, acudieron seglares y Religiosos á desenterarle, y alegre y sereno le hallaron en un rincon sin recibir la menor lesion ni detrimento. Preguntándole la causa de tanta maravilla respondió: *Habia tenido fuertes puntales, porque la de la capa blanca (así llamaba á Nuestra Señora) milagrosamente le habia librado de aquel riesgo.*

Habiendo dispuesto, lo mejor que el tiempo dió lugar, las cosas del convento, dejándole muy acreditado, partió para Sevilla á visitar y consolar aquellos dos primitivos, que tanto habian hecho y padecido por el bien de la Reforma en los tiempos turbados. Recibióle como á Padre de todos, como á origen del bien que poseían y como á Doctor de toda perfeccion. De camino hizo un gran beneficio al convento de las monjas. Consideró que la calle que llaman de la Pajería, donde entonces estaban, ni era decente á su honestidad ni conveniente para su decencia. Buscóles la casa buena que ahora tienen en barrio y sitio muy á propósito, y dejándolas en ella volvió para Córdoba, para dar á aquella fundacion cumplida forma y asiento.

Por el mes de Setiembre del mismo año se concertó la fundacion de nuestras Religiosas en la villa de Madrid, y la fué á ejecutar el santo Padre. Salió de Granada con la venerable Ana de Jesús y otras dos Religiosas, y tomando de los conventos de Malagon y Toledo las demás señaladas para la fundacion, llegaron á Madrid consoladísimas, porque las pláticas del santo Padre no sólo las tenia recogidas, sino endiosadas. En el camino le sucedió una singular maravilla. Pasado por vado el rio Guadiana, se vieron las monjas en gran peligro, por llevar grande corriente; pero el Santo Padre, siguiéndolas en su

jumentillo, la pasó tan sin él, que sirviéndole el río de escabel iba sentado sobre las aguas, en lo cual se confirmaron las Religiosas cuando lo vieron después salir enjuto. Luego que volvió el santo Padre á su Provincia por el mes de Octubre del mismo año, se concertó en la Mancha Real, dos leguas de Jaen, una fundacion de Religiosos, que el Santo efectuó hasta dejarla sentada y concluida. Con el mismo orden del Definitorio ejecutó el año siguiente la de Caravaca.

Concluído su oficio de Vicario Provincial en el Capítulo intermedio, celebrado en Valladolid este mismo año á 48 de Abril, entre las demás elecciones cupo al Santo tercera vez el convento de Granada, con mucho gozo de Religiosos y seglares, que experimentados en su celestial magisterio libraban en la continuacion la mejoría de sus almas. Venerábanle tanto, que hasta las sobras de su comida, los remiendos de su hábito tenían como por preciosas reliquias. Esto sucedió muchas veces á las Religiosas de Granada. Si alguna se quedaba á comer en el convento, por falta de salud ó rigor del tiempo, con gran cuidado recogian los mendrugos y sobras y las comian con tanta devocion, que libraban en ellas no sólo la salud del cuerpo, sino tambien la del alma. Traía á esta sazón el santo Padre un hábito muy viejo, y á instancia de un hijo suyo admitió otro más razonable, y el Religioso se vistió el que el santo Prior habia dejado y él tenia por reliquia. Al punto comenzó á despedir de sí tal fragancia, que llegaron á presumir los demás que andaba cargado de olores, tan ajenos de un Religioso. Excusóse con la verdad, y confirmáronse en ella cuando, quitándose el Religioso, hallaron que no era suya la fragancia, sino del hábito del Santo Padre. Iba el Señor perfeccionando á su Siervo muy aprisa, porque se lo queria llevar, y queriendo darle los últimos retoques de perfeccion y dejarnos esta imagen acabada de su mano, le previno al fin de este año, cuatro antes del de su muerte, infundiéndole unas insaciabiles ansias de padecer por su amor: de las cuales solicitado el fervoroso Padre le pedia de continuo tres cosas. La 1.^a *Que no le llevase de esta vida siendo prelado, sino humilde súbdito y ejercitado de*

su Prelado. La 2.^a Que le diese que padecer por su amor. Y la 3.^a Que muriese abatido donde no le conociesen. Para conseguirlas de Su Majestad, se valió de su oracion y tambien de las ajenas. Concedióselas el Señor, como dirá lo restante de su vida.

CAPÍTULO XLIII.

Es elegido Definidor, y se explican otras mayores mortificaciones suyas.

Un año solo duró en este priorato; porque habiendo alcanzado Breve del Papa Sixto V en que á la Descalcez la erigia en Congregacion y sus Partidos en Provincias, se convocó el primer Capítulo general en Madrid, para elegir Vicario general y disponer el gobierno, segun ordenaba el Pontífice. Para eleccion de Vicario general, que cayó en el gran Padre Fr. Nicolás de Jesús María Doria, se eligieron antes seis Definidores Consiliarios, que con voto decisivo habian de resolver los negocios de la Congregacion, á cuyo Tribunal dieron nombre de Consulta. Entre los seis salió nuestro santo Padre por Definidor y Consiliario primero. Después de sentar su forma para su ejecucion, señalaron el convento de Segovia. Atendióse entre otras causas á que siendo el Beato Padre el primero que dispuso y desde Granada facilitó la fundacion de aquella casa, era justo que él le diese el complemento por la veneracion en que le tenian sus fundadores D.^a Ana de Peñalosa y su hermano D. Luís de Mercado, oidor del Consejo Real. Ausente el Vicario General en la visita de la Congregacion, quedó nuestro santo Padre por Presidente en la Consulta y juntamente por Prior de aquella casa, en la cual á un tiempo atendia á muchas obligaciones: como Presidente mostró su prudencia, su circunspeccion, su entereza, su neutralidad, con que sin respetos ni temores, sino llevando por norte á Dios, cuidó el aumento y paz de su familia.

Como Prior, además de haber mudado el convento á mejor sitio y comenzado la obra, cuidó la direccion, alivio y aprovechamiento espiritual de sus súbditos. Trabajaba en la obra ayudando á los peones por sus propias manos, como si fuera uno de ellos, dejándonos este ejemplo de tanta humildad. Y hacíalo el Santo Padre con tanto gusto, que era alivio de los demás obreros, así seculares como Religiosos. La vida que aquí hizo fué muy conforme á su acostumbrada penitencia. Tenia por celda el hueco de una escalera, en él su tarima con dos mantas viejas, una tabla asida á la pared le servia de mesa: breviario, Biblia, una cruz de palo y estampas de papel eran todos los adornos de su celda. Tal y tan acomodada la escogió siendo el Prelado de la casa, con ejemplo bien contrario á los que en todo buscan sus comodidades. Sus vigiliass eran tan largas, que admiraban los Religiosos cómo podia sustentar aquella flaqueza con tan poco sueño. Éranlo tambien y muy rigurosas las disciplinas. Y solian (compadecidos de tanto rigor) los que le oían, llevar luz hácia el lugar donde estaba, para que desistiese del ejercicio. Este rigor le nacia de la atenta consideracion de la Santísima Pasion de Cristo, que no apartaba de su alma. En memoria de la hiel y vinagre que en la cruz le dieron, se desayunaba los viernes con alguna cosa muy amarga, y especialmente con ruda. En una Semana Santa le comunicó tanto el Señor del misterio de su Sagrada Pasion, que le quedó traspasada el alma. Sus ojos eran fuentes de lágrimas; su abstraccion tal, que no estaba para tratar con nadie. A los hijos ó hijas muy aprovechados, que no eran sacerdotes, solia aconsejar que no comulgasen el viernes por privarse de los consuelos de la Sagrada Comunión, y que dedicasen aquel dia á sólo padecer en amargura, como lo hace la Iglesia el Viernes Santo.

Otro éxtasis hallamos de nuestro beato Padre, en Segovia, en confirmacion de los sentimientos del primero y muy maravilloso. Estaba un dia orando ante una imágen de Cristo Señor nuestro con la cruz á cuestras, y vuelto en sí de la suspension que le habia causado aquella lastimosa figura, oyó una voz que

saliendo de la misma Imágen le llamó y dijo: *Fr. Juan*. Como el Beato Padre era tan espiritual, y estas hablas y revelaciones sensibles las tenia por sospechosas, no hizo caso, hasta que repitiéndose la voz segunda y tercera vez, y sintiendo ya en el alma los íntimos efectos que no sabe ni puede contrahacer la criatura, respondió, como otro Samuel: *Señor, aquí estoy*. Díjole Su Majestad: *¿Qué premio quieres por lo que por Mí has hecho y padecido?* A que respondió con igual valor que presteza: *Padecer, Señor, y ser menospreciado por Vos*. ¡Oh fuerte y rara petición! ¡Oh pecho valeroso! ¿Quién oyó jamás á tal ofrecimiento y promesa semejante petición? Pide Moisés ver la clara faz de Dios. La Samaritana, el agua de vida eterna. Felipe, que le muestre al Padre. Las primeras sillas, Juan y Diego. Pedro, la gloria del Tabor. Pablo, ser libre de un molesto espíritu. El angélico Tomás, al mismo Señor. Y nuestra gloriosa Madre Santa Teresa, morir ó padecer; pero nuestro santo Padre, con singular y valeroso espíritu ni pide gloria, ni busca descanso, ni admite opcion de trabajo ó muerte, sino que resueltamente pide trabajos y desprecios, y esto por premio de trabajos y desprecios.

CAPÍTULO XLIV.

Admirables efectos de la sublimidad de espíritu de San Juan de la Cruz.

No fueron aquí menos fervientes los ejercicios de oracion que los de penitencia. Era tal y tan continuo el trato que tenia con Dios, que sin poderle divertir las obras exteriores, andaba siempre absorto en lo interior, que era necesario cuando hablaba con alguno hacerse mucha fuerza para atender al negocio, ó usar de algunas particulares diligencias para no del todo transponerse; como apretarse secretamente el cilicio ó cadena de que andaba ceñido, picarse con algun alfiler, y cuando más no podia, cerrado el puño daba con los artejos de los dedos en

la pared hasta desollarlos. ¡Oh espíritu morador del cielo y anegado en Dios! ¿Quién hubo menester tanto cuidado para atender á las cosas divinas, cuanto este Varon contemplativo para advertir á las humanas? Solian preguntarle las monjas, no sin devota curiosidad, ¿qué habia comido en su casa? E importunado con llaneza muchas veces, jamás supo dar razon de lo que habia comido. Otras veces estando con la Madre Priora, que era la Madre María de la Encarnacion muy su hija, solia quedarse suspenso, y á cabo de rato le preguntaba: «¿En qué íbamos de nuestra platica?» Esta virtud y gracia participaban tambien los que trataban con el beato Padre. Especialmente en las pláticas espirituales era tanta la fuerza de su espíritu y dulzura de sus palabras, que los tenia á todos suspensos, ó sentados, ó en pié, como la plática los cogia, y tan atentos á las cosas altas, que ninguno se rebullia ni reparaba en cómo estaba. Aun á los brutos ponía el Señor, para honra de su Siervo, algunas veces esta reverente suspension. Habia en casa un perro grande: solia entrar en el refectorio á buscar de comer. Hizolo una vez, en ocasion que el santo Padre estaba hablando, y los Religiosos tan atentos y colgados de sus palabras, como siempre. El perro se sentó, como suelen sobre los piés, levantado el cuerpo sobre las manos y puestos los ojos en el que hablaba, se estuvo quietísimo hasta que acabó, que se volvió á salir. Dió esto que pensar á los presentes, y lo notaron en las informaciones.

Esta admirable suspension del santo Padre era más larga y profunda cuando solia retirarse á una cuevecita, que halló muy á su propósito dentro del sitio de la huerta. Abrese en la peña tajada de un risco la boca de una pequeña concavidad, donde apenas cabe un hombre recostado. Nido parece de alguna águila, y suelo de nuestra celestial águila San Juan. Allí, hurtado al bullicio del mundo y ocupaciones del convento, gozaba de su amada soledad. Y muchas veces se notó que le rodeaba un escuadron de pajarillos, y haciendo coro ó sustituyendo en su apariencia los Angeles, le daban dulces músicas, que en vez de divertir su atencion se la recogian más y deja-

ban transpuesto en Dios por largo rato. Bajaba de aquí al convento tan endiosado y encendido el rostro, que parecia arrojar llamas y vibrar resplandores como otro Moisés, del consorcio y comunicacion que habia tenido con Dios. De allí tambien bajaba aquellos sentimientos celestiales y como tablas de la ley, con que después en las consultas, pláticas y gobierno de su Religion y de todas las almas que estaban á su cargo, daba divinísimos consejos y preceptos.

Por otra demostracion no menos admirable que la pasada, acreditó Nuestro Señor la santidad de su Siervo. Notaron así Religiosos como seglares, que los años que estuvo en esta casa le asistia una paloma distinta y de mayor hermosura que las demás, con el cuello dorado, y que parecia resplandecer con sus plumas, la cual ni arrullaba ni hacia ruido, ni bajaba á comer, ni hacia compañía con otras, y siempre estaba sobre la celda del santo Padre, ó cerca de ella donde la pudiese ver, significándole su amor, pues no queria perderla de vista. Conferido el caso entre los Religiosos, dijeron que lo mismo habia sucedido en Granada, y que á donde quiera que iba el santo Padre le seguia aquella misteriosa paloma, que sin duda era el Espíritu Santo, que tantas luces esparcia siempre en su alma, en su lengua y en su pluma.

Quien tan asistido se hallaba del espíritu de Dios, no es maravilla fuese visitado de los ciudadanos de su corte, y así sucedió á nuestro beato Padre en este tiempo en su convento de Segovia, estando con su venerable Hermano Francisco de Yepes, el cual habiéndosele muerto todos los hijos que tenia, vino desde Medina á consolarse con el beato Padre. Pusieronse ambos en oracion, y en ella se le apareció su Madre Catalina Alvarez, gloriosa, y en su compañía todos los hijos del siervo de Dios, Francisco de Yepes, tambien gloriosos, con que quedaron ambos consolados.

CAPÍTULO XLV.

De cómo poseyó los dones de profecía y penetracion de espíritus.

Los que muy de ordinario tratan con Dios con familiaridad, lealtad, amor firme y profunda humildad, suelen ser de Su Majestad honrados con la llave dorada de su pecho, que es el don de profecía y direccion de espíritus, en los cuales fué admirable nuestro beato Padre, como se verá en los sucesos siguientes. Harto de esto se ha dicho en otra parte; pero porque sin duda creció mucho en esta ciudad y tiempo, fué justo notarlo aquí. D. Juan Orozco de Covarrubias, arcediano de Cuelar en Segovia, andaba con algunos barruntos y esperanzas de que le habian de dar algun obispado, y dando cuenta de ello al santo Padre, con quien comunicaba las cosas de su alma, le respondió que de ninguna manera le convenia, porque si lo aceptaba serian muy grandes los trabajos y peligros en que se habia de ver. Diéronle después el obispado de Sargentot, y aunque temió aceptó, prevaleciendo el honor presente al recelo futuro. Pasó á Italia, y vióse en tan hondo piélago de aflicciones, trabajos y persecuciones, que se volvió como huyendo á España.

Acudia Francisco de Ureña, barbero del convento, á hacer por su devocion y de limosna la rasura á los Religiosos; iba por el camino pensando entre sí que tenia necesidad de un jubon. Habiendo acabado la rasura llegó el Padre Procurador de la casa y le dió en secreto un jubon de Holanda nuevo, y rehusando él el recibirlo, le dijo: «Vuestra merced lo tome, porque nuestro Padre prior Fr. Juan de la Cruz me manda que se lo dé á vuestra merced,» y con esto le forzó tomarlo. Quedó el buen hombre maravillado de que así le hubiese penetrado el corazon el santo Padre, y con tanta caridad socorrido. Dos

Religiosos del convento de Segovia habian tratado muy en secreto de mudarse á la Cartuja con título de mayor perfeccion, lazo en que de ordinario hace caer el demonio á los inquietos. Llamó el santo Padre á uno de ellos, llamado Fr. Bernabé; descubrióle el secreto y peligro á que se exponian; persuadióle huyese de aquel Religioso, porque estaba tan apoderado el demonio de él que le venceria y despeñaria. Retiróse con esto Fr. Bernabé, y el otro con la mudanza quedó miseramente. A otros dos Religiosos les dijo las palabras de Cristo Señor nuestro: *Ut quid cogitatis mala in cordibus vestris* (1)? Y queriendo ellos encubrir su malicia, el santo Padre les desenvolvió sus corazones, y reprendió el juicio falso que secretamente habian hecho de un Religioso. Estando el santo Padre en su celda le dió Nuestro Señor á entender una grande apretura en que estaba una Religiosa de aquel convento de Segovia, y al punto fué á sacarla de él. Y no sabiéndosela decir, por ser muy interior, le declaró todo lo que sentia, como si lo viera con los ojos corporales.

Otra Religiosa del mismo convento testifica, que confesándose con él, habiendo acabado la confesion, le preguntó si tenia más que confesar. Respondióle que nó. Y replicóle: «Mírela bien, hija, y acuérdesese de esto y esto.» Quedó admirada; conoció su olvido, y confesó la falta. Muchos casos semejantes á los dichos se refieren que le pasaron con personas, no sólo presentes, sino ausentes, Religiosos, Religiosas y seglares; avisándoles desde Segovia lo que les importaba para su remedio ó para su consuelo; deshaciendo las marañas y lazos que el demonio les armaba. De suerte, que podemos decir haber sido un lucero, que en las tinieblas de la vida á todos alumbraba y á todos beneficiaba.

De otra manera harto maravillosa socorria el santo Padre á las almas. Trajo Nuestro Señor á la Religion una mujer noble en la flor de sus años. Sintió el demonio mucho esta mudanza, por ser el sujeto muy á propósito para cebo de sus lazos, y

(1) Matth. ix.

así le hacia notable guerra contra los propósitos de la castidad, para que no la profesase. Comunicábala nuestro santo Padre, y estando ella abrasándose como en un fuego infernal, en poniendose delante de él se le apagaba todo aquel incendio. En apartándose de aquel varon castísimo volvía la llama sensual y cruda batería del demonio. No hallaba otro remedio la triste sino contemplar como presente al que con sola su presencia le sanaba. ¡Oh maravillosa virtud y eficacia de aquella celestial pureza del santo Padre Fr. Juan! Cesaba luego con esta representacion toda otra representacion menos limpia, y así en cualquier aprieto de esta guerra acudia á la memoria de aquel varon purísimo. Fué cosa muy rara que la llama sensual de una mujer hallase defensa á su limpieza en la vista ó representacion de un varon. Otro tanto le sucedió á un prebendado de la catedral de Segovia, el cual por esto solia decir serle comunicado á este varon santo el privilegio que le fué concedido á la Sagrada Virgen, Nuestra Señora, de que pegase pureza con su vista.

CAPÍTULO XLVI.

Le dejan sin cargo alguno y se retira al Santuario de la Pañuela.

El nuevo gobierno que el Vicario general introdujo, reduciendo á una consulta de seis Definidores las causas graves y aún menudas, así en monjas como en frailes, turbó gran parte de la familia, notándolo de nuevo y extraordinario. Revueltos los humores no pudieron dejar de causar en el cuerpo alteracion, y cada parte solicitar su remedio. Las monjas más sensibles, no pudiendo disimular sus quejas, aconsejadas de algunos extraños con buena intencion, aunque no bien regulada, consiguieron Breve para huir la sujecion á la consulta y elegir un Comisario general, que independientemente de los demás

Prelados las visitase y dirigiese. Desdijo esta novedad tanto al Vicario general y á los demás Prelados, que entre otras diligencias hicieron dejacion del gobierno de las monjas en manos del Sumo Pontífice. El beato Padre, ya con el amor que tenia á Santa Teresa, ya con el temor de que se le fuesen de la Orden sus Hijas, no le sufrió el corazon dejarlas en tanto riesgo. Abogó por ellas y procuró disculparlas. Con lo cual y haberse divulgado que las monjas querian al santo Padre por Comisario para su nueva direccion, se hizo sospechoso al Capitulo, y por serlo, quando á los 6 de Junio del año siguiente de 1591 se celebró en Madrid el general, en que acababa de primer Definidor, le dejaron sin oficio por cerrar la puerta á la esperanza de las monjas, por si intentaban otra novedad en el gobierno. Esta en lo exterior fué la causa para dejar desocupado al santo Padre; pero la interior fué el cumplirle el Señor la peticion que le habia hecho tantas veces de que no muriese siendo Prelado, y así lo reconoció el santo varon, pues, viéndose sin oficio y entendiendo que ya su fin se acercaba, procuró irse á parte donde le cumpliese las otras dos peticiones de padecer más por su amor, y morir á donde menos fuese conocido.

Mucho sintieron el Vicario general y los demás Capitulares lo mismo que habian decretado, porque todos reconocian al santo varon por inculpable en estas y otras materias, por lo cual, no queriendo que del mal consejo de las monjas el Santo llevase el castigo, le instaron mucho á que volviese á gobernar la casa de Segovia, mas el beato Padre estaba tan contento con su retiro, que no sólo del gobierno, sino áun de España, donde era tan conocido queria retirarse, y así, ofreciéndose en esta ocasion pedir doce Religiosos para la provincia de Indias, él se ofreció á ir con mucho gusto. No se efectuó el pasar por Provincial (como algunos intentaron) á las Indias, porque lo llamaba el Señor á las del cielo. En tanto que esto se resolvia, le pidió el Vicario general que se llegase á Segovia, deseoso de que, ó el ser fundacion suya, ó la instancia de los fundadores, ó lágrimas de las hijas espirituales, le obligarian á que se

encargase del gobierno. Pasó á Segovia, pero con facilidad se resistió el Santo por hallarse tan señor de sí y muy superior á todo respeto humano. Despedidos de todos y de todo, se retiró al santuario de la Pañuela, seis leguas de Baeza en Andalucía, donde fué recibido como Angel del Señor y enviado para consuelo y edificacion de todos sus moradores. Renovóse el sitio con su presencia y con su doctrina floreció la soledad. Redujo su vida á una tarea continuada de retiro y oracion. Por las mañanas, después de cumplir con el coro y decir Misa, y las tardes, dichas Vísperas, se salia por los montes, y si no lo permitia el tiempo se recogia á la celda, donde ya sentado, ya de rodillas, ya en cruz, perseveraba, unas veces orando, otras escribiendo, hasta que la campana lo llamaba á los actos de comunidad, á que acudia el primero.

No quiso el Señor, que se habia encargado de su honra, dejar de calificarla en esta soledad con nuevos resplandores y maravillas, de las cuales entresacaré dos, que fueron muy publicadas y patentes. Levantóse á deshora sobre el sitio una tan furiosa tempestad, que el cielo, cubierto de espesas nubes, atemorizaba á la tierra con truenos, rayos y tanta piedra, que temieron habia de asolar todos los campos. El santo Padre, viendo la turbacion de los Religiosos y descubriendo desde un corredor á los autores que la causaban se sonrió, y saliendo al medio del claustro, á vista de la Comunidad, se quitó la capilla, y mirando al cielo hizo con ella cuatro cruces hácia las cuatro partes del mundo, y fué efecto tan sensible, que como si cortaran las nubes con un cuchillo se dividió en otras cuatro partes el nublado, el cielo se serenó y la tempestad quedó deshecha. Causó gran admiracion en todos, y aunque el milagro no les hizo novedad, notaron el instrumento, y que un pedazo de sayal, por ser hábito del beato Padre, así deshiciese la potencia del infierno.

CAPÍTULO XLVII.

Otros milagros de San Juan de la Cruz, y
relacion de sus escritos.

Ya hemos visto á nuestro beato Padre obrar milagros en la tierra, en el agua y en el aire: falta que le veamos en el fuego, para que se corone vencedor en todos cuatro elementos. El caso sucedió de esta manera. Tenia aquel convento un pedazo de huerta y olivar cercado del mismo monte y malezas, y fuera de él algunas hazas de siembra para sustento de la casa y Religiosos, que como vivian en soledad se valian de su trabajo é industria. El Hermano que las cuidaba, temeroso de las quemas de los montes, que los pastores suelen hacer por el estío, y que si prendian en los rastrojos, podria ser que peligrasen el olivar y el convento, previniendo el daño un dia en que corria aire contrario pegó fuego á los rastrojos. A poco espacio, volviéndose el aire contra el sitio, levantó tanto las llamas, que sin hallar resistencia se venian á arrojar sobre el olivar y convento. El Hermano con la turbacion avisó á los Religiosos.

Acudieron todos, y poco después el santo Padre Fr. Juan de la Cruz, el cual, viéndoles tan turbados, les dijo con aquella milagrosa confianza que tenia en Dios Nuestro Señor: *Vamos delante del Santisimo Sacramento, que El nos remediará.* Acudieron todos, y haciendo una breve oracion se levantó el santo Padre, y tomando el hisopo y acetre del agua bendita, se puso entre la cerca y el fuego, cuyas llamas más furiosas, pasando por encima del Santo, llegaban ya á lamer los sarmientos de la barda, con que á poco espacio perdieron al Santo de vista. Pasmáronse los Religiosos, mas el santo Padre con su humildad, luchando con Dios y con su oracion contra el infierno, consiguió la victoria y se comenzó á mostrar en dos maravillas singulares. La primera, que emprendiese el fuego en las jaras

y sarmientos de que se componia la cerca (á semejanza de la zarza de Moisés) y no los quemaba ni ofendia. La segunda, que descaeciendo de su presuncion las llamas, vieron al santo Padre en medio de ellas elevado en el aire casi dos varas distante de la tierra, y que pisándolas como triunfador, poco á poco se fué bajando, sin traer lesion en su persona, ni olor de fuego en sus hábitos (como los tres niños en Babilonia) y se vino muy sonroseado y alegre hácia los Religiosos. Fuéronse todos juntos á la iglesia para dar gracias á Su Divina Majestad por aquel tan grande beneficio. Hallaron allí una liebre, que se habia ido á guarecer del fuego; y huyendo de los demás Religiosos, que la querian coger, se fué á amparar del beato Padre y se le metió por el hábito. Dióle el Santo libertad, y andando otra vez los Religiosos tras ella se volvió tantas veces al mismo amparo del siervo de Dios, que se tuvo por cosa notable y misteriosa; creyendo todos queria Nuestro Señor significar con aquello la inocencia de aquel bendito varon; y que no solamente le reconocia el fuego como á Elías, sino tambien los animales, como á Adán en su primer estado.

Si apagó este incendio, otro mayor encendió en las almas, que nunca se apagará, con sus celestiales escritos. Dióles la última mano en esta soledad, y así es justo que aquí demos sus noticias. Como el santo Padre estaba tan iluminado y tenia tanta práctica de la contemplacion sobrenatural, le rogaron algunos de sus frailes y monjas se la diese por escrito, dejándoles su espíritu en herencia, para que no sólo ellos, sino sus sucesores en la Religion gozasen su magisterio. Movido de estas instancias compuso algunos libros ó tratados. Al primero intituló: *Subida del Monte Carmelo*. Al segundo, *Noche oscura*, los cuales comenzó á escribir en el monasterio del Calvario. Al tercero, *Cántico espiritual*, que como arriba dijimos compuso en la carcelilla de Toledo; y comentó en nuestro convento de Granada á petición de la venerable Madre Ana de Jesús, carmelita descalza, á quien lo dedica; como consta del mismo original escrito de mano del mismo santo Padre, que por insigne reliquia se conserva en el convento de nuestras Religiosas des-

calzas de Jaen. Al cuarto, *Llama de amor viva*, el cual explicó á instancia de otra gran sierva de Dios, hija espiritual suya, llamada D.^a Ana de Peñalosa. Además de los dichos, que son los principales, escribió el Santo otros breves tratados. 1.^o *Cautelas espirituales para los Religiosos, contra los tres enemigos del alma*. 2.^o *Cartas á diferentes personas*. 3.^o *Sentenciarío espiritual*. 4.^o *Algunas devotas poesías á diferentes asuntos*. 5.^o *Espinas del espíritu*, que asimismo escribió en el Calvario para la direccion de sus Religiosas del convento de Veas. 6.^o *Reglas para discernir los milagros verdaderos de los falsos*, que se ha perdido con el tiempo y escribió el beato Padre en este santuario de la Peñuela, con ocasion de los milagros que obraban las santas imágenes que hay en nuestro convento de Guadalcazar.

CAPÍTULO XLVIII.

Sufre la envidia de algunos y pasa al convento de Ubeda.

Al mismo tiempo que Nuestro Señor estaba con milagros publicando á su siervo por Santo le andaba infamando la envidia por pecador. Siendo Provincial hubo dos predicadores que tuvieron asiento entre los mayores de España, y éstos tomó el Señor por artífices de su corona. El primero fué el P. Fr. Diego Evangelista; que sentido de que el santo Padre le hubiese ido á la mano en las demasiadas licencias que por su púlpito de todos celebrado pretendia, le cobró tan errada y fuerte oposicion, que viéndose ahora Definidor general, con ocasion de encomendarse al Definitorio averiguase en tres ó cuatro conventos de Andalucía algunos puntos acerca de un Religioso, procuró extender la comision (que no hay arroyo, aunque corra turbio, que no anhele por dilatar más sus márgenes) y llevando comision para uno hizo tambien informacion contra el beato Padre; y con tan ciego empeño, que examinó casi todos

los conventos de la provincia. Si excedió en la comision no fué menos en el modo, pues por desdorar al santo Padre hacia preguntas tan indignas de su santidad, que luego se conoció su ponzoña; tanto, que se atrevió á decir que habia de echar de la Orden al que la fundó.

Los Religiosos resistieron aclamando al Padre comun. Las monjas, aunque dijeron lo mismo, como más sencillas, no creyendo que tambien la pasion suele vestirse de sayal y anda con los piés descalzos, no atendieron por entonces á la mucha del visitador, aunque repararon que el secretario no escribia puntualmente sus dichos, con que torcidos y esponjados del informante, juzgó que bastaban para una rigurosa penitencia. Concluida la informacion la remitió al Vicario general, el cual indignado, arrojando la informacion en el suelo, dijo: *Ni el Visitador tenia comision para entremeterse en esto, ni lo que aquí pretendió inquirir cabe en el P. Fr. Juan de la Cruz.* Habiendo castigado la informacion con su desprecio, dejó para el Capítulo el penitenciar al visitador. Murió poco antes del Capítulo nuestro P. Fr. Nicolás, y sucediéndole nuestro P. Fr. Elias de San Martin, hizo cargo al visitador de sus excesos y lo penitenció; y para perpetuo olvido mandó quemar delante de si la informacion, abominando hubiese en la Religion quien como otro Can, hijo de Noé (1), no ya descubriese, sino fabricase desdoras contra su Padre. Este castigo juzgaron por bastante los hombres, y viéndole ya mortificado, procuraron algunos patronos que tenia en el Capítulo, le eligiesen Provincial de la Andalucia alta, por no enterrar hombre de tan buenos talentos. Con esto salió electo Provincial, aunque con displicencia de muchos y tanta del Señor, que llegando la nueva á Granada se puso en oracion la muy venerable Madre Beatriz de San Miguel, y quejándose de que hubiesen de recibir como Padre de la Provincia al que habia perseguido al de la Religion, la consoló Su Majestad, y dijo: *No tengas pena, que no entrará en Granada sino muerto.* Presto se experimentó, pues llegando á Al-

(1) Gen. vi.

calá la Real le dió tan fuerte enfermedad, que en término de dos dias lo despachó, y muerto lo llevaron á enterrar á Granada. Así castigó Dios á quien perdonaron los hombres. De esta manera iba cumpliendo Su Majestad la segunda petición que le habia hecho de darle en qué padecer por su amor. Experimentólo en su honra y quiso que se doblasen las pruebas con la última enfermedad, para darle el galardón más cumplido. Envióle unas calenturas que le derribaron en la cama, y originándose de ellas una grande inflamación de la pierna derecha puso á todos en cuidado. Instaba el Prior se fuese al colegio de Baeza, que habia fundado, por ser casa más llena, y el Padre Rector muy hijo suyo, y nó al convento de Ubeda, nuevo y mal acomodado, donde era Prior el otro célebre Predicador, y muy opuesto al santo Padre. Mas como él deseaba padecer y halló en Ubeda la feria, eligió el ir á aquella casa, á donde habia de padecer más y era menos conocido. Con el movimiento del camino creció la inflamación é iba con notable fatiga. Llegando al puente del río Guadalimar le dijo el Hermano que le acompañaba: «A la sombra de este puente podrá V. R. descansar un rato y comer un bocado.—*Sí, descansaré (respondió el enfermo) porque llevo necesidad, pero tratar de comer es excusado, porque tengo total inapetencia.* Replicó el Hermano: «¿Es posible que nada apetezca V. R.?» A que respondió: *Sola una, que son unos espárragos, pero en este tiempo (era á fin de Setiembre) no es posible hallarlos.* Estando el compañero con esta aflicción y mirando al río, vieron los dos dentro de él una peñuela y encima de ella un manojito de espárragos muy frescos; sacólos el Hermano, admirólos el Santo Padre, y por mucho que procuró disimular la novedad, no pudo negar habia sido milagrosa.

CAPÍTULO XLIX.

Nuevos sufrimientos del Santo y heroica
paciencia con que los soporta.

Llegando á Ubeda fué recibido del Prior con poco agrado y con mucho de los demás. Pero el camino de suerte agravó la enfermedad, que el humor, bajando á la pierna, á otro dia reventó por cinco bocas en forma de cruz, dejando la mayor sobre el empeine del pié. De todas salia tanta materia que llenaba las escudillas, y cundiendo por todo el cuerpo hizo en él bolsas de humor corrompido, particularmente en ambas pantorrillas. Este accidente y continua calentura le causaron tal flaqueza, que no se podia rodear en cama, sino es asiéndose de una soga, como otro San Jerónimo, y ayudado de los enfermeros. A su rigor excedia su paciencia y á todo lo que mostró en lo recio de su cura. Abrióronle desde el empeine del pié hácia arriba por la espinilla, más de una cuarta, de modo que se le descubrió la canilla de la pierna, con tal tolerancia en el enfermo, que admiró al cirujano, á quien después dijo con alegre serenidad: *Si es menester cortar más córtese muy en hora buena, y hágase la voluntad de mi Señor Jesucristo, que yo estoy dispuesto para lo que Su Majestad mandare y ordenare de mí.*

Solia decir cuando le apretaban más los dolores: *Hæc requies mea in sæculum sæculi* (1): «Esta es mi quietud y descanso para siempre,» que es un modo de significar el deseo que tenia de padecer bien extraordinario, llamando á los dolores su descanso y como bienaventuranza. Daba un dia gracias al Señor porque le habia sembrado todo el cuerpo de llagas, y especialmente porque en las cinco que tenia en sólo el pié, habia querido darle un recuerdo de las suyas sacratísimas.

(1) Ps. cxxxI.

A este dolor del cuerpo se recreció á nuestro segundo Job el desagrado del Prior; que como su mujer al primero le entraba en el alma las amarguras, y pudo decir con David: *Que sobre la enfermedad y llagas que le habia dado el Señor añadieron otras de nuevo* (1). Sus visitas eran de juez, sus palabras de apasionado y sus obras tan de riguroso, que no sólo no le daba más que un poco de carnero, sino que le prohibia que de fuera le regalasen, diciendo que bastaba el tomar carne para la enfermedad que tenia. Finalmente, por saber que esta sequedad la sentian y censuraban los Religiosos, mandó que ninguno entrase en su celda, echando la llave á su rigor y el Santo al sufrimiento. Estilo tan inhumano, y más en un Religioso y Prelado y con Padre tan benemérito, no podian nacer de su natural, aunque estuviese muy apasionado y ofendido; porque la compasion es compañera de nuestra humanidad, y el sumo rigor es herencia de los brutos: y así me persuado que el Señor concedió larga potestad al demonio para probar á nuestro Santo Job, y él viéndose con la licencia tomó semejantes instrumentos: y todos, en vez de vencer, hicieron más ilustre la victoria.

Tal conformidad con la voluntad de Dios, tal sufrimiento en sus dolores no pudieron estar ocultos mucho tiempo: publicáronlo cirujanos y Religiosos, y su noticia dispertó á muchas personas devotas para que acudiesen al enfermo. D.^a Clara de Benavides, señora principal, se encargó de enviarle la comida. Otras enviaban hilas y lienzo, é Inés y Catalina de Salazar, doncellas virtuosas, tomaron lavar los paños y vendas, teniendo cada una su mayor alivio en su trabajo. Ya los Religiosos habian hecho propio al santo provincial Fr. Antonio de Jesús, que vino á toda prisa. Informado del estado de la enfermedad, y sequedad del Prior, después de haberle reñido ásperamente dijo: *Abran, Padres, esas puertas, para que no sólo los Religiosos sino los seglares entren á ver este espectáculo de santidad, y queden admirados con su admirable paciencia.* Efecto fué de ella la

(1) Ps. LXVIII.

reduccion del Prior, porque quitándole Dios las cataratas que la pasion le habia puesto en los ojos, comenzó á venerar á quien antes perseguia. Acudia á visitarle y á pedirle consejo en muchas ocasiones; en las cuales el Santo sin darle muestras de sentimiento de lo pasado, respondia lo que el Señor le daba á entender. De aquí se originó gran paz en aquel convento: porque los rigores sin propósito y sequedades del Prior la habian ahuyentado. Y vez hubo que por esto y por otros muchos beneficios temporales que vió entrar por su casa, arrodillado delante de la cama, derramando lágrimas pedia al Santo le enseñase cómo habia de proceder con los Religiosos: y después de la muerte se lamentó mucho por haberse dejado llevar de su condicion adversa en mortificacion de tan gran Padre: y veneró grandemente sus reliquias, llevándolas con grande fe á los enfermos, en quien vió por experiencia efectos milagrosos.

CAPÍTULO L.

Notables circunstancias de la última enfermedad de San Juan de la Cruz.

Con la presencia del Provincial y reduccion del Prior tuvieron mano los particulares para acudir á su santo Padre, y entre otros alivios solicitaron traer unos músicos para que le entretuviesen y aliviasen. Resistiólo una y otra vez diciendo: *No es justo mezclar con los regalos de Dios otros del mundo.* Mas instado tercera vez, por no contristar á quien amaba, los admitió, y en tanto que duró la música estuvo el Santo tan suspenso y tan ocupado en su interior, que vuelto en sí y preguntado qué le habia parecido la música, dijo: *No la oí, porque otra mejor me ha tenido ocupado en este tiempo.* Queriendo el Señor que los Angeles la diesen al que estaba ya de partida para cantar en sus coros, y con esta confianza añadió: *Satiabor*

cum apparuerit gloria tua (1). En ambos casos es mucho de notar por una parte la apacibilidad y agradecimiento del beato Padre, que no se atrevia á negar lo que por darle gusto le pedian sus hijos, aunque no gustase él de ello, siendo lícito; y por otra la gran fortaleza de su ánimo, tan entregado al padecer, que no podia sufrir cosa que se lo disminuyese; y así por beber más puro el cáliz que le ofrecia el Señor, ó mandaba despedir la música ó abstraia los sentidos de ella, acogiéndose á la cruz de Cristo, en la cual deseaba acabar sin alivio alguno, á imitacion suya.

Compadecidos y edificados de él, todos los Religiosos entraban á su celda á contemplar aquel retablo de dolores, considerándole tendido y lleno de llagas en aquella cama con la paciencia de otro Job, para cuya viva representacion sólo (decian) le faltaba la teja con que raer la podre. Pero el humildísimo Padre, con muy contrario pensamiento, no consentia se hiciese caso de sus males, y mucho menos que se hiciese misterio de lo que en ellos padecia: y como respondiendo á lo que por ventura leía en los corazones de sus hijos, acordándose muchas veces del ejemplo de aquel gran Patriarca, y repitiendo aquellas palabras (2): *Testa saniem redebat sedens in sterquilinio*, decia: «Aquello sí que era padecer, Padres míos, arrojado en un muladar, raer con una teja la podre de sus llagas; pero yo en vez de muladar estoy en una cama blanda, y en lugar de la teja me limpian las llagas con hilas y paños suaves. ¿Qué tiene que ver esto con aquello? Nada es lo que padezco: muy blanda es para conmigo la mano del Señor: no su mano, sino un dedo suyo, y ese muy suave, apenas me ha tocado.

Algo más de la paciencia, que era el testimonio mayor de la santidad de nuestro enfermo, se comenzó á manifestar y á divulgar por la ciudad con algunas maravillas que Nuestro Señor obraba con él y por su medio. La primera y muy nota-

(1) Ps. xvi.

(2) Job, ii.

ble era la calidad de aquella materia que salia de sus llagas: la cual con ser en tanta cantidad, que bastara (si oliera mal) á inficionar todo el convento, olia tan bien, que antes causaba alivio y consolacion, así el olor como la vista: y era tal su virtud, que con ser efecto de corrupcion, tenia eficacia de sanar. El Hermano Fr. Diego de Jesús, enfermero del santo Padre, depone estas palabras: *El día que le abrieron la pierna, á que yo me hallé presente, recogieron en una porcelana la sangre y materia que de ella salia. La cual tomé yo en mis manos, y llegándola á oler, dije: esta no es materia, y bebi dos tragos, y se me quitó un dolor de cabeza que padecía por aquellos dias.* Más á pechos tomó su devocion, aunque pareció golosina, otro Religioso, que encontrando una escudilla llena de dichas materias, y pareciéndole en el color ser alguna salsa de mostaza, y por el buen olor que estaba hecha con primor, comenzó á probarla hasta que sin asco se la bebió toda saboreado del gusto.

La experiencia de Inés y Catalina de Salazar subieron de punto la maravilla: lavaban las vendas y paños que servian al bendito Padre, y testificaron que traían estas vendas un olor celestial que era de subidas flores, y su tacto les daba un interior consuelo. Comprobóse esto en una ocasion en que con la ropa del santo Padre llevaron la de otro enfermo, y recibéndola Inés de Salazar, dijo á su madre: «O el Padre Fr. Juan de la Cruz tiene algun accidente mortal ó con estos paños vienen los de otro enfermo.» No se engañó, porque volviendo el Hermano que los habia traído, dijo que con la ropa del beato Padre venia la de otro Religioso, las cuales por el olor fué fácil el apartarlas. A estas maravillas sucedió la cuarta y no menos admirable, porque buscando las señoras y caballeros lo que habian menester en sus casas de regalo no lo hallaban, mas si era en nombre y para regalo del beato Padre al punto daban con ello. ¡Qué mayor maravilla que hacerse Dios procurador y preparar lo que habia de servir á la enfermedad de su amigo!

CAPÍTULO LI.

Hechos edificantes que precedieron á su muerte.

Es preciosa en los ojos de Dios la muerte de sus Santos; porque fué primero ante El muy preciosa su vida, y de ordinario se corresponden vida y muerte. La de nuestro santo Padre fué preciosísima á los ojos de Dios, á quien habia sido su vida siempre agradable, y así ahora la coronó con un dichoso fin. Habia como dos meses y medio que estaba enfermo, creciendo cada dia el mal y apretándole con el extremo que queda dicho. Llegó de esta suerte á la víspera de la Purísima Concepcion de Nuestra Señora, 7 de Diciembre, dia sábado, y avisado en él por la Sacratísima Virgen que habia de morir en el siguiente, preguntaba cada dia el que era. Hallóle en uno de éstos el médico tan de peligro, que dijo le diesen luego el Viático porque moriria presto, mas él respondió que aún no era tiempo, y que avisaria cuando lo fuese, y entre tanto comulgaria por devocion, como solia hacerlo en toda la enfermedad á segundo dia: pero á las nuevas de su muerte que le dió el médico respondió muy alegre con aquel verso de David (1): *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.* Y añadió: «Ya con la buena nueva nada me duele,» tan buena es la de la muerte para el justo.

Llegado el jueves pidió le trajesen el Santísimo Sacramento por viático, el cual recibió con gran reverencia, devocion y ternura á la misma hora que el Señor lo habia por nuestro bien instituido y recibido. Viendo los circunstantes que el enfermo iba caminando por momentos, deseosos de quedar con alguna prenda suya para tenerla como reliquia, le pidieron

(1) Ps. cxxi.

que les repartiase sus alhajas, que eran el hábito, rosario, breviario y correa de que usaba, á los cuales con gravedad y recogimiento respondió: *Yo soy pobre y no tengo alguna cosa propia; todo es de mi Prelado; pidanselo á él.* Envióle entonces á llamar, y con gran humildad como si el Prior fuera el ofendido, le rogó le perdonase los cuidados y pesadumbres que en aquella enfermedad le habia dado; y añadió: «Ruego á V. R. por amor de Dios me mande dar un hábito de limosna para que me entierren con él.» Quedó el Prior tan conpungido de las palabras y afecto humilde del santo Padre, que derramando muchas lágrimas le concedió lo que pedía.

Viernes 13 de Diciembre, día de Santa Lucía, preguntó qué día era, y como le respondiesen que viernes, no preguntó más por el día sino muy á menudo por la hora. A la una, después de medio día, habiendo preguntado qué hora era y respondiéndole que la una, se declaró diciendo: «Lo he preguntado porque, gloria á mi Dios, tengo de ir esta noche á cantar Maitines al cielo.» Desde esta hora comenzó á recogerse y suspenderse más. Tenía de ordinario los ojos cerrados, y de cuando en cuando los abría poniéndolos amorosamente en un Crucifijo que tenía al lado. Entró á verle el santo viejo provincial fray Antonio de Jesús, y hallándole muy congojado le quiso consolar diciendo: que se alegrase mucho, que ya se llegaba el tiempo para gozar el premio de lo mucho que habia trabajado en su compañía, dando principio á la Reforma y vivido con los fervores en servicio de Nuestro Señor que todos tenían conocido. A lo cual tapándose los oídos con ambas manos, como divino áspid á la voz de aquel encanto, dijo con voz clamorosa: *No me acuerde eso V. R., sino mis muchas culpas y pecados, y que sólo tengo para satisfacer por ellos la Sangre y merecimientos de Jesucristo, en quien solamente confío.* Entró poco después otro Religioso llamado Fr. Agustín de San José, ignorante de lo que habia pasado, y queriéndole también consolar le dijo, que presto se acabaría aquel padecer, y le pagaría Nuestro Señor lo que por El habia trabajado. Pero con el mismo brio y humildad, arrojando de sí aquel consuelo, le respondió: «No me

diga eso, Padre, que le certifico que no he hecho obra que no me esté ahora reprendiendo,» con lo cual se volvió á su ejercicio y recogimiento interior.

A las cinco de la tarde recibió la Extremaunción con gran ternura, atendiendo á todas sus ceremonias. A las nueve, habiendo preguntado y sabido qué hora era, exclamó, *que aún me faltan tres horas*, y añadió con humilde sentimiento: *Incolatus meus prolongatus est* (1). Oyendo tocar á las diez una campana, y diciéndole era de un convento de monjas que tocaban á Maitines, dijo: *Yo tambien, por la bondad de Dios, los iré á decir con la Virgen en el cielo*. Y hablando con Ella decia: *Gracias os doy, Reina y Señora mia, por este favor que me haceis en querer que salga de esta vida, sábado, que es vuestro dia*. Cercano ya á las once se sentó en la cama, como si estuviera sano, y dijo: «Bendito sea Dios, y qué ligero que estoy.» Habia dicho á la Comunidad se recogiese, que él avisaria á su tiempo, y quedándose con algunos Religiosos y devotos seglares, les pidió le ayudasen á bendecir y alabar al Señor.

CAPÍTULO LII.

Muerte gloriosísima del Santo.

A las once y media pidió llamasen á los Religiosos. Acudiendo todos, se hincó el Provincial y los demás de rodillas, y le suplicaron (como sus discípulos á San Martin) les echase su bendicion, pues con su ausencia les dejaba tan desconsolados. Excusábase el Santo con su humildad, pidiendo á su reverencia se la echase, pues era Prelado de todos. Al fin se rindió al ruego del Provincial y lágrimas de los presentes, y echando su bendicion en aquellos Religiosos á todos sus sucesores, espe-

(1) Ps. CXIX.

ramos que su mano ha de ser el mostrador de nuestras dichas. Pidió le leyesen algo del libro de los Cantares, de que él era muy devoto. Hiciéronlo así, y oyendo aquellas amorosas sentencias, enternecido las repetia, y dijo: «¡Oh qué preciosas margaritas!» Poco antes de las doce dió á un seglar que estaba allí cerca, muy su devoto, el Cristo que tenia en las manos, y metiendo ambos brazos debajo de la ropa, él mismo con mucho sosiego y aseo se compuso y aliñó todo el cuerpo. Hecho lo cual volvió á pedir el Cristo, y al dársele quien le tenia, como le besase por fuerza la mano, dijo el Siervo de Dios: «No se lo hubiera dado si creyera que tan caro me habia de costar.»

Era ya muy cerca de las doce, y embebidos los Religiosos en ver aquel venerable espectáculo de santidad, se olvidaban de acudir á la campana, pero el santo Padre, hasta entonces celoso de la Observancia, lo acordó diciendo: «Ya se llega la hora de tañer á Maitines, vayan á la campana.» Fué un Hermano, y en este medio volviendo á sosegar y estando en profunda quietud y suspension, le rodeó súbitamente un globo grande de luz como de un fuego muy resplandeciente y hermoso, cuya claridad ofuscaba la de más de veinte luces que ardian en la celda: en medio de esta gran llama, que á modo de un sol le cercaba en torno, se veía estar como ardiendo en resplandores aquel abrasado Serafin, renaciendo allí, cual fénix divino, á mejor vida. A esta sazón (dando las doce de media noche y sonando la campana del convento) preguntó á qué tañian, y respondiéndole que á Maitines, pasó blanda y amorosamente los ojos por todos los circunstantes, como despidiéndose de ellos, y dijo: *Al cielo me voy á decirlos.* Y luego, llegando sus benditos labios á los piés del Crucifijo que tenia en las manos, cerrando ojos y boca sin alborotos, visajes ni agonías, sino con una tranquilísima paz y sosiego de alma y cuerpo, entregó blanda y suavemente su espíritu al Señor, diciendo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum* (1). Con que espiró al principio del sábado, el mismo día y hora que él habia dicho,

(1) Ps. xxx, 6.

que fué el 14 de Diciembre del año del Señor de 1591, á los cuarenta y nueve de su edad y veinte y ocho de Religion, de los cuales habia empleado los cinco primeros en la observancia del Cármen Calzado y los veinte y tres últimos en su Reforma.

Era nuestro beato Padre de estatura entre mediana y pequeña, bien trabado y proporcionado el cuerpo, aunque flaco por la mucha y rigurosa penitencia que hacia. El rostro de color trigueño, algo macilento, más redondo que largo, calva venerable con un poco de cabello delante. La frente ancha y espaciosa, los ojos negros con mirar suave, cejas bien distintas y formadas, nariz igual que tiraba un poco á aguileña, la boca y labios, con todo lo demás del rostro y cuerpo, en debida proporcion. Era todo su aspecto grave, apacible y sobremanera modesto, en tanto grado, que sola su presencia componía á los que le miraban, y representaba en el semblante una cierta vislumbre de soberanía celestial que movia á venerarle y amarle juntamente. Así acabó aquel gran Descalzo; aquel que dió principio á nuestra Reforma; aquel Doctor místico por ilustracion del cielo y experiencia de divinos favores; aquel que encaminó innumerables ánimas á Dios con su doctrina y ejemplo, y todavía encamina; aquel inmaculado en la vida, ilustrado del cielo, tremendo á los demonios, amable á los Angeles y tiernísimamente amado de Cristo y de su Madre. Quedó su rostro hermoso y apacible, colorado y encendido, y con una claridad y blancura á modo de resplandor, como él fuese de suyo algo moreno y poco antes estuviese por la enfermedad desfigurado y macilento. De donde creyeron y lo dijeron á voces los circunstantes haber muerto con algun acto fervorosísimo de amor de Dios. Sintióse luego en acabando de espirar una suavísima fragancia que despedía el cuerpo de sí, la cual se esparció por todo el convento, y los que se hallaron presentes sintieron en sus almas un particular consuelo y alegría mezclado de ternura y devocion. Llegaron todos á besarle de rodillas los piés y manos, como de cuerpo santo, y á tomar cada uno lo que podia de sus pobres vestidos y ropa que le habia servido.

CAPÍTULO LIII.

Prodigios acaecidos estando de cuerpo presente.

En comenzando á clamoear la campana fué tal el concurso de gente que acudió á las puertas, que con ser la una de la noche, en tiempo de invierno y estar lloviendo, fué necesario abrirlas por no contristar á los muchos que acudieron. La devocion en los seglares vencía el cuidado de los Religiosos, y llegando á besarle las manos y los piés, aquel se tenia por más dichoso que podia alcanzar alguna reliquia suya. Entre los demás acudió un carpintero que se decia Iruela, que á grandes voces pedia le dejasen ver al Santo. Fué la ocasion que estando acostado con cierta mujer ajena y durmiendo en su delito, llegaron á matarle personas interesadas en la ofensa, y al mismo tiempo le despertó, sin saber quién, y dijo que se pusiese en cobro que él le ayudaria á librarse de las espadas de sus contrarios, y que esta merced se le hacia por intercesion de un Religioso que acababa de morir en el convento de los Carmelitas descalzos. Levantóse de presto, y rompiendo por entre las espadas desnudas se escapó, y saltando de la casa por una pared de cinco varas de alto sin recibir daño alguno llegó al convento á dar las gracias á su bienhechor, y debiendo á su intercesion la vida la mejoró en adelante: y acudia muy de ordinario á la sepultura del santo Padre á encomendarse á él, diciendo á todos los que preguntaban la causa de frecuentarla: «Debo mucho á este Santo.» En lo cual parece podíamos decir que quiso Dios nuestro Señor honrar la muerte de su Siervo, con alguna manera de semejanza á la de su Hijo sacratísimo: pues como á la de Cristo Señor nuestro fué concedida la salvacion del buen ladron, como por prenda y principio de tantas almas que por virtud de aquella muerte preciosísima se habian de salvar; así

á la muerte de este su verdadero retrato Juan fué concedida la vida corporal y espiritual de aquel hombre como prenda y principio de las muchas que por su intercesion y medio habian de ser ayudadas para que se librasen de la muerte corporal y eterna.

Luego que por la mañana se divulgó más la muerte del Beato Padre, acudió tanta gente que no cabia en la iglesia y portería, pidiendo á voces que los dejasen entrar á donde estaba el cuerpo santo, que así le llamaban todos, y llegados á él le trataban con tan gran veneracion como si estuviera ya canonizado: tal era la estimacion de su santidad que sin conocerle ni haberle jamás visto, habia Dios infundido en sus almas. Pedian con gran instancia les diesen algo que hubiese tocado al santo cuerpo ó le hubiese servido en la enfermedad, y con cualquier cosa que les daban, aunque fuese un pañito de los que habian estado en sus llagas, iban muy contentos, y junto con esto le besaban de rodillas los piés y las manos, y le tocaban los rosarios y hacian otras demostraciones de gran veneracion. Lastimábanse mucho de que habiendo tenido en su ciudad tan gran tesoro no lo hubiesen conocido hasta entonces, y ahora que lo comenzaban á conocer lo perdian. Acudieron al convento (sin haberlos convidado) así del clero, Religiosos y caballeros como de los demás, tanta gente, que ni cabia dentro ni en las calles circunvecinas. Sacáronle con mucho trabajo á la iglesia, y aunque lo defendian los Religiosos, no pudieron evitar que no le cortaran mucho de sus hábitos. Hallóse presente el P. Fr. Domingo de Sotomayor, que por ver al Santo en Baeza cercado de resplandores se entró Religioso dominico, el cual llevado de su devocion, poniéndose de rodillas junto al féretro, cayó sobre el santo cuerpo desmayado. Apartáronle de él, y vuelto en sí confesó, que llegando á cortarle un dedo el Santo retiró la mano, conservando difunto su humildad, y esto le causó aquel asombro. Mejor negoció otro Religioso Mínimo, que al besarle los piés le arrancó una uña con los dientes, y el Santo se lo permitió, porque en contentarse con aquello poco descubrió su devocion y modestia. Celebra-

dos los Oficios predicó el Dr. Bezerra, persona grave y docta, diciendo cosas maravillosas con el afecto y veneracion que pudiera de un Santo canonizado, y concluyó: *No os pido, como se suele, encomendeis á Dios el alma del difunto; porque nuestro difunto fué santo, y está su alma en el cielo. Lo que os pido es que procureis imitarle, y á él que nos alcance de Dios gracia, etc.* Acabado el sermón y Misa, al tiempo de llevar el santo cuerpo á la sepultura, hubo entre los Religiosos graves de otras Ordenes una piadosa contienda sobre quién lo habia de llevar, queriendo cada uno tener parte en aquel oficio. Lleváronle finalmente entre muchos, y ellos mismos le metieron en la sepultura. Cumpliéndose este dia en nuestro difunto lo que habia dicho Dios por su Profeta (1), que son grandemente honrados y magnificados sus amigos.

CAPÍTULO LIV.

Veneracion de su sepulcro, y traslacion á Segovia de sus sagrados restos.

Quedó tan impresa en los corazones la devocion al Siervo de Dios, que todos, y en especial los seglares, veneraron su sepultura, que fué en la tierra, y se recataban de pisarla. No así los Religiosos, porque el profeta en su patria no es tan recibido (2). Pero el Señor dió presto á entender su voluntad y cuánto se agradaba de aquella piadosa reverencia: porque estando el lunes siguiente preparados todos para la disciplina de Comunidad, muertas ya las luces, se levantó una á modo de hacha tan súbita y grande de la sepultura, que aclaró toda la iglesia. El Padre Prior y Religiosos antes de advertir la fuente de donde salia, daban prisa desde la capilla mayor que se

(1) Ps. cxxxviii.

(2) Luc. iv.

apagase. Los que estaban cerca de la sepultura y la vieron quedaron no sólo admirados, sino como pasmados de la novedad. Y afirmó el venerable P. Fr. Francisco Indigno que con el resplandor vió tan distintamente las figuras del retablo como si en él diera un rayo de sol. No advertidos del todo con esto los Religiosos, volvió á avisarles segunda vez el Señor en otra ocasion tambien de disciplina por medio del Hermano Francisco, donado de aquella casa, quien púsose á tomarla sobre la sepultura, y queriendo acostarse sintió en el brazo tanto impedimento que no lo podia mover. Advertido interiormente de la causa, se apartó y pudo proseguir: y manifestando á los Religiosos después el caso, todos quedaron advertidos de la veneracion que á aquel santo lugar se debía. Bien lo conocian los señores D.^a Ana de Peñalosa y su hermano D. Luís de Mercado, fundadores de nuestro convento de Segovia, devotísimos del Santo. Los cuales valiéndose de su devocion y autoridad sacaron órden del Consejo Real y patentes de la Religion para trasladar á Segovia el santo cuerpo. A los nueve meses enviaron por él con gran secreto. Al tiempo de descubrirle sintieron una celestial fragancia, y hallándole entero, fresco y de tan buen aspecto como el primer dia, sobrecedieron por entonces contentos con cortarle por muestra uno de los tres dedos con que solia escribir, que estaban lucidos y transparentes, y al punto que lo cortaron salió de la herida sangre como si estuviera vivo.

El año siguiente, pasados otros nueve meses, volvieron con los mismos despachos: desenterráronle á deshora, y hallándole entero, aunque más enjuto: un alguacil de Corte lo acomodó en una maleta, para mayor disimulo. En su ejecucion sucedieron algunas maravillas. La más notable fué que antes de llegar á Martos, por donde iban el alguacil y sus compañeros por desmentir las espías, de repente se les apareció un hombre que á grandes voces les dijo: *¿Dónde llevais el cuerpo del Santo? Dejadle donde estaba.* Aunque causó pavor al alguacil, pasó adelante. Llegando á Madrid lo depositaron en el convento de nuestras Religiosas; donde al tiempo de despacharlo á

Segovia D.^a Ana de Peñalosa le hizo cortar un brazo para traer por reliquia, que hoy poseen las Descalzas de Medina del Campo.

Llegado á Segovia el santo cuerpo, fué recibido con grande regocijo y consuelo de toda la ciudad. Colocáronle en la capilla mayor, cerrada la reja, para que sin llegar á él pudiesen verle. Daban desde allí á tocar rosarios, cruces, medallas, pañuelos y otras cosas que hallaban á mano para guardar como reliquia: y de esta manera duró por ocho dias (que estuvo patente el bendito cuerpo) la frecuencia de este concurso á verle y venerarle. Fué tan grande un dia, que rompieron la reja de la capilla mayor para entrar dentro, sin poderlo estorbar los Religiosos. Defendieron el cuerpo santo, y para moderar aquella impetuosa devocion del pueblo les repartió el Prior un hábito viejo del beato Padre, que habia quedado en el convento: y hasta las yerbas y flores en que habia venido el santo cuerpo se llevaron como reliquias muy preciosas: de las cuales yo he visto, y se conservan hoy algunas hojas de laurel tan verdes, frescas y suaves como si ahora las acabaran de cortar del árbol.

Luego que en Ubeda se supo el piadoso robo, lo sintió tanto la ciudad, que señalando en su Cabildo procuradores los envió á Roma para que se le restituyese, estimándole por su mayor tesoro. El Papa Clemente VIII, admirando la piadosa competencia, á los 15 de Octubre de 1596 despachó un Breve en que mandó se restituyese el cuerpo á Ubeda. Los Prelados por excusar competencias entre tan ilustres ciudades, procuraron concertarlas, y que Ubeda se contentase con una pierna, demás de la otra que tenia, y un brazo, y Segovia con la cabeza y cuerpo destroncado (particion bien desigual), y hubo de sujetarse á la fuerza por excusar más litigios. En una y otra ciudad se han edificado dos capillas suntuosas, y son frecuentadas de la devocion de los fieles.

CAPÍTULO LV.

Milagros en seguida de la muerte de San Juan de la Cruz.

Todo lo referido hasta aquí nos da claramente á entender cuánto gusta Nuestro Señor honremos y veneremos á este su Siervo, teniendo la debida estima de su rara y admirable santidad como de persona que goza en el cielo de lugar muy aventajado y eminente. A que añadiremos algunas apariciones que hizo el santo Padre y otras demostraciones milagrosas, en mayor prueba y confirmacion de esta verdad. Acabando de espirar fué á visitar á su bienhechora D.^a Clara de Benavides, dándole las gracias de la caridad que le habia hecho. De allí pasó á casa de Luísa de la Torre, mujer de aprobada virtud, la cual, al mismo tiempo que el Santo espiró fué arrebatada en espíritu, y vió en la iglesia de nuestro convento de Ubeda un Religioso con el rostro muy resplandeciente y hermoso, el cual puesto de rodillas y levantados los ojos al cielo sustentaba sobre sus hombros aquella casa é iglesia, y le dijeron era el *Padre Fr. Juan de la Cruz*, por cuya intercesion se labrarian aquella casa é iglesia, y se conservarían, como lo ha mostrado el tiempo. La misma noche ó poco después apareció en Segovia á Beatriz del Sacramento, tullida en la cama y cercada de dolores, que el santo Padre antes le profetizó. Estando en su mayor congoja se le apareció lleno de resplandor y hermosura con el hábito de su Religion, chapeado de joyas de oro y sembrado de estrellas, con una hermosísima corona en la cabeza. Alentóla á padecer puramente por Dios, y en premio de la fineza con que habia padecido la dejó del todo sana. En Ubeda habiendo Juan de Vera cegado de un ojo, por haberle herido en él un cohete, se encomendó al santo Padre, y aplicando una reliquia suya quedó sano. Inspirado interiormente que fuése á

dar las gracias á Dios y al beato Padre á la iglesia de su convento, y dejándolo de hacer por el temor que le pusieron de que ofenderia la luz al ojo recién sano, volvió á cegar, y entonces acudiendo al santo Padre se le apareció, y dijo hiciese aquella diligencia de ir á la iglesia, la cual hecha, quedó con entera y perfecta vista.

En nuestro convento de Andújar se le apareció al Hermano Fr. Martin de la Asuncion, su antiguo compañero, y le dijo: *Hermano, vaya á nuestro Padre Provincial y dígame que Nuestro Señor le pagará con bienes eternos la honra que hace á los huesos de los Santos; pero que mire que en el claustro de Baeza hay cinco cuerpos de Santos por los cuales el Padre vicerector, Fr. Juan de Jesús María, se fué derecho al cielo, que los saque y ponga en decente lugar.* Segunda vez se apareció el santo Padre á dicho Religioso, y le dijo: *Hermano, escriba á nuestro Padre Provincial que le estoy agradecido el haber sacado aquellos huesos y púestolos en decente lugar.* El Hermano se encogió, y desaparecido el Santo se resolvió en no escribir. De allí á tres dias se le volvió á aparecer con un rostro severo (habiéndole antes aparecido risueño y apacible), y le dijo: *Hermano, ¿por qué no ha hecho lo que le dije? Hágalo.* El Hermano, turbado, dijo al Santo: *Padre nuestro, ¿cómo tengo yo de escribir á nuestro Padre Provincial estas cosas, que me tendrá por novelero: y qué sé yo si V. R. es nuestro Padre y es engaño del demonio?* El Santo le respondió: *No es esto del demonio:* y sacando debajo del escapulario el Santo una cruz, la besó y se la dió al Hermano, y al tiempo de él desaparecer habia allí una pintura de Cristo crucificado, y le hizo una grande inclinacion y desapareció. Esta cruz vino á parar á manos del dicho Padre Provincial, llamado Fr. Juan de Jesús María, que la conservó toda su vida con gran veneracion, obrando Nuestro Señor por su medio efectos maravillosos. Y examinando al Hermano Fr. Martin sobre aquellas palabras: *Escriba á nuestro Padre Provincial,* respondió que así lo habia dicho el Santo. Lo cual es de notar para la veneracion que se debe á los Prelados: pues un Santo ya glorioso á un morador de la tierra, por ser Prelado en su Orden, le llamó nuestro Padre.

Por los años de 1607 sucedió otra muy notable en Ubeda. Una tarde de Mayo se armó sobre la ciudad tal tempestad y nublado, que porque dias antes otro semejante habia assolado los términos circunvecinos temian lo mismo en Ubeda. Acudieron unos á las plegarias y conjuros, otros á las imágenes de su devocion, y muchos á nuestro convento á pedir al Santo aplacase la ira del Señor, que veían en tantos truenos, relámpagos y piedras descomunales que de cuando en cuando caían. Duró el nublado hasta las diez de la noche; y queriendo el Señor que conociese la ciudad el Protector que tenia, descubrió á la luz de los relámpagos la figura del Santo con su hábito de carmelita descalzo, que luchando con las nubes en breve las deshizo, sin daño de la ciudad, que agradecida á su proteccion le tiene por su principal abogado.

CAPÍTULO LVI.

Refiérense otros milagros de nuestro Santo.

Siendo los milagros una de las cosas porque más honra el pueblo cristiano á los varones santos; para que á los deseos de sus deshonoras (que fueron de los mayores que tuvo nuestro beato Padre) se siguiesen sumas honras, le ilustró Dios, no sólo en su vida y glorioso tránsito (como habemos visto) de tantos y tan grandes milagros, sino después de su dichosa muerte, como veremos ahora, diciendo algunos de los más excelentes: porque para referirlos todos era menester un libro entero. En nuestro convento de Málaga estuvo Mencia de San Luis diez años con tan recia perlesía que ni se pudo levantar ni asistir á la Comunidad en tanto tiempo. El año de 1608 entrando á visitar la clausura el Padre provincial Fr. Bernardo de la Concepcion, y compadeciéndose de la enferma, sacó un dedo del Santo Padre que traía consigo, y alentando su fe con

decirle confiase en Dios que por medio de aquella santa reliquia le habia de dar salud, se la aplicó á la cabeza. Al mismo instante sintió la Religiosa en todo su cuerpo tan extraordinaria mutacion, que se halló sana del todo, y con salud tan perfecta, que se quiso levantar luego de la cama y arrojarle á todos los rigores de la Comunidad, con admiracion así del Provincial como de las Religiosas.

Estando en Ubeda Luis Núñez, notario de las informaciones que se hacian para la canonizacion del santo Padre, y esperando á que viniese á comer D.^a Luisa Vela, su sobrina, la hallaron en su aposento sin juicio y como muerta. Avisaron á tres médicos, y declararon ser su mal apoplejía, perlesia y alferecía, tres enemigos capitales que contra su vida se habian conjurado. Aplicaron remedios de ligaduras, garrotes y ventosas fajadas; pero á ninguno volvió, con las cuales experiencias, viéndola fria y yerta, vueltos los ojos y casi sin respiracion, se despidieron los médicos. Su tio, confiado en la santidad del beato Padre, que en sus informaciones reconocia, envió á pedir su santo pié, y apenas se lo aplicaron al pecho, cuando la enferma volvió á sus sentidos y acuerdo, y á todos sus miembros frios el calor. Mas porque la que habia alcanzado por oraciones ajenas la salud la consiguiese cumplida por las propias, dispuso el Señor que sola la boca le quedase tan cerrada y tan apretados los dientes, que por diligencias que hicieron no los pudieron apartar, ni ella pasar más comida de la que por entre sus junturas podia pasar, que era muy poca. Advertida del autor que la habia comenzado á dar salud, suplicaba al Santo que se la diese cumplida.

Consiguiólo al quinto dia, en que volviéndole á aplicar el pié del Santo se le quitó el impedimento de la lengua y la estrenó con decir: *No eran vanas mis esperanzas en vos, mi santo Padre Fr. Juan. Bien sabia yo me habiais de dar salud. A vos doy las gracias por la merced.* Hízosela tan cumplida, que no sólo le abrió la boca y volvió el habla, sino que las fajaduras profundas de las ventosas y otras llagas que tenia en los labios llenos de sangre, al punto se cerraron y desaparecieron. Estos dos mila-

gros aprobó la Sagrada Congregacion de Ritos, y por esto se han puesto en primer lugar, y no desmerecen su aprobacion los siguientes.

El año de 1617 gozó igual favor D.^a Juana Godínez de Sandoval: siendo de diez y seis años le dió de repente tan recia calentura y frenesí que perdió los sentidos y el juicio, en que duró cinco dias. No aprovechando las medicinas, desconfiando los médicos la dejaron por muerta. Llegando á esta sazón dos Religiosos con el pié del beato Padre, y aplicándolo al pecho de la enferma, de repente se movió, y abrazándose con la santa reliquia y quedándose en silencio por un rato dijo después, que al ponerle el santo pié se le habian abierto los sentidos, y le dijeron sin saber quién: *Que por méritos del santo Padre le daban la mejoría.* Fué tan presta, que sentándose en la cama comenzó á decir á voces: *Ya estoy buena, que mi santo Padre Fr. Juan de la Cruz me ha sanado.* Pidió que le diesen sus vestidos, y como con la gran turbacion las criadas se detuviesen, ella se aplicó un manteo y con él se comenzó á pasear por la sala. Y viendo á sus padres tan obligados les sacó licencia para ser carmelita descalza, por pagar á Dios y al santo Padre el beneficio, llamándose por reverencia suya en la Religion Juana de la Cruz. No fué menor el que Nuestro Señor obró con un hijo de D. Francisco de Narvaez, llamado Rodrigo, de edad de veinte meses, el cual habiendo caido de un corredor muy alto y estrellándose en las losas de un estanque, echaba por boca, narices y oídos sangre y algo de los sesos. Agonizando ya el niño, sin esperanza de vida, le aplicaron á la cabeza la reliquia del beato Padre, y á su toque (¡oh rara y divina virtud!) cesó luego la sangre, confortóse la cabeza, consolidáronse los huesos, y todo el cuerpo del niño se reparó de suerte que dentro de dos dias desmentia ya con la salud presente la desgracia pasada.

CAPITULO LVII.

Apariciones de San Juan de la Cruz en sus sagradas reliquias.

Entre los milagros con que Dios nuestro Señor ha honrado á nuestro beato Padre y manifestado su excelente santidad son muy de notar las apariciones que ha hecho en reliquias de su carne; donde con singularísimo y perseverante prodigio, no visto ni leído hasta ahora de otro Santo, se aparece innumerables veces. Entre las cuales merece el primer lugar la de Medina del Campo, así por ser la primera de este genero como por la gran calificación del milagro, hecho el año de 1615 por el Ilmo. Sr. D. Vigil de Quiñones, obispo de Valladolid, en juicio contradictorio, actuando fiscal y con las demás circunstancias que el derecho pide, y hecha en grande junta de teólogos, juristas y médicos, entre los cuales concurrieron tres de la cámara del señor rey D. Felipe III. Y conviniendo todos ser obra milagrosa, lo pronunció por sentencia jurídica y envió los papeles á la Santidad de Paulo V. Para dar noticia de este milagro es menester tomar la corriente desde sus principios.

Hacia Dios nuestro Señor al venerable Francisco de Yepes muchas mercedes y misericordias con apariciones suyas y de muchos Santos. Sintió por muchos dias en su corazon un ardiente deseo de ver á su hermano, y apareciéndosele Nuestro Señor un dia, le dijo: «Señor, comò me enseñais otros cortesanos del cielo, ¿no me haríais merced de enseñarme á mi querido hermano?» Dijole Su Majestad: «Que siempre que viese la carne de su hermano, que tenia en el relicario, le veria tambien á él.» Desapareció con esto Cristo nuestro Señor, y el bendito varon, con fe firme y esperanza cierta de ver cumplidas las promesas de su Dios, tomó el relicario en la mano, y al punto vió á su hermano de la misma manera que cuando

vivia, aunque el rostro con mucha mayor hermosura. Vió en el mismo pedacito de carne á la Virgen Sacratísima Nuestra Señora vestida con el hábito del Cármen, con el Niño Jesús en sus brazos, echando el bracito izquierdo sobre el cuello de su Madre, extendiendo el cuerpecito y el otro brazo hasta que llegaba á poner la mano derecha sobre la cabeza del beato Padre. Diósele á entender en esta vision (la cual sucedió esta primera vez, dia de la Epifania del año de 1594), la suma y fervorosa devocion que nuestro beato Padre habia tenido toda su vida con el Hijo y con la Madre.

Dió cuenta de este caso al P. Cristóbal Caro, de la Sagrada Compañia de Jesús, hombre docto y verdaderamente apostólico, que entonces era su confesor: tomó la reliquia en que tales cosas aparecian, y puesto de rodillas con mucha devocion, vió en ella una admirable aparicion, de que quedó sumamente admirado: quedólo mucho más cuando llamando muchas personas de todas edades, y diciéndoles venerasen aquella santa reliquia, sin decirles nada de apariciones, oía decir á unos veían en ella á Cristo nuestro Redentor crucificado: otros al Santo Padre hincado de rodillas delante de un Crucifijo, cubierto el rostro con una nube y lo demás del cuerpo descubierto; y otros otras cosas semejantes, y muchos no veían nada: de lo cual concluyó el docto confesor ser éste un alto sacramento digno de ser venerado: y que en el mostrarse Dios de tan diferentes maneras tendria escondidos secretos, cuyos efectos se ejecutarían en las almas de los que veían estas maravillas.

Son diferentísimos los modos que Dios tiene en estas apariciones. Cristo nuestro Redentor se muestra unas veces como niño en los brazos de su Santísima Madre; otras desnudito en los brazos del beato Padre, que hincado de rodillas le está besando los preciosos piés; otras sentado el Niño en una nube con una corona de oro en la mano, que se le va á poner en la cabeza al beato Padre; otras sentado el Niño en el brazo izquierdo del santo Padre, y él con el derecho abrazando al precioso Niño. Aparece asimismo en las tales reliquias la imágen

de nuestro Salvador de la edad que era Su Majestad cuando murió. Unos le han visto arrimado un codo sobre un risco; otros muy hermoso y resplandeciente, y otros en diferentes pasos de su Sagrada Pasion. Otras veces se ve al Espiritu Santo en figura de paloma cercado de resplandores, la custodia del Santísimo Sacramento, muchos Angeles y Serafines, á nuestros Padres San Elías y Santa Teresa de Jesús, San Juan Bautista, San Pedro, apóstol, Santa Catalina, mártir, San Francisco de Asis, San Francisco Javier, en el modo que lo pintan levantando los ojos al cielo, y á otros innumerables Santos. Nunca jamás se vió en estas reliquias cosa que no fuese santa: y son los realces del pincel que parece tan finos que han afirmado pintores, á quien Dios ha querido que lo vean, que es imposible con los colores que ellos usan retratarlo con la fineza que allí aparece: porque los colores de que ellos usan, por finos que ellos sean, son de tierra, y estos que aparecen son del cielo.

CAPITULO LVIII.

Conversiones y otros prodigios alcanzados por las mismas reliquias.

Los milagros que Dios nuestro Señor ha obrado por medio de estas apariciones son muy singulares: especialmente mudando los corazones á vida muy ejemplar, como se verá en los sucesos siguientes. En la ciudad de Calatayud fué un Religioso de nuestra Orden llamado Fr. Juan Bautista á predicar á las mujeres de la casa pública, que eran tres, y tan pertinaces, que con haberles predicado la Cuaresma todos los predicadores de la ciudad no habian hecho efecto en ellas. Habiendo comenzado su sermon le oyeron por espacio de media hora con gran desenvoltura y poca vergüenza. Viendo la obstinacion de las mujeres, les dijo no pretendia de ellas se convirtiesen, sino sólo que adorasen una reliquia de nuestro Santo Padre que él traía

consigo. Vinieron en el partido, diciendo que eran cristianas, y traían rosarios, que si la adorarian. Llegó una, y empezó á mirar la reliquia con grande atencion y á demudársele el rostro y ponerse blanca como un papel. Díjola el Padre ¿qué tenia que así se habia demudado? Respondió, que veía una mujer llorando amargamente, y junto á sí un Cristo y una calavera, que sin duda era la Magdalena que lloraba sus pecados. que ella los queria llorar tambien. Llegó la segunda, y sucedió lo mismo. La tercera no queria llegar, y aunque después con grandes ruegos llegó, no vió nada, y se quedó en su obstinacion (secretos juicios de Dios). Fué tan eficaz la conversion de estas dos mujeres, que el dia siguiente en la iglesia mayor, delante de toda la ciudad confesaron su mala vida y su dichosa ventura en esta milagrosa conversion.

Tenia el P. Fr. Pedro de la Madre de Dios, definidor general de nuestra Orden, persona que fué muy ejemplar, una reliquia de nuestro santo Padre, y como oyese decir tantas apariciones como en sus reliquias se veían, herido del temor de Dios recelaba que la poca pureza de su conciencia era la causa de no ver nada. Llevado de esto y de algunos escrúpulos que padecia, repetia los exámenes de conciencia y tambien las confesiones, procuraba decir Misa con mucha devocion, y luego iba á mirar su reliquia, pero nunca veía nada. Sucedió (andando entre estas congojas) que llegó á hacer noche á Alcalá la Real. Servia por moza del meson una turca que se llamaba Fátima, á quien ningunas persuasiones habian podido hacer cristiana. Recogido el Religioso á su aposento sintió inspiracion de enseñar á la turca la reliquia. Por la mañana madrugó, sacó su relicario y le dijo: «Fátima, mira qué linda cosa:» llegó ella con curiosidad de ver el relicario, y apenas le hubo tomado en las manos cuando empezó á voces á decir: «Linda Señora, hermoso Niño,» y fué corriendo á otra compañera suya, esclava, que era cristiana, diciéndola mirase aquella Señora y aquel Niño. La otra vió lo mismo, y le dijo que la Señora era la Virgen Santísima Maria, y el Niño su Hijo precioso. La turca se convirtió, é instruída en la fe se bautizó, y el Padre quedó

consolado y alabando á Dios, que hace las maravillas con los turcos cuando conviene, y no gusta que los cristianos se las pidan cuando no son necesarias.

En la ciudad de Burgos una Religiosa, cuyo nombre y Religion por la decencia se calla, mirando una reliquia de nuestro santo Padre vió en ella una figura de Cristo nuestro Redentor. Con la curiosidad y atrevimiento mujeril tomó un alfiler y picó en la parte que se le representaba la figura de Cristo: apenas hubo picado cuando saltó la sangre, de lo cual ella quedó tan confusa y admirada cuanto antes habia estado de atrevida. Pero Dios, que es rico en misericordias, la abrió por este medio los ojos para que hiciese una vida muy ejemplar.

Muchos son los milagros que se pudieran referir, hechos por estas santas reliquias, que se omiten por no alargar demasiado aquesta historia: concluyendo con uno en que se prueba cuánto cela Dios la veneración de las reliquias de este santo Padre, el cual está aprobado en el proceso de la canonizacion de nuestra Madre Santa Teresa, y fué así. En el convento de las Carmelitas Descalzas de Granada un dia después de puesto el sol vió la Madre María de San Pablo salir un resplandor y rayo de luz de una imágen de nuestra Santa Madre, que habia en una ermita de la huerta. Admirada de esto, reparó donde se terminaba el rayo, y halló que en un papelito en el cual estaba envuelta una reliquia de nuestro beato Padre, que se le habia caído allí á una Religiosa, como se supo después: alzóle, y con esto cesó la luz. En lo cual se descubre la misteriosa providencia de Dios para con los suyos, que no quiere que la más mínima parte de su cuerpo perezca ni esté sin la debida veneracion.

CAPÍTULO LIX.

Solemne beatificación del que después fué San Juan de la Cruz.

Tal vida, tales virtudes, tal enseñanza y milagros mudamente lo publicaban por santo, y por tal lo mostró el cielo, como habemos referido. Restaba que lo que en sí era tan cierto lo declarase la Iglesia. Para este efecto el año de 1616, con precepto de los Superiores, se comenzaron á hacer en la Religión las primeras informaciones, en donde sucedió, lo que yo tengo por uno de sus mayores milagros. Llegando á preguntar á un Religioso del convento de Granada dijese lo que sabia de nuestro santo Padre, respondió con desaire: «¿Del P. Fr. Juan de la Cruz qué hay que decir?» ¡Caso estupendo! Al pronunciar la última sílaba se le quedó la lengua inmóvil, no pudiendo articular más palabra, porque su culpa le dejó mudo del todo. Era Dios el solicitador de esta causa, y quiso que, como la duda de Tomás sirvió á su resurrección, así la incredulidad de este desdichado ayudase al crédito de su Siervo. Duró una hora en su castigo, con asombro de los demás, y reconociendo su causa se postró, lloró, pidió perdón al Santo y lo alcanzó, para que deponiendo su errada opinion publicase después sus alabanzas.

Las segundas informaciones hicieron los señores Ordinarios de Ubeda, Baeza, Jaen, Málaga, Granada, Segovia, Medina del Campo y Salamanca, con presentacion de testigos seculares; eclesiásticos y religiosos. Hallando en ellas bastante fundamento, que llaman sumo, para su canonización, el año de 1627 se concedieron remisoriales y rótulo para las terceras, cometidas á los Ordinarios de Jaen, Granada, Málaga, Segovia y Valladolid, donde con gran alborozo se hicieron y remitieron á Roma. Suspendióse el verlas hasta cumplir los cincuenta años, que ordenó la Santidad de Urbano VIII. Después se avivó la

causa, mas como la de la canonizacion iba de espacio y se mira con tanta circunspeccion, duró hasta la Santidad de Alejandro VII y Clemente IX, que aprobaron la santidad, de su vida, alteza de su doctrina, sus virtudes heroicas, así teologales como morales; hasta que pasando á Roma por procurador general el Rdo. P. Fr. Juan de la Concepcion, hermano del señor Duque de Bejar, añadiendo á su nobleza su cuidado, y á la devocion del santo Padre su diligencia, dió complemento á su causa. Probado el artículo de sus milagros, propuso la Sacra Congregacion á nuestro Santísimo Papa Clemente X: *Que seguramente se podia proceder á la canonizacion del siervo de Dios Juan de la Cruz, y con más seguridad en el interin conceder que se le nombrase beato, y que en cada año el dia de su feliz tránsito se pudiese rezar y decir Misa de Confesor no Pontífice en todo el Orden carmelitano.* Oyó Su Santidad la propuesta, y habiéndolo encomendado al Señor por espacio de once dias, á los 6 de Octubre de 1674 mandó se publicase el decreto de su beatificacion, como de hecho se hizo. Recibióse con tanto aplauso, que valiéndose de nuestro Procurador General, dentro del mes siguiente alcanzó nuevo indulto para la extension del rezo, y á los 21 de Noviembre del mismo año concedió Su Santidad que en Fontiveros, donde nació, en Ubeda, donde murió, y en Segovia, donde está la mayor parte del cuerpo santo, todos los sacerdotes seculares y regulares puedan rezar su Oficio y decir Misa de Santo Confesor, y en las demás partes sólo los sacerdotes que acudieren á nuestras iglesias.

Muy del gusto del Señor fué esta declaracion y honra que hizo la Iglesia á nuestro beato Padre, pues al tiempo de su publicacion repitió nuevos milagros, de los cuales sólo referiré uno, de que hay jurídica informacion. En el convento de nuestras monjas de la ciudad de Bari, en el reino de Nápoles, estaba una Religiosa paralítica doce años habia, y tan impedida en una cama que no podia menear ninguno de sus miembros, ni piés, ni cabeza, sino solamente una mano, de manera que todo este tiempo le daban de comer por mano ajena. Cuando llegó el decreto de la beatificacion de nuestro santo Padre,

aflicta la Religiosa de no poder celebrar con las demás tan felicísima nueva, se encomendó muy de veras al santo Padre, y pidió que le tocasen una reliquia que tenían, y fué con tanta fe, que luego que la tocaron se levantó de la cama, y fué con las demás Religiosas á cantar el *Te Deum laudamus* al coro, aunque arimada á una Religiosa, y le cantaron por dos títulos con muy singular alegría. Con esto damos fin á la admirable vida de este excelente varon y santo Padre nuestro; sujetando todo lo dicho en ella á la correccion de la Santa Madre, la Iglesia Romana.



ÍNDICE.

	<u>PÁGS.</u>
Prólogo de la presente edicion.	v
Proemio.	1
CAPITULO I.—Nacimiento de San Juan de la Cruz.	3
CAP. II.—Crianza de San Juan de la Cruz.	6
CAP. III.—Asechanzas del demonio contra San Juan de la Cruz.	8
CAP. IV.—El niño San Juan de la Cruz es protegido de la Santísima Virgen.	10
CAP. V.—San Juan de la Cruz ejercita su caridad con los enfermos.	12
CAP. VI.—El jóven San Juan de la Cruz se da á la oracion y penitencia.	14
CAP. VII.—Tiene revelacion de que habia de ayudar á fundar la Reforma del Carmelo.	17
CAP. VIII.—San Juan de la Cruz es admitido y profesa en la sagrada Religion carmelitana.	20
CAP. IX.—Progresos en la virtud de San Juan de la Cruz siendo corista.	22
CAP. X.—Penitencias á que se entregaba San Juan de la Cruz. .	25
CAP. XI.—Adelanta en sus estudios y celebra su primera Misa.	28
CAP. XII.—Tiene deseos de entrar en la Cartuja, y lo indican á Santa Teresa para la fundacion de la Descalcez.	30
CAP. XIII.—San Juan de la Cruz se instruye y dispone para la Descalcez carmelitana.	34
CAP. XIV.—San Juan de la Cruz arregla su primer convento para la Reforma.	36
CAP. XV.—Se le juntan otros dos Religiosos, y fundase la Descalcez del Cármen para hombres.	38
CAP. XVI.—San Juan de la Cruz se traslada á Mancera, y es nombrado Vicario de Pastrana y Rector de Alcalá.	41
CAP. XVII.—San Juan de la Cruz es enviado de confesor al convento de la Encarnacion de Ávila.	43

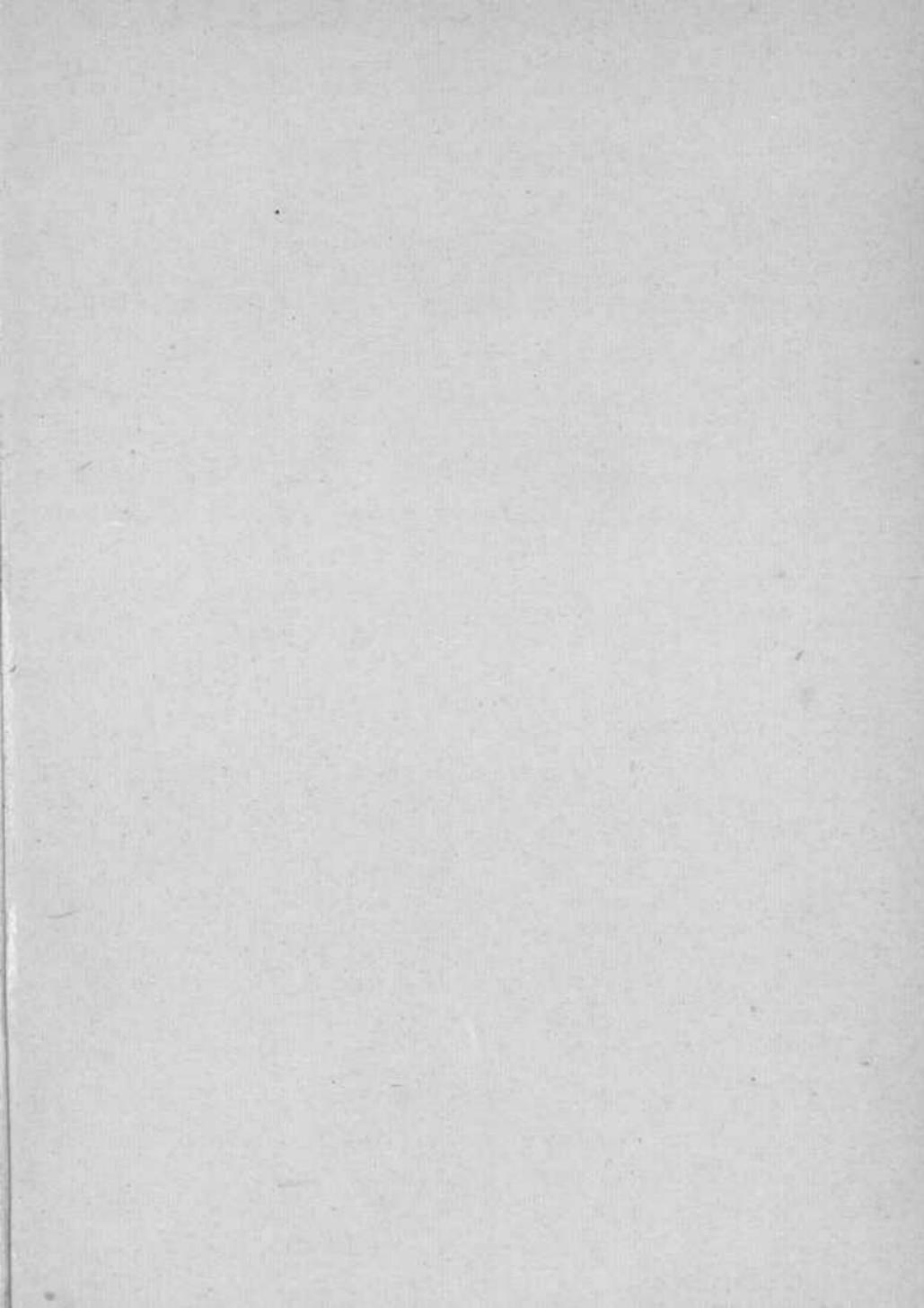
CAP. XVIII.—Admirable éxtasis de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús.	45
CAP. XIX.—Cristo nuestro Señor se aparece á San Juan de la Cruz.	48
CAP. XX.—San Juan de la Cruz desconcierta las artimañas del demonio.	50
CAP. XXI.—Otro caso muy singular sobre los espíritus del infierno.	52
CAP. XXII.—San Juan de la Cruz vuelve á la virtud á personas muy apartadas de ella.	55
CAP. XXIII.—San Juan de la Cruz rechaza una fuerte tentacion.	57
CAP. XXIV.—Sufre prisiones, disciplinas y otros castigos con resignacion.	59
CAP. XXV.—Otras penitencias impuestas á San Juan de la Cruz.	62
CAP. XXVI.—Ejemplar resignacion con que sufría dichas molestias.	64
CAP. XXVII.—Favores de la Santísima Virgen con los cuales el Santo se libra de la prision.	66
CAP. XXVIII.—Una luz enviada del cielo acaba de libertar á San Juan de la Cruz.	69
CAP. XXIX.—San Juan de la Cruz es destinado al convento del Calvario.	71
CAP. XXX.—Ejemplar observancia en que puso a dicho convento.	74
CAP. XXXI.—Cura á endemoniados, y le nombran confesor de las Religiosas de Veas.	76
CAP. XXXII.—Trasladado á Baeza demuestra su gran devocion á la Santísima Trinidad.	79
CAP. XXXIII.—Heroicos entretenimientos de San Juan de la Cruz.	81
CAP. XXXIV.—Admirable gobierno del convento de Granada.	83
CAP. XXXV.—Amor grande que San Juan tenía á Dios y al prójimo.	86
CAP. XXXVI.—Extraordinaria caridad en tiempo de carestia.	88
CAP. XXXVII.—De como cuidó San Juan de la Cruz á las monjas de Granada.	90
CAP. XXXVIII.—Habilidad especial de San Juan en expeler los espíritus malignos.	93
CAP. XXXIX.—Humildad profunda de San Juan de la Cruz.	95

CAP. XL.—De cómo el Santo observaba las virtudes dentro y fuera de los conventos.	98
CAP. XLI.—Algunas penitencias y milagros de San Juan de la Cruz.	100
CAP. XLII.—Hace algunas fundaciones, y el Señor le anuncia la proximidad de su muerte.	102
CAP. XLIII.—Es elegido Definidor, y se explican otras mayores mortificaciones suyas.	105
CAP. XLIV.—Admirables efectos de la sublimidad de espíritu de San Juan de la Cruz.	107
CAP. XLV.—De cómo poseyó los dones de profecía y penetración de espíritus.	110
CAP. XLVI.—Le dejan sin cargo alguno, y se retira al Santuario de la Pañuela.	112
CAP. XLVII.—Otros milagros de San Juan de la Cruz, y relacion de sus escritos.	115
CAP. XLVIII.—Sufre la envidia de algunos, y pasa al convento de Ubeda.	117
CAP. XLIX.—Nuevos sufrimientos del Santo, y heroica paciencia con que los soporta.	120
CAP. L.—Notables circunstancias de la última enfermedad de San Juan de la Cruz.	122
CAP. LI.—Hechos edificantes que precedieron á su muerte.	125
CAP. LII.—Muerte gloriosísima del Santo.	127
CAP. LIII.—Prodigios acaecidos estando de cuerpo presente.	130
CAP. LIV.—Veneracion de su sepulcro, y traslacion á Segovia de sus sagrados restos.	132
CAP. LV.—Milagros en seguida de la muerte de San Juan de la Cruz.	135
CAP. LVI.—Refiérense otros milagros de nuestro Santo.	137
CAP. LVII.—Apariciones de San Juan de la Cruz en sus sagradas reliquias.	140
CAP. LVIII.—Conversiones y otros prodigios alcanzados por las mismas reliquias.	142
CAP. LIX.—Solemne beatificacion del que después fué San Juan de la Cruz.	145

	PÁGS.
San Juan de la Cruz, primer carmelita descalzo.	11
San Juan de la Cruz recibe el sagrado hábito.	19
San Juan de la Cruz entregado á la oracion, al estudio y á la penitencia.	27
San Juan de la Cruz al celebrar su primera Misa es restituido á la inocencia infantil.	33

NOTA. No se continuaron insertando algunos otros grabados que se habia pensado añadir en esta obrita porque el importe de los mismos era excesivo, y la habria hecho resultar más costosa de lo que conviene, dado el carácter popular y de fácil adquisicion con que se halla revestida.







MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN X

Libros escritos sobre Carmelitas de la Reforma Teresiana.

Número.....	521	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	3	Precio de adquisición. »
Tabla	6	Valoración actual.....	»





REVISTA

CARMELITANA



